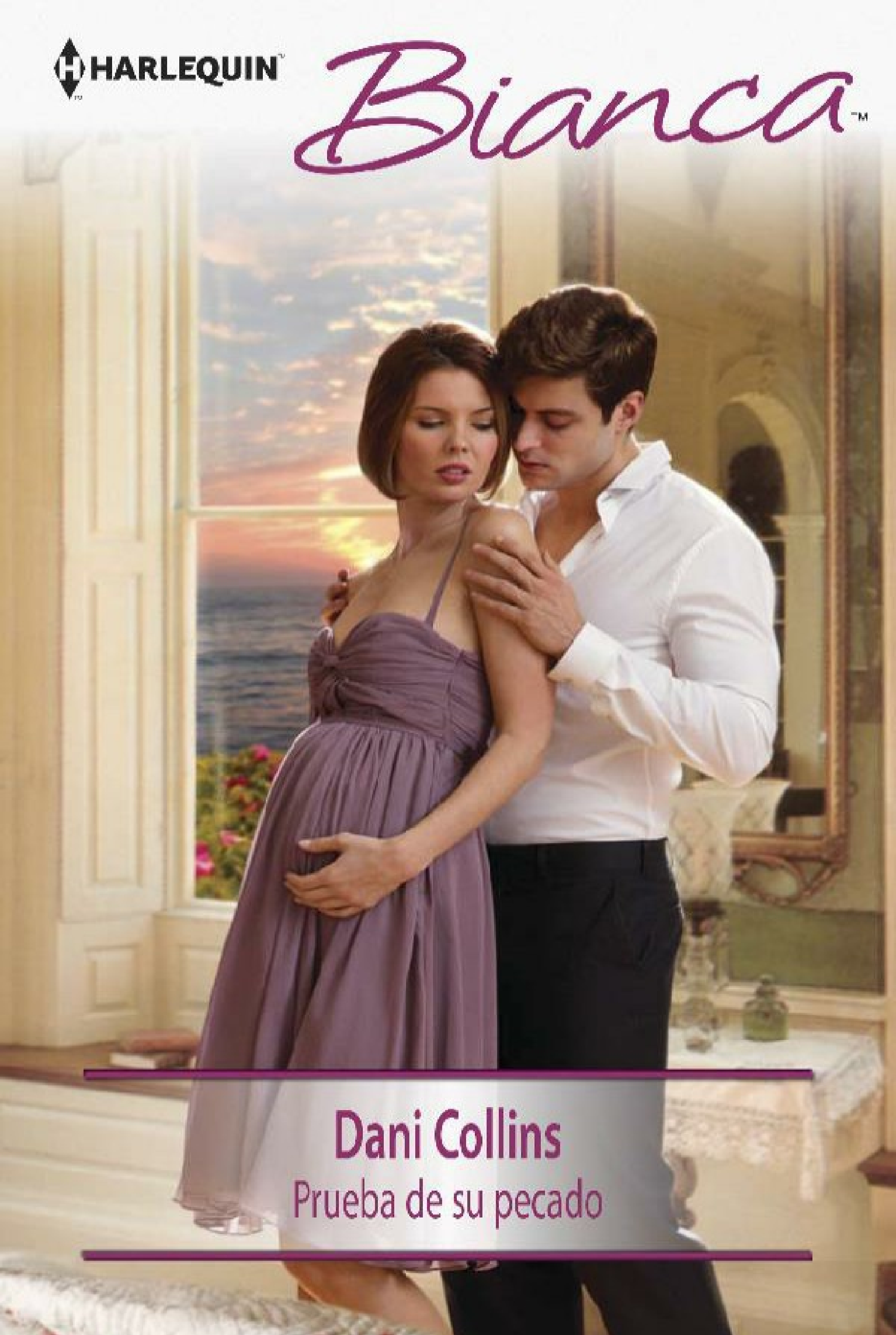

HARLEQUIN
Bianca
Dani Collins
Prueba de su pecado

¿Podría confiar lo suficiente en él como para revelarle la verdad?

Embarazada. A Lauren Bradley se le paró el corazón… solo hay una persona que podía ser el padre y no era su difunto marido, el hombre al que todo el mundo consideraba un célebre héroe de guerra… Destrozado por la culpabilidad de haberse acostado con la esposa de su mejor amigo, Paolo Donatelli le había cerrado su corazón a Lauren para siempre. Pero en nueve meses la prueba de la increíble noche que pasaron juntos estaría a la vista para que todo el mundo pudiera verla. La respuesta de Paolo para evitar un escándalo mayor era el matrimonio, pero eso representaba el peor temor de Lauren, ya que aún llevaba las cicatrices de la primera vez que había pasado por el altar.

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Prueba de su pecado, n.º 2286 - enero 2014

Título original: Proof of Their Sin
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Publicada en español en 2014

Capítulo 1

No por primera vez en las últimas semanas, Lauren Bradley se preguntó dónde debería trazar la línea en el proceso de convertirse en la mujer atrevida e independiente que siempre había querido poder ser y en comportarse como una fanática descarada y exigente. Palabras como «licenciosa», « desfachatada» y «bochorno» fluían por su mente con frecuencia creciente a medida que cruzaba ese límite difuso.

Lo que no la sorprendía era que cuando esas palabras hirientes reverberaban en su cabeza, siempre las pronunciaba la voz aguda y angustiada de su madre.

Mientras se echaba una trenza larga y morena por encima del hombro, para sus adentros, hizo callar la voz de su madre mientras observaba a la mujer que había detrás del mostrador del salón de belleza de ese hotel exclusivo. La mujer le acababa de ofrecer el desaire más dolorosamente cortés que jamás había recibido, y la costumbre de toda una vida la empujó a escabullirse con queda deshonra.

Sin embargo, esos días el corazón le latía por dos.

«¿Me atrevo?», se preguntó con un escalofrío de aprensión.

Sabía que parecía otra turista provinciana que acababa de llegar a Nueva York, que quería un corte de pelo a la moda para llevarse a casa como souvenir, pero la realidad era que eso significaba mucho más para ella. Se encontraba en el umbral de tomar el control de su vida de un modo que nunca había imaginado, pero para ello necesitaba dejar atrás a la antigua Lauren que siempre aceptaba de buen grado ocupar un segundo lugar. Si no ahondaba ya en su ser y encontraba su verdadero espíritu, bien podía hacer las maletas y retirarse a las habitaciones vacías de la mansión de su abuela, donde podría criar a su bebé con todo el miedo de llamar la atención que había padecido casi siempre.

No. Decidió plantarse.

Dejó que la recepcionista del salón de belleza terminara la llamada que había aprovechado para deshacerse de ella. Además,

necesitaba esos segundos adicionales para hacer acopio de valor y plantar una sonrisa afable para la mujer que le dedicó una sonrisa forzada de «¿Todavía aquí?» mientras colgaba.

–Creo que ha habido un malentendido –indicó Lauren con el tono más cálido y al mismo tiempo implacable que pudo transmitir–.

Esta noche asistiré al Baile Benéfico Donatelli.

La mujer, algo más joven que los casi veinticinco años de ella, abrió un poco más los ojos con pestañas postizas en leve señal de mayor respeto. Paolo Donatelli era un hombre que hacía que todas las mujeres se irguieran y metieran el estómago.

A Lauren le encantó, porque, aunque había recurrido a la mención de un contacto, nunca antes había tenido el valor de hacerlo.

Por encima del gesto espantado de su madre, oyó la voz de su abuela diciendo: «¡Buena chica!». Cerrando los dedos en la correa de su bolso, añadió con atrevimiento:

–¿Está segura de que no tiene nada para Bradley? ¿La señora de Ryan Bradley?

A su madre le daría un ataque semejante audacia, pero ella se mantuvo firme, pronunciando el nombre con delicada precisión, porque, ¿qué sentido tenía ser la señora Bradley si se encogía ante todo lo que le podía proporcionar?

–Señora Bradley… –la recepcionista miró el cuaderno de citas mientras fruncía el ceño preocupada–. Me resulta familiar…

Un hombre muy delgado salió de detrás de una pared de ladrillos translúcidos que separaba el salón de la recepción. Arreglado a la perfección, saludó a Lauren con la calidez de un viejo amigo, a pesar de que ella jamás lo había visto.

–Señora Bradley, por supuesto que tenemos tiempo para usted.

Me alegra tanto verla durante lo que, sin duda, es un momento difícil para usted. Permita que exprese en mi nombre, el de mi personal y, de hecho, en el de todo el país, cuánto lamentamos su pérdida. El capitán Bradley fue un verdadero héroe. Si hay algo que podamos hacer para mitigar su dolor y compensar el sacrificio que él realizó, estamos a su disposición.

Al permitir que el hombre la llevara al interior del salón de belleza, se sintió como una víbora sin escrúpulos.

Tragó saliva y dejó que unas manos expertas la sentaran. Le quitaron las cintas elásticas que le sujetaban las trenzas y su nuevo estilista le separó el cabello con los dedos.

–Es su color natural, ¿verdad? Qué maravilla. Su marido debió de adorar esta cabellera.

Lauren había creído que la adoraba a ella. «Nunca te lo cortes.

Prométemelo», le había dicho mil veces. Todos la habían animado a mantener el pelo largo, y ella, siempre la chica buena, había accedido.

–No va a ocultarlo recogiéndoselo, ¿verdad? ¿Qué se pondrá esta noche? –sopesó los mechones aún ondulados.

–Tengo un Lanvin-Castillo de estilo clásico. Y, no, no quiero el pelo recogido. Quiero cortármelo –una vida nueva. Una Lauren nueva.

El otro la miró a través del espejo con los ojos muy abiertos por la incredulidad.

–Querida, si fuera heterosexual, le pediría que se casara conmigo.

Lauren sonrió como si los hombres cayeran constantemente rendidos a sus pies, lo cual distaba mucho de ser la realidad.

–Caballero, si tuviera el más mínimo interés en volver a casarme, aceptaría.

Tres horas después, Enrique era el mejor amigo que jamás había tenido. Insistió en subir a su habitación con uno de los estilistas del salón, donde la ayudaron a vestirse y a darle los últimos toques al cabello, las uñas y el maquillaje.

–Estoy impaciente por decirle a la gente que yo vestí a la nieta de Frances Hammond. ¡Mírate! Es como si lo hubieran hecho pensando en ti.

Teniendo en cuenta que era el último vestido que le habían hecho a su abuela y que por ese entonces también ella había estado embarazada de tres meses, no le sorprendió que le quedara tan bien.

El corpiño rígido que le aplanaba los pechos sensibles era muy incómodo, pero hacía maravillas con sus senos normalmente

reducidos. Se puso los zapatos de satén a juego. No eran tan altos como dictaba la última moda, pero estaban cosidos para hacer juego con el bordado de amatista del vestido blanco de seda y eran preciosos.

Con delicadeza, Enrique le pasó la estola violeta por los hombros desnudos y movió la cabeza maravillado.

–Qué detalles. Qué maravillosa época para haber vivido en ella.

Apoyó las manos en su cintura y no pareció darse cuenta de que ocultaba un embarazo detrás de la estructura del vestido.

Le pareció estupendo, ya que el objetivo de ese ejercicio era hacerle saber al padre la existencia de su bebé antes de que lo averiguara el resto del mundo.

Mientras asimilaba la realidad de que volvería a ver a Paolo, un torrente de entusiasmo le provocó un rubor sutil. Lo vio en el espejo de cuerpo entero al volverse para echar un último vistazo. Por dentro la irritó no poder contenerse. Siempre reaccionaba ante ese hombre, algo que no le gustaba nada. Estuvo a punto de revivir los recuerdos de la noche que habían pasado juntos en Charleston y las mejillas se le encendieron de vergüenza.

Intentó regresar al capullo de negación de la mañana siguiente, pero era más prieto que el vestido. El acto sexual no debería haber tenido lugar, pero así había sido. Había consecuencias. Tenía que encararlas.

Lo que significaba ver a Paolo.

Se preguntó qué pensaría. De su cabello y de la noticia.

Nunca sabía qué esperar de él. Cuando lo conoció cinco años atrás en un bar de Nueva York, se había mostrado cálido y admirador.

La segunda vez que lo vio, medio año después, al casarse con Ryan, las cosas habían ido tan mal que a partir de ese momento todo habían sido desaires fríos. Había estado convencida de que la odiaba y, después de la desagradable actitud de él en el trigésimo cumpleaños de Ryan, le había devuelto la antipatía. Sin embargo, tras la desaparición de Ryan tres meses atrás, había hecho una llamada desesperada desde Charleston y Paolo se había materializado a su lado. Le había mostrado con sincero pesar una faceta increíblemente tierna cuando le transmitió la noticia sobre Ryan, y se había mostrado tan protector que la había llevado a la

intimidad del ático cercano que poseía.

Donde le había hecho el amor con pasión desesperada y ruin.

Se preguntó si consideraría al bebé con entusiasmo y como algo maravilloso o sería el habitual hombre de hielo. ¿Le echaría la culpa o la vería como a algo que quería?

¿Qué estaba haciendo al intentar convertirse en alguien que pudiera encajar en su mundo?

De pronto se vio como lo que era: una provinciana que jugaba a engalanarse, saliendo furtivamente de su elemento con la intención de conquistar la vida sin poseer la capacidad para hacerlo. Su seguridad cayó en picado.

–Borra esa expresión aterrada –la reprendió Enrique–. Tienes todos los motivos para llevar la cabeza bien alta.

No se le ocurrió ninguna persona que pudiera estar de acuerdo con eso. No su madre, y, desde luego, tampoco su suegra. Desde entonces, Paolo no le había dicho una palabra. Lo que no presagiaba nada bueno.

La ansiedad la llevó a apoyar una mano protectora en su estómago.

Pero entonces el espíritu de Mamie invadió la habitación.

«Hazlo, *chérie*. Corre un riesgo. Vive tu vida».

Respiró hondo y su menguada confianza resucitó. No podía defraudar a Mamie.

Se abrochó los pendientes antiguos, se acomodó el collar de diamantes de su abuela y, con toda la dignidad aterrada de María Antonieta al acercarse a la guillotina, se dirigió al Gran Salón.

Paolo Donatelli estudió la gala benéfica que su madre había comenzado a organizar anualmente cuando su padre aún vivía. El país en el que se encontraran en diciembre se convertía en el sitio del Baile de Etiqueta con orquesta completa, fuentes de champán y cena a medianoche. Luego los Donatelli podían regresar a Italia para disfrutar de una Navidad familiar con la certeza de que habían hecho su deber con la economía local, el puesto que ocupaban en la sociedad y la causa del momento.

En esos tiempos, su madre rara vez abandonaba la casa de la

familia en invierno, pero Paolo se esforzaba en honrarla continuando con la tradición en el extranjero. Todo era perfecto, y, si podía achacarse algún fallo, radicaba en la falta de una esposa que hiciera de anfitriona, aunque nadie se atrevería a manifestarlo. Si su primo Vittorio tenía alguna opinión al respecto, con inteligencia se la reservaba para sí mismo. Aparte de que él mismo se esforzaba en eliminar ese fallo. Esa noche su pareja era Isabella Nutini, una mujer perfectamente apropiada para el papel.

Asintió cuando esta se excusó para ir al tocador. Era italiana, no una de esas estadounidenses híbridas como había sido su primera esposa. La habían educado en el catolicismo y eso hacía que considerara el matrimonio con el respeto que se merecía. Parecía entender conceptos como la lealtad y el deber a la familia... algo que en esos tiempos ya apenas se veía en la gente, sin importar el sexo.

Y lo mejor de todo, aparte de los necesarios atractivo físico y un mínimo interés intelectual, era que sentía poco por ella. Sus emociones eran muy profundas y controlarlas resultaba una lucha cotidiana. Lo mejor era tener una esposa que no lo pusiera en un exprimidor emocional. Mientras le proporcionara los hijos que necesitaba y no lo avergonzara ante su familia, Isabella era la candidata ideal.

–Tu cita te ha dejado y ahora yo haré lo mismo –dijo Vittorio con alegre insolencia–. Discúlpame, primo, mientras voy a seducir a mi futura esposa.

La herencia italiana sumada a la curiosidad masculina impulsaron a Paolo a echarle un vistazo a la mujer que había atraído el interés de Vittorio. Giró la cabeza y...

Un péndulo de contenido deseo sexual que había enterrado en su subconsciente osciló en su interior, estallando al tiempo que casi lo ponía de rodillas en una acometida de calor y apetito primitivo. Plantó la mano en la pechera con vuelos de la camisa de su primo, inmovilizándolo. El hierro endureció su brazo mientras su mirada estudiaba el entorno como un ave rapaz, asegurándose de que nadie más se atrevía a acercarse a ella antes de volver a contemplar esa visión.

Había ganado unos pocos kilos, pero los pómulos todavía sobresalían debajo de unos ojos bien separados y abrumados

mientras estudiaba a la multitud. A pesar de su estatura, proyectaba una vulnerabilidad intrínseca que lo seguía asombrando como cuando había entrado en la casa de la familia de Ryan Bradley en Charleston.

Su instinto protector se irguió como las plumas de un pavo real, pero en absoluto era tan desvalida como parecía. Lauren Bradley sabía cuidar de sí misma. Como la mayoría de las mujeres, había recurrido a la representación de una damisela en apuros para conseguir lo que quería.

«Ryan ha desaparecido, Paolo. Nadie me cuenta nada. Por favor, ayúdame».

Había sabido cómo llegar directamente hasta su corazón, pulsando la profunda lealtad que sentía hacia su amigo a pesar de haberlos enfrentado durante años. Con una simple llamada telefónica, lo había invitado a una montaña rusa emocional de la que había tardado semanas en recuperarse. Un hombre en su posición no podía permitirse el lujo de esa agitación interior.

Dio! Pero era hermosa. Vagamente fue consciente de un vestido de seda blanca que remolineaba con un diseño adornado con perlas.

Unas franjas de púrpura oscuro cruzaban unos hombros blancos y brazos pálidos, pero su vista devoró los otros detalles: la turgencia de unos pechos pálidos, la estrechez de reloj de arena de la cintura y que florecía en las caderas que habían acunado las suyas como si hubieran sido hechas para acoplarse a la perfección. El cuello había sido un arco esbelto bajo su boca voraz. Y esos labios carnosos y apetecibles habían recorrido su torso, su abdomen, su...

–¿Olvidas que has venido con una acompañante, Paolo?

La voz de Vittorio contenía la misma burla que ya había oído demasiado a menudo de la familia después de que su matrimonio se hubiera deshecho. «¿Cómo no pudiste sospechar que no era tuya?».

Lauren Bradley poseía la habilidad de hacer que pasara por alto ciertas cosas y omitiera las demás. La vergüenza le quemó las mejillas, mezclada con bochorno y furia. Jamás la perdonaría por seducirlo hasta situarlo en otra posición deshonrosa.

–Es la señora Bradley. Es una mujer prohibida. Para todos –espetó al tiempo que bajaba la mano que había frenado a su primo–.

Scusa –añadió con los dientes apretados, reacio a acercarse a

ella, pero sabiendo que no tenía otra elección.

Vittorio le dedicó una mirada curiosa que Paolo ignoró. Todo el mundo había querido saber lo sucedido cuando había robado a Lauren de la mansión Bradley para llevarla a su ático en lo alto de la Torre del Banco Donatelli, en Charleston.

«Nada», había mentido.

Jamás mentía, en especial a su familia. Lauren lo había llevado a ese nivel de deshonor y en ese momento tenía el atrevimiento de presentarse en el mayor acontecimiento patrocinado por su familia.

¿De dónde había sacado la audacia para vestirse como la realeza y desfilar en público apenas tres meses después de llorar la pérdida de un hombre al que toda la nación consideraba un santo?

La mirada de ella lo encontró y le provocó una descarga eléctrica no deseada de excitación. Al instante, se vio transportado al dormitorio en penumbra y la cama deshecha. Volvió a sentir la piel contra la piel mientras se afanaban en desvestirse a la vez que se negaban a romper el beso o a dejar de tocarse. Se le encendió la sangre y experimentó una sensación poderosa en la entrepierna. Todo lo que había contenido y se había obligado a olvidar retornó con poder renovado, elevándolo con la fortaleza y el espíritu de un conquistador al tiempo que lo enervaba desearla de esa manera.

De forma incesante y descontrolada.

Se movieron el uno hacia el otro como restos a la deriva empujados por la marea, luego se detuvieron. En ese momento, él pudo ver los elementos más sutiles. El temblor inseguro en las pestañas tupidas, el modo en que se obligaba a alzar el mentón porque estar frente a él no era fácil. «Bien». Debería estar ardiendo con odio a sí misma tal como había hecho él desde que había traicionado su código personal de conducta y a su mejor amigo.

La vio alzar una mano pero allí no había ningún cabello que llevarse detrás de la oreja. Se dijo que era lo primero que debería haber notado, no lo último.

–¿Qué diablos has hecho con tu cabello? –gruñó.

En una situación normal, se habría disculpado por atreverse a pensar que tenía el derecho de cortarse su propio cabello.

Por fortuna, la presencia de Paolo la deslumbraba lo suficiente como para impedirle hablar. No era un hombre que necesitara un esmoquin blanco para impresionar, pero el que lucía le añadía elegancia y poder a alguien ya de por sí magnífico. Tenía el pelo castaño oscuro, tupido y con tendencia a ondularse. La piel cetrina mostraba los restos de un bronceado cálido y estival. La cara era atractiva y con una fortaleza que imponía, pero controlada por una sofisticación cosmopolita.

Y esos ojos habían estado agitando su corazón desde que cinco años atrás los viera por primera vez observarla en aquel bar de moda.

Pero era italiano. Provocaba eso en las mujeres. No era algo personal.

Aunque durante unas horas en el ático había habido algo profundamente personal entre ellos. Podía sentir la misma atracción magnética que había ejercido sobre ella mientras dormía y luchó contra un escalofrío ante el recuerdo de haber cedido a esa atracción, fingiendo que era un sueño con el fin de justificar haberse entregado a ese deseo físico largo tiempo reprimido por ese hombre.

Había dispuesto de meses para analizarlo. Había reconocido su parte en esa concepción. Paolo solo necesitaba que se le informara, porque era lo correcto. No había ido allí en busca de amor y devoción, aunque una parte ínfima de ella había esperado...

Sin embargo, veía que él la despreciaba. Como todos los demás, creía que Ryan Bradley había sido una persona irreprochable. Todo lo que hacía, cada acción que emprendía, debería ser para honrar a su marido, el héroe caído. Lo que ella quisiera o necesitara no importaba.

Desde luego, no debería mirar a otros hombres. Y acostarse con ellos era un delito merecedor de una letra A escarlata. ¿Y si daba la casualidad de que ese hombre era el mejor amigo de su marido? Eso la colocaba por debajo de una lombriz de jardín.

Un juicio que habría podido aceptar si ella hubiera sido la única incapaz de ofrecer fidelidad, pero el adúltero era Ryan, no ella. Esa era la otra razón por la que se había permitido insinuarse a Paolo aquella noche. Su matrimonio llevaba acabado muchos meses antes de que él confirmara la muerte de Ryan y la hiciera oficial.

Dejó de tocarse el cabello, se aferró a su bolso de noche para ocultar el temblor nervioso que experimentaba y dijo con un deje de desafío:

–A ti también se te ve bien. Gracias.

La miró con una intensa incredulidad ante la crítica sutil por sus modales.

Mantener esa mirada hostil fue duro, pero no era tan pusilánime como antes. O al menos eso intentaba.

Con una ceja enarcada que parecía decir: «¿Es así como jugaremos?», él le ofreció el brazo.

–No vi tu nombre en la lista de invitados. Pero es una grata sorpresa que hayas venido.

Ese comentario solo le expuso que no era bienvenida. Casi bastó para que volviera corriendo a Montreal.

–He decidido hacer muchas cosas con las que antes apenas habría soñado –repuso con ligereza. Evitando la advertencia que apareció en los ojos de él y que parecía preguntar: «¿Antes de qué?», apoyó una mano insegura sobre el brazo que parecía de acero–.

Viajar sola, probar estilos nuevos… –habría continuado, pero tocarlo hizo que la recorriera una espiral de calor.

Ese brazo la había sostenido de una docena de maneras distintas tres meses atrás. La necesidad física, más poderosa que cualquiera que hubiera experimentado jamás, hizo que vacilara y cerrara la mano sobre la manga del esmoquin, dejándola débil y trémula al tiempo que luchaba para ocultarlo. Apenas habían dado dos pasos y no pudo evitar oscilar hacia él mientras se afanaba en recobrar el control de sí misma.

Paolo la miró con ojos centelleantes. Todo en él reflejaba rechazo, como si fuera una leprosa.

–¿Me permiten? –ante ellos se plantó un hombre con una cámara.

Lauren se paralizó en una especie de temor preternatural mientras Paolo se condensaba en una estatua de tolerancia impaciente, aceptando soportar esa proximidad solo por deber.

«Las apariencias», pensó ella. Era imposible que fuera contra ellas.

En vez de sonreír al objetivo, alzó su mirada amarga a los ojos

de él, viendo a una persona más en el mar de personas que los rodeaba ocultar los sentimientos auténticos detrás de una fachada.

Qué decepcionante averiguar que era igual que todos.

La incredulidad titiló en los ojos oscuros de él. Y el desafío. No le gustaba que le vieran algún defecto. Mientras sus ojos no se separaban, los de él crecieron en calor, ardiendo con un conocimiento íntimo y sexual. La desmenuzó y dejó sus piezas expuestas en el momento en que la cámara fue como un fogonazo que la cegó momentáneamente al rechazo definitivo de él a todo lo que Lauren ofrecía.

–Fantástica –murmuró el fotógrafo mientras repasaba la pantalla de la cámara.

– *Grazie* –dijo Paolo en señal de despedida y la apartó de allí–.

¿Champán?

–Después de haber comido –objetó, buscando un rincón privado donde pudiera acabar con eso y desaparecer.

La mañana siguiente él se había mostrado increíblemente distante mientras se leía el comunicado de prensa. Ella misma había estado paralizada, tratando solo de sobrellevar los días hasta el funeral. Los Bradley habían cerrado filas, creando un amortiguador que impedía que Paolo se acercara. Al menos eso era lo que ella había pensado en su momento. Había agradecido no hablar con él después del modo impúdico en que se había comportado.

Sin embargo, en ese momento todo era diferente. Seguía muriendo por dentro por la conducta que había tenido. Una parte de ella cuestionaba los motivos que la habían llevado allí. Había sido una necia en imaginar que él mostraría alguna emoción aquella noche. Era evidente que solo había sido un ejercicio en gratificación física. No mostraba ningún entusiasmo de verla. Lo mejor era poner fin al encuentro y marcharse.

–De hecho, no he venido a beber ni a cenar, Paolo. Necesito hablar contigo. Intenté concertar una cita a través de tu asistente.

Él mantenía una expresión aburrida mientras la gente que pasaba cerca los miraba con curiosidad.

–Con la muerte de tu marido, *cara*, supuse que nuestros vínculos finalmente habían quedado cortados y que nunca más hablaríamos.

Solo le faltaba eso, oír cómo la despreciaba.

¿Por lo de Charleston? ¿O se remontaba al día de su boda?

Nunca había entendido a Paolo salvo para compararlo con Ryan: impulsado por su ego y deseos masculinos, acabando con las mujeres sin siquiera proponérselo porque las mujeres se entregaban ansiosas a las pequeñas muertes que prometían esos hombres poderosos.

Se recordó que era una de tantas mujeres que deseaban conocerlo mejor, aunque lo cierto es que apenas había dispuesto de ocasiones para ello. La había invitado a una copa en un bar a pesar de estar prometido a otra mujer y luego se había mostrado contemplativo mientras su amigo la intentaba seducir. La había besado con pasión inesperada en la recepción nupcial y luego la había desairado cuando unos años después ella había intentado hablar con él en el cumpleaños de Ryan.

En Charleston se había mostrado solícito y tierno, luego ardiente e insaciable.

Después frío. Glacial.

No se había sentido complacida consigo misma al hacer el amor con el mejor amigo de su marido la noche anterior a que se anunciara el fallecimiento de este, de modo que debía aceptar la hostilidad de él de forma impasible, aunque la enemistad que proyectaba dolía. No tenía que estar locamente enamorado de ella, pero le debía unos pocos minutos para que pudiera decirle que entre ellos había un vínculo que jamás se podría cortar.

Una mujer con un vestido azul medianoche eligió ese instante para unirse a ellos, obligando a Paolo a mirarla con irritación visible.

–Isabella –dijo con tono tenso. Pasó un brazo posesivo alrededor de ella y le rozó el pómulo con los labios, lo que provocó sorpresa en la joven–. Permite que te presente a la señora de Ryan Bradley. Una vieja amiga.

Enfatizó la palabra «vieja». Una posesión de su amigo.

Isabella parecía tener veinte años y Lauren se sintió arcaica a su lado. Era muy consciente de la posición de viuda que ocupaba. Una viuda cínica y hastiada.

No obstante, logró mostrarse cortés.

–Por favor, llámame Lauren, ya que nadie más parece hacerlo –acompañó la petición ofreciéndole la mano.

Le tembló. No se había permitido pensar en Paolo con una mujer

en su vida. Pero se había equivocado de forma elemental. Todos la tenían.

Isabella los miró, tratando de adivinar lo que podría haber sucedido entre ellos durante la infame desaparición de la esposa del capitán Ryan Bradley en el ático que su íntimo amigo, Paolo, rara vez usaba, antes de que se revelara la muerte del capitán.

Paolo mantuvo una expresión estoica. «Nada», dijo su mirada impasible.

Pero ella era vergonzosamente consciente de que su cintura no tardaría en exponer esa flagrante mentira.

–Solo puedo quedarme unos minutos –declaró Lauren–. ¿Te ofendería mucho si pido un baile? Únicamente deseaba saludar a Paolo mientras estaba de paso por Nueva York. Ha sido muy amable – el adjetivo estuvo a punto de hacer que se atragantara.

–Por supuesto –concedió Isabella–. Y, por favor, acepta mis más sinceras condolencias.

Otra vez las apariencias. Al parecer, ella era tan culpable como el resto del mundo. A menudo se despertaba bañada en un sudor frío pensando que la muerte de su marido era su culpa. Ryan no se había mostrado contento con su petición de divorcio. ¿Lo habría vuelto demasiado temerario al frustrar aquel atentado de los terroristas?

Empujando la sospecha a un rincón de su mente, aceptó las condolencias en nombre de la familia de Ryan, apretó la mano de Isabella en señal de gratitud y evitó la mirada penetrante que le dedicó Paolo. «Diez minutos», se juró a sí misma. Luego podría quitarse ese vestido y el resto de jaulas de su vida. Sería una mariposa al salir de su crisálida, capaz de volar a lugares que jamás había imaginado siendo un gusano de seda atada por vínculos emocionales a la arbolada mansión de su abuela.

–¿Por qué aquí, entonces? –preguntó él con desaprobación mientras la conducía a la pista de baile–. Si solo querías unos minutos de mi tiempo.

–Yo…

Tuvo que concentrarse en mantener la ecuanimidad cuando, con manos seguras, la guio en un vals. Unos hombros anchos llenaron su visión. El rostro bien afeitado hizo que sus labios desearan probar esa piel. Cuando había tomado el control de la situación,

había estado encendido y apasionado, hábil y seguro y hambriento. Como un animal salvaje que escapa de la jaula que lo contiene, tirándola al suelo para darse un festín con ella.

Jadeó y el calor sexual la impregnó, haciendo que temblara y la invadiera con su olor familiar. Solo había sido aquella noche, pero sería capaz de encontrarlo con los ojos vendados en ese salón atestado.

–Te estás poniendo en ridículo –musitó él.

Las palabras la atravesaron. Sabía que carecía de experiencia y sofisticación. ¿Qué otro motivo podía haber para que su marido la engañara? Sin embargo, Paolo tampoco necesitaba restregárselo.

–Una viuda alegre para tu próximo marido –añadió él sin siquiera mirarla–. Ryan merece algo mejor.

Ryan había llevado una doble vida.

–Había pedido que le enviaran el correo a la casa de su madre –en el último instante evitó destrozar la preciosa imagen de Ryan.

Estaba muerto y había fallecido con honores, aunque no hubiera vivido con igual código–. La invitación se incluyó en un paquete que me mandaron a mí.

»En un principio, solo significaba que tú estarías en Nueva York.

Quería una cita para verte en tu despacho, pero tenías la agenda ocupada y el armario de mi abuela estaba lleno de vestidos como éste.

¿En qué otra ocasión luciría uno?

El orgullo la había empujado a hacerlo. El orgullo y un deseo perverso de burlarse de las expectativas y el decoro. Frances Hammond había regresado a casa embarazada con la cabeza bien alta. Lauren Bradley pretendía marcharse de la misma manera.

–¿Por qué querías verme? –preguntó él con desinterés.

El momento de la verdad. Esperó hasta que él la giró para dejarla de espaldas a la multitud e imposibilitar que pudieran leerle los labios.

–Necesito decirte que estoy... –recurrió a la palabra italiana que había buscado especialmente para esa ocasión–. *Incinta*.

Si esperaba algo distinto, no lo consiguió. Paolo apenas reaccionó, más allá de dirigirle una mirada desdeñosa.

–Felicidades. ¿De quién es?

Capítulo 2

Se había preparado para muchas reacciones: ira, culpa, suspicacia ante una posible trampa, incluso incredulidad en el contexto de que algo así pudiera haberle pasado a dos adultos responsables.

Sin embargo, no había imaginado una negativa en la participación.

Se sintió humillada. ¿De verdad imaginaba que había tenido más amantes aparte de su marido y él? Aunque, si se basaba en el modo hambriento en que habían hecho el amor, tampoco podía descartarlo.

Sintió un nudo en la garganta.

Perdió el ritmo con la música y él se vio obligado a acercarla más para equilibrarla.

Se sintió mareada y helada hasta los huesos. Pero, de algún modo, logró encontrar la serenidad para mirar con desprecio al hombre que se había atrevido a denigrarla.

–Nunca me pareciste un hombre de inteligencia limitada, Paolo – dijo con voz suave y helada como el invierno canadiense–. Merecías saberlo, te lo he dicho. Que tengas una buena vida.

Se apartó de él con la cabeza alta y lágrimas contenidas.

«No», pensó Paolo. Era el único sonido en unos oídos que palpitaban con su sangre en ebullición. ¿De Ryan? ¿De otro hombre?

¿Suyo?

No, no, no. No era tan estúpido como para volver a caer en eso.

Su ex había recurrido al mismo truco para obtener una línea directa con su fortuna, con un bebé de otro hombre adecuadamente concebido en una fecha apropiada para hacer que resultara creíble.

Sin reservas, había hecho lo que era correcto para su hijo y la retribución obtenida había sido seis meses de melodrama,

maquinaciones y amargura que habían mantenido su corazón duro hasta la fecha.

Se había jurado no permitir que otra mujer lo volviera a destrozar, pero, mientras Lauren lo dejaba en la pista de baile, se sintió como un actor abandonado en el escenario, sin focos ni decorado, con el guion olvidado. Se había sentido de la misma manera la noche que pasaron juntos, cuando desapareció entre el grupo familiar de los Bradley, abandonándolo a esa situación.

A pesar de sus reflejos excepcionales, no sabía cómo reaccionar a algo tan inesperado y amenazador para su vida tan cuidadosamente estructurada. En especial cuando el deseo le obnubilaba la visión y le freía la mente. Bailar con ella había sido tan erótico como hacerle el amor.

Entonces lo comprendió. No le había dicho que era suyo, solo que merecía saberlo. Porque la percepción sería que era suyo.

Mentalmente, soltó una retahíla de juramentos en italiano mientras iba tras ella. Para su irritación y disgusto, Vittorio la detuvo antes de que ninguno hubiera avanzado demasiado entre la multitud.

–He de confesar que no te reconocí por tus fotografías –oyó que le decía mientras se acercaba a ellos–. Soy Vittorio, primo de Paolo.

Conocí a tu marido. Lamento profundamente tu pérdida.

Paolo no pudo evitar apoyar la mano con gesto posesivo en la espalda que de repente se puso rígida.

El instinto tumultuoso de protegerla, poseerla, mientras el cerebro le recordaba que era la enemiga, le enredó los pensamientos, impulsándolo a decirle con aspereza a su primo:

–Se va.

–¿Tan pronto? –Vittorio disfrutaba de la situación, consciente de que sucedía algo y decidido a descubrirlo.

–Solo quería hacer acto de presencia simbólico –indicó Lauren con solemnidad–. Dado que esta gala es para la investigación cardiovascular. Mi abuela tenía una dolencia del corazón, de modo que deseaba mostrar mi apoyo.

Esa revelación lo desconcertó y supo que el donativo que habría hecho sería muy generoso y sincero. La devoción por su abuela siempre había sido algo que había respetado en ella.

La frase «tenía una dolencia en el corazón» resonó en su cabeza.

¿La anciana había muerto? Inconscientemente, suavizó el contacto en la espalda y le ofreció una caricia de consuelo.

Lauren se movió y con sutileza se apartó del contacto al tiempo que seguía hablando con Vittorio.

–Falleció a comienzos de este año –controló el dolor en la voz–.

La pérdida quedó eclipsada por otros acontecimientos, pero hace que una noche como esta resulte dura. Espero que lo entiendas y me disculpes.

–Por supuesto –dijo Vittorio con una inclinación galante antes de hacerse a un lado.

A pesar de saber que nunca debería haberla tocado, flexionó el brazo y su fuerza superior impidió que ella se moviera. No importaba que fuera o no el padre del bebé que esperaba, ya que quizá parte de la responsabilidad era suya. Él la había llevado a su casa y le había hecho el amor. Había sido una estupidez y había estado mal, pero había sido la primera vez en cinco años que otros cónyuges no se habían interpuesto. En su estado vulnerable, había permitido que el deseo, largo tiempo contenido, lo sobrepasara.

Debería haber sido una aberración agridulce escondida y olvidada, pero ella había decidido llevar a un bebé en una cesta hasta su puerta. Que el bebé resultara suyo sería la única manera en que podría perdonarla por hacer algo así, pero, sencillamente, no podía permitirse creer que le estaba contando la verdad. Había otros motivos en juego, el principal de ellos, su fortuna.

Necesitaban hablar.

–Sé el anfitrión mientras acompaño a la señora Bradley a su habitación –dijo sin mirar a Vittorio, complacido de ver cómo ella se ruborizaba y los pechos florecientes le tensaban el vestido.

–No es necesario –repuso Lauren con los dientes apretados.

–Sí, *cara*, lo es. Y mucho.

–¿Y bien? –demandó él cuando las puertas del ascensor se cerraron–. ¿De quién es?

Lo miró con sarcasmo, mortificada por el deseo que aún la atenazaba. Desde luego, siempre había estado ahí, sublimado, rechazado e ignorado. Razón por la que, después de haber tratado

de hablar con él en el trigésimo cumpleaños de Ryan y no recibir más que menosprecio, se había dicho que lo odiaba.

Se había convencido de que jamás volvería a verlo, pero tres meses atrás no había tenido a nadie más a quien recurrir. En el mejor de los casos, había esperado una llamada telefónica cívica que pudiera, o no, proyectar alguna luz sobre la desaparición de Ryan.

Sin embargo, veinticuatro horas después del mensaje de súplica que le había dejado en el buzón de voz, él había entrado en la fría y silenciosa mansión de los Bradley como un ángel vengador, con ojos solo para ella. Era lo último que había esperado e, inexplicablemente, a pesar de toda la agitación que la rodeaba, el hielo interior se había derretido en una oleada de calidez y alivio. El corazón había vuelto a palpitarle.

«Deja que te saque de aquí, *cara*» .

Había tenido la mandíbula oscurecida por la barba sexy de una noche y sus ojos marrones habían sido líquidos, llenos de empatía y pesar.

Había aceptado porque había confiado en él. Las interacciones dolorosas e incómodas del pasado se habían desvanecido y solo habían sido dos personas inmersas en la misma crisis, que deseaban sostenerse para sobrevivir a ella. No había ido al ático porque se sintiera sexualmente atraída por él. No había querido...

Eso no era verdad. En algún plano siempre había querido. De forma involuntaria.

Bajó la vista desafiante y se tragó la vergüenza que sentía por haberlo buscado en la oscuridad.

«Olvídalo», se ordenó, intentando soslayar el clamor en su cabeza que decía: «No quiero olvidar». Se había acabado. Si Paolo había tenido un momento débil de deseo, había sido su buena fortuna.

Esperaba al bebé que tanto había anhelado. Cada vez que pensaba en esa vida que crecía en ella, el corazón se le inflamaba con el tormento más dulce. En ese momento, lo único que realmente le importaba era seguir adelante con la vida como madre.

–Es tuyo, Paolo –dijo con voz ronca dirigida a sus zapatos, hasta que comprendió que volvía a hacerlo, que bajaba la cabeza como si hubiera algo que la avergonzara. Alzó el mentón–. No me importa si

me crees –declaró.

–Bien –dijo cuando el habitáculo se detenía y las puertas se abrían–. Porque no te creo.

La furia ofendida estuvo a punto de ahogarla. Le importaba.

Claro que le importaba. Era el bebé de ambos. Todo el instinto maternal dormido durante años se alzó para defender al pequeño.

–¿Cómo te atreves a llamarme mentirosa con algo tan importante? –no hizo movimiento alguno para abandonar el ascensor.

Él alargó la mano para sostener las puertas al tiempo que la miraba con desdén.

–He pasado por esto. ¿Cómo has podido pensar que me bastaría con tu palabra?

Lauren no conocía mucho sobre su matrimonio, solo lo que Ryan le había contado: que su exmujer había tramado con su amante engañar a Paolo para que le pasara una pensión infantil. El plan se había ido al traste cuando él insistió en que se casaran. Había desentrañado el subterfugio justo antes de que ella se casara con Ryan, y en su cara había quedado grabada la huella del engaño mientras se mantenía junto al amigo en el altar. Más adelante, Ryan había reconocido que, justo antes de la ceremonia, Paolo había intentado convencerlo de que no se casara.

Después de todo lo sucedido, debería haber visto que la metería en el mismo grupo de la mujer que lo había convertido en un cínico sobre la honestidad femenina. Alargó una mano para apoyarse en el espejo del ascensor, conteniendo una protesta de que ella era diferente. No tenía manera de demostrárselo. No cuando había sido ella quien diera los pasos para hacer el amor en Charleston.

Pero Lauren había sabido que se hallaba por encima de las mujeres que jugaban sucio, por lo que nunca se le había pasado por la cabeza que pudiera acusarla de algo así. Jamás había coqueteado, tramado o manipulado. Sin embargo, Paolo la veía con ojos contaminados y eso hacía que se sintiera sucia.

Pero, ¿por qué le importaba? Nada más sospechar que podía estar embarazada, había estado preparada para criar sola al bebé.

Había ido a Nueva York convencida de que no necesitaba ni quería su apoyo en ningún sentido.

Pero una parte oculta de ella se había deleitado con la

oportunidad de atraer una vez más un poco la atención de Paolo.

Como una tonta, había creído que al menos mostraría cierta calidez hacia ella después de su ternura en Charleston; pero eso había sido hasta el primer comentario punzante de esa noche.

Sin embargo, su expresión solo mostraba cinismo y desprecio mientras esperaba que asimilara el rechazo de la afirmación que había hecho.

Escondió su desolación detrás de una postura orgullosa, avanzando con la espalda recta al salir primero del ascensor y titubear al darse cuenta de que no era su planta, sino una suite privada.

–¿Qué…?

–Necesitamos hablar –dijo él–. Sin que nos interrumpan.

–¿Estás loco? ¡Arrastrarme a tu habitación fue lo que inició todo esto! –a pesar de su aprensión, sintió una descarga de expectación en el bajo vientre. Durante un segundo muy largo, no pudo moverse ni mirarlo.

–Recordarme Charlestone ahora es un error, te lo aseguro –dijo con tono ominoso–. ¿De cuánto tiempo estás?

Apoyó la mano con delicadeza en su cintura y pensó lo mucho que había descuidado ese día al bebé, tan preocupada como estaba de ver a Paolo como para cuidar de sí misma y de la vida que crecía en su interior.

–Haz tú el cálculo –murmuró.

–Han pasado tres meses desde que estuvimos juntos, pero ya puedo ver que ganas peso. ¿Por eso te acostaste conmigo? ¿Para ocultar al bastardo de algún hombre casado?

–¡Para ya! –espetó–. ¿Te he pedido que fueras su padre? –después de perder al suyo y de sufrir la presencia de Gerard como sustituto, había llegado a la conclusión de que la figura paterna estaba sobrevalorada. Su abuela había llenado muy bien todos los papeles paternos necesarios.

Entró en el salón y se volvió en la zona amplia detrás de los sofás. Era consciente del escrutinio casi científico al que la sometía, como si observara a un animal enjaulado que buscara escapar.

–Sí, la gente no tardará en notar que estoy embarazada –continuó ella, tratando de suministrarle aire a sus pulmones contraídos–. Van a especular con que es tuyo. Te debía la

oportunidad de que te prepararas para ello, por eso mi presencia aquí.

–De modo que lo vas a tener –comentó con voz atonal.

Fue un golpe inesperado.

–¡Por supuesto que lo voy a tener! Llevo años esperando un bebé –intentó mantener la calma, pero no pudo evitar la furia residual ante el engaño de Ryan, dejando que ella tratara de explicarle a la madre de él por qué no concebían cuando en todo momento él lo había sabido–. ¿Cómo puedes sugerir lo contrario? Eres católico. Y no te atrevas a preguntar si me acosté contigo para quedarme embarazada. Te juro que te abofetearé. Creía que era estéril.

Se puso a ir de un lado a otro seguida por la mirada implacable de Paolo mientras sopesaba sus palabras.

–Sé que el bebé parece un desastre, pero es un milagro. Estoy dispuesta a minimizar los daños yéndome del país, pero terminará por saberse, Paolo –logró ocultar la ansiedad que le producía esa posibilidad. Se movió más deprisa y las paredes parecieron cerrarse en torno a ella. La vergüenza y la decepción de su madre, la incomprensión horrorizada de la madre de Ryan... Sería una pesadilla y ni siquiera tenía el apoyo de su abuela.

Comprendió que lo que quería, el motivo por el que se había presentado allí, era un rescate. En lo más hondo, había esperado la misma ayuda y apoyo que él le había ofrecido en Charleston.

Pero no iba a obtenerlos. Estaba realmente sola en todo eso.

Se detuvo y comprendió que inspiraba pero olvidaba soltar el aire. Sintió un sudor frío y la visión se le tornó blanca. Estaba hiperventilando y, aunque se esforzó en parar, el pánico de no recibir oxígeno hizo que perdiera el autocontrol.

Paolo pronunció su nombre con tono imperativo. A ciegas, giró la cabeza hacia donde creía que se hallaba, pero no pudo verlo. Tenía el oído amortiguado, como si se le estuviera llenando de agua. Movió los labios, tratando de decirle, tratando...

De algún modo logró capturarla en sus brazos antes de que se desplomara, mientras sus rodillas recibían el impacto del suelo de mármol a través de la alfombra. Se puso de pie y la depositó en el

sofá con el corazón desbocado.

Se la veía cadavérica. Solo podía pensar en que perdía al bebé justo cuando acababa de decirle que era un milagro. No pudo soportar la idea de que algo tan devastador le sucediera a ella.

Con un miedo que le atenazaba el pecho, sacó el móvil del bolsillo y, con dedos temblorosos, localizó el número del pediatra especialista en el corazón que bebía champán en el salón de baile.

Antes de conseguirlo, los ojos aturdidos de ella se abrieron y algo cálido y hermoso brilló dedicado a él antes de que la confusión los obnubilara. Automáticamente, intentó sentarse. Su respiración sonaba como jadeos ansiosos, asustándolo.

–No puedo respirar –se llevó una mano a la espalda–. Ábreme el vestido.

–¿Qué? –dejó el teléfono sobre la mesita, la puso boca abajo en el sofá y empleó ambas manos para soltarle los broches diminutos en la espalda. Había un millón y sus dedos eran grandes y torpes–.

Intentaba llamar a un médico. ¿Te duele algo?

–No, yo...

La hizo callar con una serie de juramentos y las capas del vestido se abrieron y revelaron un cordel de seda apretado como un castigo a través de su espalda pálida. Mientras se apresuraba en aflojarlo, reveló un patrón de marcas zigzagueantes en la piel satinada.

–¡Qué demonios! El cordel casi te atraviesa las costillas.

–No hay nada malo, ¿verdad? No duele –se pasó los dedos por las marcas mientras la caja torácica se expandía y el cuerpo se le relajaba–. Estoy bien –suspiró–. Solo se hallaba un poco prieto.

–¿Un poco? –consternado, pasó un dedo por cada marca, cerciorándose de que eran superficiales y desaparecerían.

El contacto hizo que se le pusiera la piel de gallina entre los omóplatos. Fue una reacción tan inmediata y sincera que él experimentó una descarga sexual, tentándolo a convertir el examen en una caricia. Casi lo dominó el deseo de inclinarse y besarle el cuello y los hombros hasta que ella gimiera de necesidad.

Se obligó a incorporarse para no tocarla, aturdido por lo cerca que había estado. El cuerpo le temblaba y la sangre le hervía.

–¿Por qué te pones algo tan peligroso? –acusó.

–¿Peligroso? –repitió con un deje de humor. Se dio la vuelta,

sujetándose el corpiño suelto contra los pechos–. ¿Desde cuándo los vestidos son mortales?

Cuando olvidaba ser tímida, era bastante animada y divertida. Y sensual. Sus ojos se tornaron lánguidos mientras lo miraba.

Recuperaba el color.

–Los zapatos suelen ser asesinos en serie –continuó–, pero los vestidos son inofensivos.

Él no pudo contener un gesto animado.

–He visto vestidos lo bastante cortos como para acabar con un hombre.

–En una ocasión, yo estuve a punto de morirme de vergüenza en un traje de baño –la sonrisa se amplió–. Es cierto.

–Diría que nada es seguro, aunque probablemente eso es lo más arriesgado de todo.

La imaginó desnuda. La atracción irrefrenable entre ellos se alzó como un círculo de fuego incandescente, instándolo a acercarse.

Necesitó toda su fuerza de voluntad para no ponerse encima de ella y hacer exactamente lo que había hecho la última vez que habían estado a solas. Se habían quedado desnudos, sin nada que se interpusiera entre ambos.

Y había sido una equivocación tan grande.

Cerró las manos con fuerza y se negó a permitirse absorber las implicaciones.

–Esto no es gracioso, Lauren. Nada de esto es gracioso en lo más mínimo.

Ella mostró una expresión de dolor ante el regreso de las recriminaciones. Se cubrió los ojos con el brazo y empezó a decir:

–Lo sé, lo sien… –pero cerró la boca para detenerse–. Estaba nerviosa, de modo que no he comido. Por eso estuve a punto de desmayarme.

–Pediré que suban algo. ¿Sigues una dieta especial? –había cruzado la habitación y tenía el teléfono en la mano cuando la súplica de ella lo detuvo.

–Paolo, no. Aquí no. No de esta manera –bajó el brazo y reveló una expresión desvalida mientras indicaba su estado de desnudez–.

Sírveme un refresco. Algo con azúcar, pero sin cafeína. Y quizá un plátano o una de esas naranjas. Luego iré a mi habitación y pediré una comida apropiada.

Él depositó la microcomida en la mesa y luego esperó mientras ella se sentaba con cuidado.

La intensidad de la tensión que sentía lo desconcertó. La realidad era que simplemente se conocían un poco por el marido de ella. No sabía cómo era y no podía confiar en ella sin importar lo atraída por él que se comportara o lo vulnerable que pareciera.

Desde el primer día había lanzado esas señales encontradas, pareciendo interesada pero siempre recurriendo a Ryan. No era la primera mujer en alimentar su ego usando la atención de un hombre para poner celoso a otro. Pero sí era la primera que conseguía atraerlo. Sin embargo, Paolo se negaba a que lo tratara como a un objeto. Reafirmaba la convicción que tenía de que todo era un montaje.

–Tienes que volver a tu fiesta –murmuró Lauren, llevándose a la sien el vaso frío con el refresco.

–Nadie me echará de menos –replicó.

–Isabella, sí –lo reprendió. Luego, sin mirarlo, le preguntó–: ¿Vas a casarte con ella?

Él titubeó. La noticia que le había dado Lauren era más que lo que incluso su mente veloz podía procesar rápidamente, pero no podía volver su mundo del revés sin meditarlo. Sería humillante creerle y descubrir que había vuelto a engañarlo. Lo mejor era mantener el curso hasta disponer de mejores pruebas para establecer una corrección.

–Sería una buena pareja –expuso, resaltando las mejores cualidades de Isabella–. Su padre está en la ONU, su madre trabaja con una organización mundial de ayuda. Isabella entiende la vida en el escenario de la política global. Sí, pretendo casarme con ella.

Lauren emitió un sonido que casi parecía el jadeo provocado por un golpe.

Inexplicablemente, su reacción acentuó aún más la tensión que sentía. Un aguijonazo de recelo hizo que instintivamente deseara revaluar todo lo que acababa de decir.

–No he oído nada sobre el amor –continuó ella–. Ese fue el problema con tu primer matrimonio, ¿no? –mantenía su atención en la naranja que desgajaba con cuidado de no manchar el vestido.

La miró y deseó que alzara el rostro y se atreviera a decírselo a la cara. Al mismo tiempo, las entrañas se le retorcieron por la culpa.

Era verdad, había sentido muy poco afecto por su ex, y a pesar de ello, esta había logrado reducirlo casi a escombros. Era uno de los motivos por los que estaba decidido a unir su futuro con Isabella y no con una mujer a la que amara de verdad. Una cosa era ser traicionado, pero amar y que lo traicionaran sería algo imposible de soportar.

–El amor es para los necios –musitó.

–Desde luego –convino Lauren con cinismo.

Esa confirmación lo irritó. El modo en que había recurrido a él en Charleston le había demostrado que no estaba tan entregada a Ryan como había mostrado a lo largo de su matrimonio. Y acababa de añadir una prueba más de que había despreciado a un hombre que la había adorado.

–Supongo que eso convierte a Ryan en un necio al haberse casado por amor –comentó él con desdén.

–¿Hablas en serio? –la mirada color whisky le lanzó un dardo helado–. Si me amaba tanto, ¿por qué pasaba todo su tiempo en el otro extremo del mundo poniendo constantemente su vida en peligro?

Se casó conmigo porque me educaron para que esperara hasta tener un anillo en el dedo y Ryan deseaba poder alardear de ello.

–Un ardid inteligente por tu parte, viendo lo rica que es su familia –espetó Paolo mientras la imagen de la sonrisa presuntuosa de triunfador de Ryan pasaba por su mente.

Quizá la afirmación de Lauren tuviera cierta verdad. Tenía otra sospecha incluso menos halagüeña sobre los motivos de su amigo.

Siempre se habían mostrado competitivos el uno con el otro. Por lo general, con un tono amistoso, pero hubo ocasiones en que había sido despiadado y Ryan había tenido la certeza de que a él Lauren le había resultado atractiva.

La certeza.

–No fue un ardid, es la verdad –soltó Lauren a la defensiva, sacando sin saberlo los pensamientos de Paolo de ese lugar oscuro que rara vez visitaba.

Era un sitio de amargura que apenas entendía porque nunca lo examinaba.

–Entonces, ¿te casaste por sexo?

Lauren se quedó boquiabierta; la indignación dio paso al orgullo

herido.

Él casi comenzó a formar una disculpa por pasarse de la raya, pero un rubor tímido apareció en la cara de Lauren. Parecía desnuda y culpable, aunque su expresión mostraba un destello de desafío que le causó un hormigueo de premonición.

Se irguió en su asiento y puso una expresión de franqueza desconcertante.

–Tal vez me casé por sexo. Sentía curiosidad y me faltaba la seguridad suficiente para creer que cualquier otro hombre estaría interesado, aunque a mi estilo inmaduro, amaba a Ryan.

Era demasiada sinceridad. Tuvo ganas de corregirla y decirle que él sí había estado interesado, pero se estaría metiendo en aguas turbulentas. Necesitaba verla como una persona deshonesta para mantener la distancia. De lo contrario, tendría que creer todo lo que decía sobre el bebé que esperaba, ¿y eso dónde lo dejaría? No manteniendo el honor del nombre de su familia como había jurado que haría después de mancillarlo con un divorcio desagradable.

«No le creas», se advirtió, pero no pudo evitar pensar que sin importar de quién fuera el bebé que crecía en su interior, seguía siendo una mujer sin un marido que se ocupara de ella. Era susceptible y, en el fondo, él era un hombre protector.

¿Qué importaba que se hubiera casado por amor o no? También acababa de reconocer el resentimiento que le había causado la ausencia constante de su marido. Lo que había hecho durante aquellas largas ausencias debía someterse a escrutinio. Quizá debería aceptar su palabra de que no le pedía que desempeñara el papel de padre, que solo quería advertirle de la inminente tormenta que provocarían los medios.

–¿Adónde piensas ir? –preguntó, sentándose en el sofá frente a ella.

–Ya te lo dije. A mi habitación.

Verla lamerse el zumo de naranja que le caía por un dedo fue como si lo hubiera lamido donde más sentía. La tensión en la entrepierna alcanzó una erección con tanta rapidez que tuvo que contener un gemido.

–Mencionaste que te ibas del país –le recordó con tono hostil.

–A Italia –respondió con rigidez para desterrar cualquier vestigio de picnic sensual entre ellos.

–Y un cuerno –soltó, convencido de que había oído mal–. Ese es mi hogar.

–Lo siento, ¿es que eres dueño de todo el país? En los folletos no aparecía ese dato.

–¿Es que he malinterpretado lo que dijiste de minimizar los daños? ¿O solo pretendes ser discreta allí donde afecta a tus intereses? –inquirió.

–No voy a presentarme en tu casa ni ante tu familia. Por si te interesa, quiero ver a la mía.

Apoyó los brazos en el respaldo del sofá para no adelantarse y estrangularla.

–Es la primera noticia de que tienes familia italiana. ¿Quiénes son? ¿Dónde viven?

–El padre de mi madre era italiano, aunque ella no lo reconocería –cortó un trozo de plátano y mordisqueó con delicadeza–.

Mi abuela llegó a casa embarazada. Mi madre fue el resultado de ese amor.

Bajó la vista y fue como si él pudiera verle los pensamientos. El bebé que esperaba no era un acto de amor. ¿Qué era, entonces? ¿Un error? ¿El producto de una aventura de una noche? ¿Suyo?

Soslayó el vacío que apareció en su pecho.

–El hombre que sería mi abuelo estaba casado –prosiguió Lauren–. Su esposa estaba muy enferma. Tenían una hija y no pensaba que pudiera dejar a ninguna. Eso es lo que le contó a Mamie.

No sé si era la verdad, pero Mamie lo amaba –esbozó una sonrisa de afecto triste–. Hasta el último día de vida.

–Qué extraño que no heredaras su sentido de la lealtad, teniendo en cuenta cuánto significaba para ti –fue un comentario desagradable, pero no le gustaba la facilidad con que lo atraía a su pequeña telaraña emocional.

Lo miró con ojos candorosos y respondió:

–Mi sangre italiana debió descarriarme –lo vio apretar los dientes–. ¿Quieres la verdad, Paolo? Solo podrías hacer una cosa para herirme en serio. Y eso sería arrebatarme a este bebé. No creo que nos hagas daño a ninguno de los dos y tampoco parece que quieras luchar conmigo por él. Tendrías que reconocer que es tuyo

y me odias demasiado para hacer eso –movió las pestañas como si no comprendiera cómo podría ser así.

Con sarcasmo, pensó cómo ella había podido imaginar que podría ser de otro modo.

Cuando la conoció, tenía programado casarse en unos días, pero había sido incapaz de dejar que los lobos acecharan la cafetería en la que habían estado. Había cobijado a la prima y a ella en su reservado mientras aguardaba a que llegara Ryan, cautivado por el ingenio tímido y subestimado de Lauren y esas piernas devastadoras.

Al presentarse, Paolo había esperado que su amigo se marchara con la prima a la habitación de hotel que ocupaba; pero no, había centrado el encanto juvenil del que hacía gala en Lauren y esta se había ruborizado bajo la atención de dos hombres.

Prometido, poco podía hacer Paolo, salvo advertirle a su amigo de que no jugara a ser un caballero andante con una evidente virgen.

Seis meses después, se había quedado de piedra cuando Ryan había anunciado que se casaban, en parte porque Paolo había desconocido que habían mantenido el contacto. Pero había estado tan profundamente atrincherado en la pérdida de su padre, al tiempo que minimizaba la implosión de su matrimonio, que se había convencido de que fuera cual fuere la atracción que había sentido por Lauren, había sido el último hurra de un hombre soltero.

Y, al verla llegar a la iglesia, el magnetismo había sido más poderoso que nunca. Aturdido por ello, le había soltado a Ryan una precipitada e inútil charla sobre la idoneidad de ese matrimonio.

Inexplicablemente, mientras pronunciaban los votos, lo había dominado la furia. Toda la ceremonia se había convertido en un infierno y su abominable deseo por Lauren había crecido como una bola de nieve colina abajo. Había bebido para acelerar el transcurso de la velada.

Luego Lauren lo había seguido al exterior; parecía la inocente más deseable jamás sacrificada al apetito más bajo de un hombre. El apetito de Ryan. Paolo la había besado. Y ese beso apasionado que habían compartido le había quemado los labios y la conciencia hasta ese mismo día.

Si no le hubiera devuelto el ardor, todo sería diferente, pero lo había besado como si fuera el único hombre al que jamás desearía y aquello lo había empeorado todo. La odió por dejar que el beso se prolongara demasiado. Se encogió para sus adentros por la debilidad que representaba y el dolor que le habían causado a personas que le importaban.

La sensación jamás lo había abandonado y ese fiasco con un bebé hacía que le fuera imposible sentir hacia ella algo que no fuera animosidad y suspicacia.

–Tu silencio lo dice todo, ¿verdad? –comentó ella con voz algo trémula–. Está bien. Como ya he dicho, el bebé es mi única vulnerabilidad, de modo que a menos que decidas que es tuyo, careces de poder para tocarme –dejó la servilleta en la mesa, se aseguró el vestido en su sitio con los brazos cruzados y le dio la espalda–. ¿Podrías cerrar los broches para que pueda irme a mi habitación?

Mientras observaba esa espalda, le desagradó saber que podía ser cruel con una mujer, incluso una que no estaba tan indefensa como aparentaba, pero se dijo que tenía mucho que proteger.

–Tengo familia en el gobierno, *cara* –le recordó con gentileza–.

No puedes decir que no tengo poder. Odiaría que soportaras un viaje tan largo para que la aduana te expulsara del país.

–No lo harías –giró con la espalda como un palo.

Con la mirada la retó a desafiarlo.

–Sé una buena chica y vuelve a Quebec –aconsejó con sonrisa condescendiente.

Ella apretó los puños con fuerza sobre el corpiño de su vestido.

–No te atrevas a decirme que siga dando vueltas por esa mansión vacía –espetó–. ¡Es lo que he estado haciendo estos meses y estoy harta!

–Haré lo que me plazca –contradijo con serena brutalidad.

–¡Y yo! Se suponía que Ryan mandaría a buscarme tras la muerte de Mamie y a cambio… –calló. Apartó la vista de él mientras luchaba por superar la angustia silenciosa pero muy intensa.

Ryan había desaparecido .

El deseo de Paolo de castigarla se evaporó en un giro de pesar y disgusto consigo mismo. El dolor de ella le dolía a él. Como se derrumbara, no sabía lo que haría. No podía abrazarla ni tocarla.

Sabía que ese camino conducía a la locura.

–Lauren –fue lo único que pudo pronunciar. No te desmorones.

No hagas que me vuelva a acostar contigo.

Ella se tomó el murmullo de su nombre como un intento de persuasión.

–No –se negó con obstinación–. No lo haré, Paolo. Pasé todos esos años con Mamie porque lo deseaba y no sentí que entregase mi juventud, como diría todo el mundo, aunque reconozco que solo dispongo de esta ventana diminuta entre el presente y el momento en que el bebé me atará. Este tiempo me pertenece y lo tomo. No intentes detenerme haciendo que me impidan el paso en el aeropuerto. No te gustará lo que les cuente.

La amenaza, tan sorprendentemente eficaz, lo heló hasta la médula. No podía tomarla a la ligera.

–No quiero hacerlo –continuó–. Depende de ti. No he venido a iniciar una guerra. Te he dicho que no quiero nada de ti. Intentaré mantener el secreto todo lo que pueda. A pesar... A pesar de las circunstancias en que se ha concebido este bebé, me siento feliz –se apresuró a concluir.

Su lado más cínico tuvo ganas de preguntarle a qué circunstancias se refería. Mejor eso que aferrarse a un recuerdo tan agridulce que no podía sacarlo de su cámara acorazada interior.

Pero debía centrarse en el presente. Con el tiempo podría establecerse la paternidad, pero la realidad era que, sin importar quién fuera el padre del bebé, en cuanto el embarazo se hiciera evidente, todos los ojos se centrarían en él como el responsable.

Y, hasta que no supiera con certeza incuestionable que era suyo, no pretendía dejar que lo acusaran de ello.

–¿Mi vestido? –instó, volviendo a darle la espalda.

–¿Y cómo te lo quitarás cuando estés sola? –se quitó la chaqueta del esmoquin y la pasó por los hombros de ella, cubriéndole la espalda estrecha y dándole un aire de inocencia y juventud que apenas podía aguantar.

–¿No hay nada que pueda decir o hacer que te convenza de no ir a Italia? –le preguntó.

–Me marcho mañana.

– *Cosi sia* –musitó. «Que así sea». Al menos estaría fuera de los Estados Unidos, el país que se mostraría más escandalizado por un

embarazo que hablaba de traición a su héroe nacional.

La tomó por el codo y la condujo hacia el ascensor mientras su mente funcionaba a toda velocidad. Su intención había sido volar a primera hora con Isabella, Vittorio y los padres de este, con el fin de dejar a Isabella con la familia que la esperaba. Debería revaluar todos sus planes de Navidad. De hecho, toda su agenda para el próximo trimestre, quizá todo el año. Tal vez toda la vida.

–¿Vas a Roma? –inquirió con tono hosco.

–A Milán. ¿Por qué? –lo miró con suspicacia.

–Milán –repitió mientras su mente ágil desplegaba las posibilidades.

Por suerte, no vieron a nadie al subir a la habitación de ella. Le abrió la puerta mientras Lauren se quitaba la chaqueta y se la devolvía. Cuando lo miró, solo vio una expresión melancólica en sus ojos. Pero la sensualidad seguía ahí. Esos signos encontrados de inocencia y pecado lo fascinaban.

–Te fuiste tan rápidamente de Charleston después del funeral.

Nunca te dije...

–No me des las gracias, Lauren –experimentó un nudo en el corazón–. No me gusta –advirtió. Sin embargo... no. Aplastó con fuerza sentimientos que jamás debería haber tenido.

–Adiós –concluyó ella con gravedad–. Nunca te dije adiós.

– *Ciao* –logró musitar a pesar del puño que apretaba. No sería un adiós hasta que no demostrara que el bebé no era suyo–. *Buona notte, bella.*

Capítulo 3

No durmió bien. La voz ronca de Paolo no dejaba de despertarla mientras pronunciaba su nombre con esa inflexión tan sexy. Era una tonta. Había dormido sola más que con su marido; sin embargo, después de una noche con Paolo, se despertaba sintiéndose abandonada y con ganas de morirse. Qué necia.

Dormitó un poco en el avión. Viajar en primera clase era mucho más cómodo que hacerlo en aviones pequeños para ir a ver a su madre a Manitoba o en aparatos militares para encontrarse con los padres de Ryan en Charleston. Lo gracioso es que había volado docenas de veces, pero nunca había ido más lejos de unas cuantas provincias o estados.

Y, mientras esperaba que apareciera su equipaje, comprendió que realmente se encontraba en otro país, después de haber sido atrevida e independiente. Su abuela no había podido viajar... ni hacer mucho más, razón por la que se había ido a vivir con ella a la edad de dieciocho años; Ryan, invariablemente, había querido visitar Charleston cuando estaba de permiso. Lo más cerca que había estado alguna vez de una aventura había sido cuando su prima, que iba a la universidad en Nueva York, le había suplicado que la visitara.

Y había ido por insistencia de su abuela. En aquellos días era una tímida incurable y temblaba con el vestido ceñido de cóctel de su prima Crystal, temiendo que alguien le apartara el cabello suelto tras el cual se escondía y descubriera que era menor de edad. «En los bares de moda es donde encontrarás maridos ricos», había dicho Crystal, insistiendo en que fueran a uno. Cuando el alto, moreno y extremadamente atractivo Paolo se había acercado, había estado segura de que era el dueño que se acercaba para echarla.

Pero se había ofrecido a invitarlas a unas copas de vino.

Todo su ser se había quedado electrizado por esa mirada líquida de admiración. Llena de vergüenza, había apartado la vista para mirar a su prima, quien había aceptado con animación. Los hombres apuestos y ricos se le insinuaban constantemente.

Paolo había confesado que estaba prometido. «Pero eso no impide que un hombre disfrute de una compañía atractiva mientras espera a un amigo». Su amigo había sido Ryan.

Había estado tan centrada en él, que Ryan no había hecho que tartamudeara ni que se encerrara en su timidez. Suspiró, preguntándose si su vida habría sido diferente de haber rechazado la copa de vino de Paolo.

O aceptado a Paolo en la recepción nupcial. Vio la imagen del pelo de este cayéndole sobre la frente atormentada cuando Ryan los había encontrado en el jardín, con la invitación de Paolo de marcharse flotando aún en el aire caluroso. La mirada resentida cuando Lauren se había dirigido al lado de su novio para mitigar la tensión animal que irradiaba de ambos hombres.

Paolo había estado buscando una pelea y Ryan lo había sabido.

Así se lo había comunicado después.

Todavía podía sentir el sabor a whisky que había impregnado la lengua de Paolo y había sabido que la insinuación solo había sido reflejo de un acto ebrio e impulsivo. Él había dado el paso, aunque Lauren siempre había percibido que la culpaba a ella de haberlo hecho.

Pero Ryan no la había culpado. Quizá eso debía de haber sido indicio de que no se hallaba especialmente interesado en su fidelidad.

Habían pasado tres años hasta que empezó a percibir que no se trataba del marido más leal.

Podría vivir sin los otros recuerdos dolorosos, pero sin importar lo angustiado que había sido el comienzo de la noche pasada con Paolo en Charleston, no podía lamentarla. A pesar de la hostilidad que le había mostrado la noche anterior y la posibilidad de que en Charleston solo estuviera utilizándola para contener el pesar que lo embargaba, estaba agradecida y feliz de que hubieran hecho el amor.

Él no.

La odiaba por haberlo llevado a traicionar a Ryan. Desde aquella primera vez en que los había conocido a los dos, había visto en ellos una amistad realmente notable, nacida en la niñez en los colegios internacionales a los que habían asistido, con Ryan descendiente de un linaje militar y Paolo hijo de un banquero inversor.

Puede que Ryan lo perdonara por ese momento de debilidad en la boda, aceptando la palabra de Paolo de que estaba borracho y alterado por la desintegración de su propio matrimonio y el juramento de que jamás se repetiría, aunque Paolo nunca se perdonaría a sí mismo.

La noche anterior había estado a punto de contarle que Ryan la engañaba, pero sabía por la única vez que lo había sugerido que no le creería. Además, ¿qué clase de persona hablaba mal de los muertos, en especial de su mejor amigo? No obstante, no podía evitar pensar que, si lo comprendiera, quizá Paolo adoptara un punto de vista diferente a la transgresión que habían tenido en Charleston. Detestaba saber que la odiaba.

Pero no se había arriesgado a poner las cosas claras y ya no iba a volver a verlo.

Unas lágrimas ardientes se acumularon en sus ojos y se llevó las manos a la cara, acercándola a una crisis en un aeropuerto lleno de desconocidos a miles de kilómetros de cualquier cosa que le resultara familiar.

– *Signora?*

Una voz masculina y preocupada hizo que levantara la cabeza.

Al hacerlo, vio que por la cinta se acercaba su equipaje. Dio un paso al frente tratando de recogerlo antes de que repitiera el giro en la cinta transportadora. El hombre, un italiano de mediana edad con un traje clásico, lo hizo por ella.

Fue un acto tan inesperadamente galante que la arrancó de su autocompasión y le provocó una sonrisa fresca. Insistió en ayudarla hasta la salida.

–Oh, *signore* –dijo cuando la guió al bordillo–. Las limusinas de alquiler parecen estar en aquella dirección...

– *Grazie,* Bruno –Paolo giró por el lado del conductor de un deportivo negro. A pesar de la llovizna, tenía los ojos ocultos tras unas gafas de aviador.

Lauren sintió que la sorpresa le resecaba la boca.

Paolo levantó la maleta del carrito y la guardó donde ella creía que debía estar el motor. Su nuevo amigo guardó los bolsos junto a la maleta y cerró el capó mientras Paolo abría la puerta del acompañante.

– *Rapidamente, per favore* –instó él–. Estoy en un sitio prohibido.

–Pero ¿cómo...? –¿qué hacía allí?

En ese momento, un agente hizo sonar un silbato.

–Tengo tu equipaje –le recordó él, señalando el asiento donde la quería.

–Eso es extorsión –pero se sentó y se volvió para darle las gracias a Bruno. Paolo cerró la puerta en su cara.

No entendía ese giro en los acontecimientos y, a pesar de todo, se sentía tremendamente aliviada. Él se puso al volante y arrancó.

–Abróchate el cinturón –ordenó Paolo.

–¿Cómo sabías que estaba...? –Bruno. Volvió a girar la cabeza mientras se ajustaba el cinturón, pero ya se había marchado–. ¿Cómo conocías el nombre de ese hombre? –demandó.

–Es mi jefe de seguridad –repuso mientras zigzagueaba entre el tráfico–. Lo puse en tu vuelo anoche.

Volvió a clavar la vista en el tráfico.

–Anoche no dijiste nada de que ibas a regresar a Italia –indicó con voz tensa–. Tu asistente dijo que te irías de la ciudad en cuanto terminara la gala y que no regresarías hasta Año Nuevo, pero no mencionó tu destino. ¿Cómo es que has llegado antes que yo?

¿También venías en mi vuelo?

–No, llegué antes que tú –frunció los labios antes de continuar–: No quería que nadie supiera que nos veíamos después de la breve conversación que mantuvimos anoche. Me has puesto en una situación difícil. Lo entiendes, ¿verdad?

¿Que ella lo había puesto...? La recorrió una furia defensiva.

–No te violé para robarte el esperma, Paolo.

–¿Quién sabe que estás embarazada? –inquirió él.

–Solo mi doctora.

–¿Quién más?

–¡Nadie! Todos los libros decían que lo mejor era esperar tres meses antes de contárselo a alguien.

–Eso no se refiere al padre, Lauren. ¿O intentaste contárselo y las cosas no funcionaron? ¿Por eso recurriste a mí? ¿Qué pasó con el padre verdadero? Dímelo. Yo te ayudaré.

La irritación la lanzó al combate.

–El padre verdadero no me creyó y se está comportando como un idiota.

Él la observó hasta que captó el mensaje por la mirada

demoledora que le lanzó. La boca formó una línea dura.

–Tú te estás comportando como un idiota –reafirmó ella–. Necesitaba tiempo para descifrar cómo sería mi vida como madre soltera, así que me reservé la información. ¿Por qué no me llamaste tú? –desafió–. Sabías que no habíamos usado preservativos.

Un músculo se contrajo debajo del ojo de Paolo.

–Creía que no podías quedarte embarazada, de modo que, aunque no era mi intención correr ese riesgo, las probabilidades de concepción no parecían lo bastante altas como para hacer un seguimiento.

Lo único que oyó fue la primera parte y experimentó la sensación de que un cuchillo le atravesaba la garganta mientras otro se clavaba en su corazón.

–¿Ryan te contó que no me podía quedar embarazada? –soltó con incredulidad.

–No con tantas palabras, pero soy italiano. Tenemos familias numerosas. Tú siempre me diste la impresión... –calló.

–¿Qué? –instó Lauren, preparándose para lo peor.

–Parecías una mujer que quería ser madre –concedió, como si lo irritara reconocerlo–. Siempre que veía a Ryan, de forma natural le preguntaba si los bebés ya estaban de camino y él siempre respondía: «Aún no hay suerte». Así que sabía que lo intentabais.

–Muy perspicaz por tu parte dar por hecho que era fallo mío, no suyo –espetó.

–No importa de quién fuera el fallo, tienes que reconocer que es descabellado que crea que solo hizo falta una noche para dejarte embarazada después de intentarlo durante tantos años con tu marido.

–Bueno, a ti no te han hecho una vasectomía, ¿verdad? –preguntó Lauren.

Controlando el volante, la miró fijamente un instante.

–¿Qué estás diciendo? Ryan no habría hecho algo así.

Cualquier remordimiento que hubiera podido sentir por revelar la naturaleza hipócrita de su marido, quedó rápidamente eclipsado por la gran amargura que sentía ante el secreto que le había guardado. Los muchos secretos.

–Fue exactamente lo que hizo –confirmó–. Antes de casarnos. Y nunca me lo contó.

–¿Por qué crees que lo hizo? ¿Por qué iba a considerar siquiera algo así antes de tener hijos? –arguyó Paolo.

–No lo sé –frunció el ceño–. Ya sabes lo difícil que era su padre –acusó a regañadientes–. No puedo evitar pensar que eso tuvo algo que ver con su decisión.

Paolo movió la cabeza, incapaz de comprender esa información.

Quiso descartarla por completo, pero al mirarla la vio debatirse con un torbellino de emociones, luchando por aferrarse a su orgullo.

«Este bebé es un milagro» .

Centró su atención en el camino incómodo con lo que ella decía, porque fomentaba un perfil de Ryan que hacía tiempo que intentaba quitarse de la cabeza. Y se sintió aun más incómodo al recordar una conversación que casi habían mantenido en el cumpleaños de Ryan un par de años atrás.

–¿Estás segura, Lauren? –soltó, deseando que se equivocara–.

¿Cómo lo averiguaste si él no te lo dijo?

–El médico de la familia fue a ver a Elenore unos días después del funeral. Ella estaba destrozada y yo comenté que deseaba que al menos hubiéramos podido darle nietos, a lo que él comentó: «Bueno, intenté convencer a Ryan de que no siguiera adelante con la vasectomía, pero él insistió». Lo dijo como si yo lo supiera. Fingí que así era mientras me terminaba el café, luego subí a mi habitación, hice las maletas y me marché a Quebec.

Todavía sentía vergüenza por esa marcha brusca, pero ya había llegado al límite en su papel de viuda doliente. Llevaba meses aceptando las aventuras amorosas de Ryan, pero la suma de esos años de angustia en los que había creído que era incapacidad suya no poder concebir había sido un golpe nuevo.

«Díselo», pensó, mirándolo. Dile que con esa medida, probablemente Ryan se había asegurado que ninguna de sus muchas aventuras sufriera la clase de complicación a la que Paolo se enfrentaba en ese momento.

No podía. La cara de este era un muro de obstinada negación.

No quería oír nada en contra de su amigo y ella no tenía ánimos para que la llamaran mentirosa.

Menospreciada por dicha terquedad y exhausta por el largo vuelo, preguntó:

–¿Queda mucho hasta mi hotel?

–No vas a ir a un hotel. Te lo he dicho, me has puesto en una posición difícil. Lo último que voy a permitir es que te muevas por Milán atrayendo la atención.

–¿La de quién? –inquirió–. Ni siquiera viajo con mi nombre de casada. Vuelvo a ser Lauren Green, una absoluta desconocida.

–No seas ingenua, *cara*. Después del revuelo que causaste anoche, nuestras fotos están por todas partes. Tu cabello nuevo es como una bandera roja. A los paparazzi les encantaría encontrarte, en particular entrando en una clínica médica. ¿Tenías planes de hacer algo así?

–¿Algo tan escandaloso como que me comprueben la tensión arterial? Sí, pedí cita. Es una precaución sensata. Pero, ¿qué revuelo?

Estuve en tu fiesta diez minutos y apenas hablé con nadie.

–Exacto. Todo el mundo se preguntaba quién era la mujer misteriosa que acaparó al anfitrión –musitó unos juramentos en italiano–. Hasta Isabella me hizo algunas preguntas. Fue muy incómodo.

–Pues lo siento por Isabella –comentó con sarcasmo–. Quizá por el bien de tu novia, la próxima vez que tengas una aventura de una noche, llama pasadas unas semanas para averiguar si hay algo que deberías saber.

Reinó un silencio mortal.

–¿De verdad acabas de decirme eso?

–¿Crees que se ve mi ingenuidad? Porque no llamar es lo que hace que sea una aventura de una noche, ¿verdad? Mientras esté aquí intentaré hacerme a la idea.

–No es gracioso, *cara* –dijo con voz suave llena de advertencia.

–No intento serlo. Intento superar el hecho de que no quieres tener nada que ver conmigo, a pesar de lo cual me estás secuestrando. ¿Por qué? Tú solo llévame a mi hotel –insistió–. O usaré mi italiano bastante fluido y mi nuevo teléfono móvil –le gustaba tanto, que incluso lo sacó del bolso–. Mira, hasta tiene cámara y cobertura internacional. Lo que significa que puedo hacer esto –lo sostuvo ante ella como si tuviera conexión y habló en italiano–: Buenas tardes, agente. Este hombre me está reteniendo en contra de mi voluntad –giró el aparato hacia la expresión altanera de Paolo.

Antes de que se diera cuenta de que podía moverse con tanta celeridad, el teléfono estaba guardado en el bolsillo exterior de la chaqueta de él y la mano volvía a estar apoyada sobre la palanca de cambio.

–¡Eh!

–Duerme un poco –aconsejó Paolo–. Nos espera un trayecto largo.

Era la misma trivialización condescendiente de sus necesidades con la que había crecido. Automáticamente recorrió el viejo espectro de ira que desembocaba en la impotente tristeza de sentir que nunca podría ganar, que jamás importaría, que no podría hacer lo que quería y que solo la reprenderían si lo hacía.

Miró por la ventanilla.

–La gente siempre se preguntó por qué elegí vivir con una anciana enferma. Lo único que escuché mientras crecía fue: «Haz lo que se te dice, Lauren. No tengas berrinches. No importa de quién fue la culpa, di que lo sientes y que no se hable más del asunto». Hasta Ryan lo hacía. «¿Tenemos que hablar de eso ahora? Solo estaré tres días en casa» –en un arranque de frustración contenida, giró la cabeza–: Lamento que mis órganos se encuentren en perfecto estado y que me atreviera a quedarme embarazada cuando tú solo te apiadabas de una viuda llorosa. No volverá a suceder, te lo prometo.

Después de ese exabrupto, trató de cerrarse la cremallera de la cazadora, cruzó los brazos y le dio la espalda todo lo que se lo permitió el asiento del deportivo.

Él ajustó la calefacción para que saliera calor a la altura de sus pies.

–Ryan jamás me contó que tenías este temperamento –comentó divertido.

Ella se enfureció más.

–Como si Ryan hubiera llegado a conocerme alguna vez, después de pasar solo tres de cada cien días en casa –gruñó.

–Lauren –comenzó con tono de súplica.

–Olvídalo, Paolo. Quiero disfrutar del paisaje. Conduce hasta Suecia si te apetece. Alquilaré un coche cuando lleguemos allí e iré adonde a mí se me antoje.

Iba camino de convertirse otra vez en un paria. Un favor tres meses atrás, un acto bueno en nombre de una amistad que valoraba y su vida volvía a deshacerse.

Suspiró y miró a la mujer que tenía al lado. Se preguntó cómo había dejado que se repitiera. Después de recoger las piezas de su matrimonio y reputación rotos, había tenido mucho, mucho cuidado de no cometer ningún desliz. Ladrillo a ladrillo, se había reconstruido a sí mismo y al banco de la familia en algo que volvía a ser sólido y de confianza. Con la economía tambaleante, no podía permitirse dar ningún paso en falso.

Y, sin embargo, había tropezado justo con la señora Bradley.

«Ryan ha desaparecido, Paolo. Nadie me cuenta nada. Por favor, ayúdame».

Por algún motivo, aún guardaba el mensaje de ella en el buzón de voz. No era capaz de escucharlo, pero tampoco convencerse de borrarlo.

No era un hombre que creyera en experiencias extrasensoriales, pero había sabido que Ryan estaba muerto nada más oír la voz angustiada de Lauren.

Frunció el ceño y pensó en ello. Se habían conocido en un colegio internacional de Singapur. Al principio, habían sido demasiado competitivos como para caerse bien. Él estaba acostumbrado a dejar atrás a los otros estudiantes sin siquiera proponérselo; pero, de repente, cada cuestionario, concurso de ortografía o prueba deportiva era un enfrentamiento con el chico estadounidense. Ryan había estado decidido a superarlo en todos los campos.

En años posteriores llegaría a descubrir que el lema de la familia Bradley era: «Bueno, mejor, excelente. Nunca descanses. Mejora lo que haces bien. Que sea excelente lo que haces mejor». Y, si no era así, te enterabas al regresar a casa.

Paolo tenía su propio lema: Guía. Algo que no se podía hacer siendo segundo.

El momento decisivo había sido una carrera de campo a través al final del semestre. Eran doce que habían aventajado mucho al resto de participantes, a pesar de la lluvia, el barro y la ascensión

empinada por una selva resbaladiza. Paolo acababa de cruzar un riachuelo crecido, con Ryan pisándole los talones, cuando un sonido…

Todavía no sabía qué instinto de autoconservación lo había hecho girar, agarrar a su competidor y arrastrarlo. ¿Un sonido, algo en el modo en que las aguas cenagosas corrían bajo sus pies… una percepción primigenia? Fuera lo que fuere, salvó a Ryan de un desprendimiento de tierra blanda que marcaba la ladera en una hondonada profunda. Los dos se habían quedado contemplando la garganta abierta donde segundos antes habían tenido plantados los pies.

–Debemos detener a los otros –había dicho Paolo.

Ryan corrió hasta la meta en un tiempo récord. Paolo desvió al siguiente joven y lo envió de vuelta a detener a los demás corredores.

Luego, fueron saludados como héroes… algo que pareció arraigar en la naturaleza de Ryan. Había encontrado un modo de ganarse la aprobación de su padre. A partir de entonces, había escogido poner su vida en peligro por otros en actos futuros de intrepidez.

Esa identidad había seguido a Ryan a su carrera de militar.

Había estado decidido a salvar el mundo. Se había burlado sin piedad de Paolo por estar destinado a la banca, de todas las profesiones posibles. Paolo había mitigado la envidia que le inspiraba la vida llena de acción de su amigo redoblando sus esfuerzos en los estudios, estableciendo las bases para la que llegaría a ser su carrera, y persiguiendo al mismo tiempo un sueño. Un sueño que había tenido que abandonar con una cicatriz sensible en la que Ryan nunca dejaba de hurgar.

Y en todo ese proceso, de algún modo, ambos habían pasado por alto el verdadero peligro que había en lo que Ryan hacía.

Pero Paolo tuvo que encararlo cuando Lauren había recurrido a él. Como conocía a personas influyentes, había hecho algunas llamadas y descubierto lo que ocultaba un gobierno que intentaba salvar lo que quedaba de una misión que había salido terriblemente mal.

No tardó en experimentar la sensación de culpabilidad del superviviente. Se preguntó si era el deber lo que lo había empujado

a entregarse a la profesión familiar, el sentido común o la simple cobardía. ¿Por qué era responsabilidad de Ryan asumir los riesgos en nombre de la paz y la libertad y no suya?

De haber estado con su amigo, ¿habría podido salvarlo?

Y así se encontró a bordo de un avión, con el conocimiento del secreto de la muerte de Ryan carcomiéndolo como un cáncer. Había tenido que contárselo a Lauren. Había tenido que verla. No había cuestionado esa compulsión; simplemente, la había seguido. Suponía que algunas cosas no podían transmitirse a través de una conexión electrónica.

También había estado presente la familia de Ryan. Era algo que no podía evitarse. Tenían derecho a saberlo y habían quedado tan destrozados como cabía esperar. La mansión de los Bradley se había convertido en una representación del infierno que él no había sido capaz de soportar. Necesitaba marcharse y allí estaba Lauren, con un aire de absoluta soledad. No había examinado su decisión de llevársela con él. Ni siquiera le había dado una elección; sencillamente, lo había hecho.

A solas con ella en su suite, había podido bajar sus defensas. No tardaron en encontrarse llorando en los brazos del otro y en trasladarse a la cama por puro agotamiento físico y emocional. Al acurrucarla contra el costado de su cuerpo solo había existido la intención de compartir un calor necesario para ambos.

Después se había despertado más excitado que nunca en toda la vida, con la necesidad primitiva de penetrarla. Desearía poder reconocer que en su interior había opuesto resistencia, pero había sido un intento patético. La había apartado de besarle el cuello, pero lo único que tuvo que hacer ella fue musitar *Paolo*.

Su nombre. Había sabido que era él. Eso era todo lo que había importado en la habitación a oscuras. El corazón le había latido con fuerza cuando le acarició su torso desnudo.

Si hubiera sido solo una vez, habría sido perdonable, pero habían seguido, orgasmo tras orgasmo. La había desnudado, besado y lamido cada centímetro de su cuerpo, sin permitirse pensar en otra cosa que no fuera poseerla de todas las maneras posibles.

Ella había mostrado una sensualidad codiciosa, deliciosamente desinhibida, mordiéndole el hombro, aprisionándole la cintura con la presión poderosa de las piernas, tan húmeda, estrecha e

insaciable que Paolo había estado a punto de morir.

Quizá debería dejar de preguntarse cómo podía estar embarazada y considerar cómo podía no estarlo.

La miró y agradeció que le diera la espalda y no pudiera ver cómo le costaba controlar la respiración. El deseo retumbaba como una marcha inexorable dentro de él: deseo, deseo, deseo.

Sin embargo, lo único que tenía que hacer para acabar con él era recordar el desprecio que había sentido hacia sí mismo al despertar con el cuerpo desnudo de ella entrelazado con el suyo.

Lauren se había mostrado igual de consternada al sentarse y apartarse. Ninguno había dicho una palabra, solo se habían dirigido a las duchas separadas.

¿Qué clase de gente se comportaba de forma tan deshonrosa?

Paolo los odiaba a ambos... a sí mismo por volver a ser el hombre que sucumbía al deseo de un momento; a Lauren por no detenerlo. Ella poseía el poder de hacer que olvidara las consecuencias y tomara algo que jamás debería haber tocado en primer lugar. Lo enfurecía.

Hacía que siguiera la dirección que conducía al hombre irresponsable que había sido en el pasado, algo que no podía tolerar.

Volvió a mirarla y la postura de ella le indicó que se había quedado dormida.

Lo dominó un sentido extraviado de protección. Como no llevara esa situación con mente despejada y absoluto cuidado, Lauren sería el instrumento de otra caída.

Capítulo 4

Los dedos cálidos de Paolo le acariciaron con ternura el lado de la cara. Adormilada, posó los labios en la parte interior de su muñeca.

Él retiró la mano y soltó una maldición seca.

Lauren abrió los ojos, desorientada y consternada. Había sabido que se trataba de Paolo, entonces, ¿por qué...?

Bajó la vista y se vio plenamente vestida en el asiento del acompañante de su coche. Él se apartaba para hacerle sitio para bajar, dejando la puerta abierta. Remolineó un viento vivo, como ansioso de eliminarle las telarañas de la mente.

–¿Dónde estamos? –logró tartamudear al poner los pies en el suelo.

Se sentía mareada por su contacto, de modo que permaneció sentada mientras estudiaba la hierba invernal y los arbustos desnudos.

En el centro de una propiedad bien cuidada se alzaba una hermosa casa de piedra cubierta de hiedra. Terrazas de hierro forjado sobresalían aquí y allá, y detrás del valle, el fondo lo formaban el cielo azul y las cumbres nevadas.

Se incorporó y, debajo de ella, un lago de un azul intenso se extendía hacia una vista asombrosa que le daba la bienvenida.

–Oh –suspiró embelesada.

Reinaba una serenidad maravillosa. En el costado de la casa, unos escalones de piedra bajaban a una terraza con una piscina con centelleante agua color turquesa, a mitad de camino de la playa.

–¿Disfrutarás tu estancia aquí, entonces?

–¿Estancia? –preguntó con labios resecos.

–He dispuesto que esta villa esté a tu disposición mientras te encuentres aquí.

Su habitual meticulosidad arrogante. Sería gracioso si no fuera irritante. Recalcaba el gran deseo que sentía de hacerla desaparecer.

Controlando cierta inseguridad infantil, cerró la puerta del coche y se acercó a los escalones.

–Eres muy generoso, Paolo, pero de haber querido quedarme en una villa a kilómetros de la civilización, lo habría organizado yo misma –lo miró con ojos altaneros–. Mi abuela hizo una fortuna en el campo inmobiliario. Mis hermanastros piensan que la razón de que me fuera a vivir con ella fue para asegurarme una parte de la herencia. No fue así, aunque, de todos modos, ella me lo dejó todo a mí –no pudo evitar sonreír. Mamie era la única que la había tratado con naturalidad y justicia y por eso la adoraba–. Luego está la parte de Ryan de la fortuna de su madre –añadió, decidida a dejarle claro que no carecía de recursos–. No sabes cuánto irrita a Chris que me quede con esa parte del fideicomiso; probablemente lo hago por eso, ya que no lo necesito. Y, por supuesto, el estado me envía la pensión de viudedad –frunció la nariz, ya que no se sentía demasiado cómoda aceptando ese dinero–. Si pensara que la dedicarían a algo que no fueran tanques y armas, la rechazaría. Pero la he destinado a un programa que ayuda a familias que han perdido miembros en el cumplimiento del deber.

Volvió a posar la vista en la hermosa villa.

–Así que, como bien puedes ver, no necesito que pongas a mi disposición otra casa vacía. Pero mientras estamos aquí, estiraré las piernas antes de que me devuelvas el teléfono y pueda arreglar otro alojamiento...

Su voz se fue perdiendo al bajar los escalones hasta el césped.

Mientras ella contemplaba la arena pedregosa más allá de unos áridos árboles frutales, Paolo se concentró en esos vaqueros ceñidos que resaltaban unas piernas gráciles y terminaban en unas botas cortas. No pudo evitar recorrerlas una y otra vez.

La brisa procedente del agua era lo bastante fresca como para impulsarla a alzarse el cuello de la cazadora de piel.

–¿Qué quieres que te diga, Paolo? Espera, a ver si lo adivino.

«Sí, Paolo. Por supuesto, Paolo. Lo que tú digas, Paolo» –recitó con desdén–. Ya he estado ahí y he hecho eso, salvo que su nombre era Ryan. Pero te diré lo que pienso hacer –se giró hacia él–. Si decido quedarme en Italia, dejaré que me regales esta villa. Parece un sitio precioso en el que criar a un niño.

–¿Quedarte? –avanzó hacia ella dispuesto a someterla a su voluntad–. ¿Qué intentas hacerme, Lauren?

Ella retrocedió un paso y pisó arena suave en vez de hierba

firme y seca.

–No te hago nada. Intento hacérmelo a mí… vivir mi vida. La gente como Ryan y tú, que nunca responde ante nadie, no entiende…

–¡Yo respondo ante todo el mundo! –la cortó exasperado–.

¿Crees que los inversores de un banco quieren que el presidente se vea inmerso en un escándalo de paternidad? ¿Otra vez? Es caro y desestabilizador. ¡Y, cuando la situación se produce porque ha engañado a su mejor amigo, entra en juego la ética!

La vio parpadear desconcertada, pero continuó deletreándoselo porque era evidente que necesitaba oírlo.

–Es un negocio familiar, Lauren. A mis hermanas y primos no les gusta que mi conducta irreflexiva y cuestionable se interponga con su estilo de vida. Lo sé porque así me lo han dicho. ¿Y crees que mi madre, que ya se entregó a un nieto nonato que le fue arrebatado, apreciará otro incidente similar?

»Las mentiras de mi ex le partieron el corazón. No dejaré que vuelva a suceder. ¡Así que debes reconocer que lo que hagas con tu vida impacta en la mía!

Su furia apasionada fue como una bofetada del viento y le permitió oír más que las palabras de Paolo.

La madre de él no era la única que se había entregado a ese niño nonato.

Nunca se le había ocurrido pensar que el mismo día en que se rompía su matrimonio se le había partido el corazón. Lo había embargado el dolor, sintiendo como si hubiera perdido al bebé que no había llegado a nacer y que había resultado ser de otro hombre. Claro que no se permitiría creerle cuando Lauren afirmaba que él era el padre de ese nuevo bebé.

Dio unos pasos hacia el agua, torturada por el recuerdo de la rapidez con que había descartado el comportamiento de Paolo en la boda. «Está borracho, Ryan. No significa nada». Odiaba que trivializaran su dolor, pero ella había hecho lo mismo con el de Paolo.

Pero, de ser cierto eso, sabía que era porque no quería que nadie descubriera lo mucho que la atraía, y menos él. Todas las acciones evasivas que emprendía, eran una cortina de humo para ocultar la fascinación por un hombre que estaba más allá de sus posibilidades

y que nunca correspondería dicho interés.

Alzó la vista clavada en el agua.

–No intento perturbar tu vida, ni herir a tu madre ni arruinar tu carrera, Paolo. Pero trata de comprender. He sido paciente toda la vida, esperando hasta crecer y abandonar mi hogar, esperando hasta que Mamie no me necesitara, esperando hasta reunirme con mi marido en el extranjero, esperando hasta poder ver todos los lugares de los que me hablaba Mamie. ¿Ahora tú me pides que vuelva a esperar? ¿Hasta cuándo? ¿Hasta dentro de veinte años, cuando este bebé sea un adulto?

–¿Visitar todos los lugares de los que te habló tu abuela en qué hace que vivas tu vida? Suena como que pretendes revivir la de ella.

Fue un comentario que solo buscaba rechazar la sensación de culpabilidad o de ablandarse por la empatía, pero el rostro de ella se paralizó. Aturdida, bajó la vista al suelo y cruzó los brazos en gesto protector.

–Supongo que eso es justo. Yo no lo veía así, pero... –se acercó al borde del agua, donde permaneció largo rato en silencio.

Al rato, se acercó a ella, percibiendo que se había excedido. La conciencia lo aguijoneó. No había querido ser duro. No podía negar que había estado atada durante mucho tiempo, sin poder hacer nunca lo típico de una joven veinteañera.

–Me falta imaginación –agregó ella, frotándose los brazos–.

Siempre elijo el camino seguro. Me dije a mí misma que al fin estaba haciendo algo atrevido y estimulante, pero tienes razón. Esto no es más que una repetición de la aventura de Mamie. ¿Por qué para todos los demás es tan fácil ser tan interesante y para mí... no?

«Eso no es verdad». La declaración se formó en su lengua, pero se la tragó.

–Define estimulante –musitó para no dejarse llevar–. Para la mayoría es un problema el control de los impulsos. Una falta de sentido del freno. Adicción a la adrenalina.

–¿Es eso para ti? –los ojos brillantes lo miraron con auténtica curiosidad.

De inmediato sintió el deseo de pasarle el brazo por los hombros, pegarla contra él y al cuerno las consecuencias.

Se controló, metió las manos en los bolsillos y miró el agua.

–Supongo que ha sido todo eso en un momento u otro, pero hoy

en día ya no –respondió–. Estoy romo como un cuchillo viejo y pretendo seguir de esa manera.

Ella rio.

–¡No lo dudo, Paolo! Los hombres como tú no cambian. La vida es un gran juego que tienes que ganar.

–Ya no soy así –insistió, irritado por ese comentario.

–¿No? ¿Ni siquiera tienes que ganar una discusión? –lo provocó. Sonrió y se inclinó para recoger un guijarro antes de añadir–: Quizá estoy pasando por una tardía rebeldía adolescente.

Esencialmente he venido a Italia para no ceder al acoso de mi madre de regresar a Manitoba –tiró la piedra al agua, rebotó dos veces en la superficie irregular y se hundió.

–A las madres les gusta tener cerca a sus hijos. Es normal.

–Quiere que me siente y no me mueva. Es tan nerviosa –suspiró con fatalismo, mientras con el dedo pulgar trazaba círculos en otro guijarro plano–. Intento comprender lo duro que fue para ella ser la única joven ilegítima en esa escuela rural conservadora, siendo su madre una mujer exuberante y pintoresca. Pero lo único que se me ocurre es lo afortunada que fue de tener una madre interesante.

Lanzó la piedra. Cinco rebotes. Una marca respetable.

–¿De modo que sientes que tienes una vena aventurera que ha estado reprimida toda tu vida y que ya es tiempo de manifestar?

Perfecto, *cara*, pero no en mi patio –lanzó una piedra que dio seis botes antes de encontrarse con una ola que la frenó.

–Sí, has perdido por completo tu lado aventurero –extendió la mano–. El teléfono, por favor.

–Lauren...

–Tú ganas, Paolo. No exhibiré mis costumbres relajadas por todo Milán. Solo quiero buscar en el mapa un lugar donde comer.

Puedes dejarme en una cafetería y desde allí pensaré en algo.

Eso no le sonó a ganar... más bien a que no sabría dónde estaría.

–No seas tonta. La casa está plenamente abastecida. Al menos entra a echar un vistazo. Te prepararé algo si tienes hambre –miró su reloj de pulsera, recordando que esa noche tenía un cóctel en la casa de su tía; pero disponía de tiempo.

–Perfecto –suspiró frustrada mientras subía los escalones que conducían a la piscina–. Pero quiero que quede constancia de que odio actuar como felpudo.

–Aceptar mi invitación de prepararte algo para comer es una cortesía, no una debilidad –corrigió él.

–No hablabas en serio, así que eso me hace débil. En cuanto alguien simplemente me insinúa lo que tengo que hacer, me pliego con más facilidad que una silla de jardín. «Lauren» –imitó con tono de burla–, «tienes que venir a Nueva York. Nadie más puede» –giró en lo alto de la escalera y se tocó el pecho–. ¿Sabes?, yo no quería ir. No quería conocer a un militar que me consideraba un desafío. Y menos aún casarme con él. Si no empiezo a sacar la cara por mí misma, voy a criar a otra pusilánime que temblará toda la vida como un Chihuahua, como me pasa a mí.

Él se detuvo en el escalón anterior al rellano, atrapado por las palabras de ella. La tenía casi a la altura de los ojos y no podía pasar sin tocarla. Únicamente podía pensar en que con solo inclinarse unos centímetros la besaría. Era él quien corría el peligro de ponerse a temblar y de plegarse.

Cerró una mano sobre la barandilla fría y la otra apoyada contra la pared de piedra, analizando todo lo que ella había dicho. En particular: «No quería casarme con él». El comentario sobre la vasectomía lo había torturado todo el trayecto y había tratado de olvidarlo; pero ella había sonado amargada y convencida.

–Estás temblando –indicó para distraerse de sus conflictos interiores–. Ve dentro. El código de la cerradura está programado con la fecha de tu cumpleaños.

–¿Y cómo la conoces? –dio un paso atrás.

–Nos conocimos en tu cumpleaños.

–Crystal mintió –comentó–. No era mi cumpleaños. Nací en octubre, no en abril.

Se sintió como un tonto y un ingenuo. Había estado usando durante años esa fecha como uno de sus códigos de pin.

El calor que recibió a Lauren al entrar fue como un abrazo esperado. No fue solo la calefacción central, sino el espacio diáfano y las líneas suaves con los muebles mullidos. Hasta la cocina con sus electrodomésticos brillantes era un lugar soleado que fomentaba la permanencia.

–La casa tiene doscientos años, pero el interior fue rehabilitado el año pasado. Quítate los zapatos. Las baldosas están templadas –indicó Paolo.

Lo hizo y suspiró mientras recorría las habitaciones azules y verde mar con toques de amarillo crepúsculo e índigo melancólico. En el dormitorio principal de la primera planta, unas cortinas transparentes enmarcaban las ventanas mientras unas cristaleras daban a un balcón privado con vistas al lago. La casa era amplia pero acogedora; extravagante pero práctica. Se sintió como en casa.

«Maldito seas, Paolo».

Al regresar a la cocina, lo encontró con la camisa remangada; había puesto agua a hervir mientras picaba unas hierbas aromáticas.

–Hablabas en serio –afirmó, desconcertada.

–Por supuesto. ¿Por qué no querías casarte con él?

–Fue un análisis a posteriori –aclaró–. Cinco años de darme cuenta de que me había casado con el hombre equivocado. Si he perdido la juventud en algo, fue en esperar que mi marido llegara a casa y empezara nuestra vida juntos. Nunca iba a hacerlo.

–Porque era militar.

Encorvó los hombros.

–No quiero hablar del tema, Paolo. Me llamarás mentirosa, y la mentira es actuar como si Ryan hubiera sido un héroe sin mácula que siempre mereciera mi devoción. No puedo seguir haciéndolo. Estoy demasiado enfadada con él. Otro motivo para tener que largarme. La gente no dejaba de ofrecerme sus condolencias cuando yo solo quiero soltar veneno. No es agradable.

–Porque no fue sincero sobre no querer hijos.

La invadió una furia silenciosa.

–No fue sincero en nada –soltó sin lograr mantener la ecuanimidad. Silencio–. Le pedí el divorcio –continuó sin poder contenerse–. No quería dármelo. No dejo de pensar que estaba distraído y que eso fue lo que lo mató.

Capítulo 5

Parecía inminente una explosión que cambiaría sus vidas para siempre.

La necesidad instintiva de abrazarla y consolarla hizo que diera un paso antes de parar. Miró alrededor distraído y recobró la serenidad, recordó que estaba cocinando, aunque podía dejar que hirviera a fuego lento, y se pasó una mano por el pelo.

–¿Por qué? –demandó–. ¿Por qué ibas a hacerle algo así?

¿Porque no iba a casa tanto como a ti te hubiera gustado? Sabías con quién te casabas.

–¿Lo sabía, Paolo? ¿De verdad? –le dio la espalda y parpadeó para contener las lágrimas. Cruzó los brazos.

–Servía a su país –insistió, martilleando el punto que había empleado para justificar ante sí mismo por qué Ryan merecía a esa mujer–. ¿Tanto te costaba proyectarte fuera de ti misma y ver que hay cosas más grandes que jugar a estar en casa?

–¡Yo no jugaba! –dominada por la furia, avanzó hacia él–.

Comprendo que Ryan y tú os emborrachasteis el día de su trigésimo cumpleaños –continuó con tono acalorado–, pero aún era temprano cuando te pregunté si me engañaba cuando estaba fuera. Actuaste como si yo fuera el ser más rastrero solo por pensarlo. «Deja de buscar excusas para ir tras otros hombres» –repitió airada–. Eso fue lo que me dijiste. Me sentí tal como tú querías que me sintiera. Desleal, paranoica y equivocada. Bueno, ¿adivina qué, Paolo?

La pregunta entrecortada, cargada de ironía amarga, hizo que moviera la cabeza.

–Su amante me encontró en línea. Seré amable y la llamaré así, ya que ella creía que Ryan la amaba de verdad. Dijo que esa era la razón por la que tenía una relación con un hombre casado. Sabía que era un seductor, pero pensé que conmigo era diferente. ¿Lo sabías, Paolo? ¿Lo sabías entonces, cuando te lo pregunté?

«Miente», se dijo él, pero no pudo. Ya no. Le había estado carcomiendo la conciencia todo el tiempo, aunque había sido reacio

a romper el matrimonio de su mejor amigo. No cuando casi lo había hecho en una ocasión. Había estado en deuda con Ryan por aquello...

y, en ese momento, comprendió que había sido el motivo por el que desde entonces no se había esforzado mucho en verlo. Lo había hecho sentir sórdido y había dañado gravemente el respeto que había sentido por él.

Su titubeo era toda la respuesta que necesitaba Lauren. Dio un paso atrás, como asqueada, obligándolo a precipitarse en su propia defensa.

–No lo sabía. Fue una serie de cosas que escuché aquí y allá.

Una posibilidad, no una certeza.

–Sin embargo, hiciste que me sintiera como una criminal –su cara reflejó el dolor de la confianza mal depositada. Apretó los labios y frunció el ceño.

A pesar de saber que debía hablar, Paolo no pudo formar ninguna frase. Con un sollozo dolido, Lauren abandonó la habitación, llevándose las llaves de él en el proceso.

–¡No! ¡Lauren...! –antes de poder ir tras ella, un sonido borboteante a su espalda le advirtió de que la olla llevaba demasiado tiempo al fuego. Con dos pasos fue a cerrar el gas y luego corrió tras ella.

Al llegar fuera, la vio tratando de sacar su equipaje del maletero del Lamborghini.

–¿Qué haces? –la apartó para alzar las maletas él mismo–.

¿Qué necesitas con tanta desesperación como para arriesgarte a provocarte una pérdida del feto?

–Vete, ¿de acuerdo? Me quedaré sola en tu condenada casa mientras tú puedes ir a seguir con tu devota vida de doble rasero –se apartó unas lágrimas con dedos furiosos antes de quitarle la maleta y traquetear con ella a su espalda sobre la grava en dirección a la puerta. Continuó con amargura por encima del hombro–. Ve a acostarte con tu futura esposa y, convenientemente, olvida mencionarle que esperas la llegada de tu bebé con otra mujer. Me alegro de que no me creas. Os odio a todos vosotros, el modo en que os juntáis y actuáis como si vuestras necesidades sexuales fueran más importantes que nuestros corazones. No, no estás invitado a pasar.

Obstruyó la puerta cuando trató de entrar. Señalando, solo le permitió llevarle el resto de las maletas que luego entró ella misma.

–Deja que las suba por ti –insistió.

–Me arreglaré. Las llaves están en el coche. Adiós, Paolo. Y esta vez lo digo en serio.

Cerró la puerta y él oyó cómo encajaba la cerradura electrónica.

Alzó el dedo hacia el lector de huellas, decidido a entrar y explicarle… ¿Qué? ¿Cómo podría defenderse, o a Ryan, para el caso?

Su exmujer le había mentido. Sabía lo que era la traición. No solo socavaba la creencia en todo lo que a uno le habían inculcado como inviolable, sino que aplastaba el ego. Al menos él lo había oído de boca de su propia esposa.

Se frotó el puente de la nariz, odiándose.

«Vete», lo instó una parte de él. «Déjalo».

Se preguntó por qué diablos lo había hecho Ryan. Ningún hombre en su sano juicio la engañaría…

Se negó a demorarse en los recuerdos exquisitos de esos labios como pétalos de rosas, de unos pezones tan turgentes y excitados que apenas podía dejar de succionarlos, de un nicho de calor tan sensible y húmedo que alcanzó el orgasmo la primera vez que le introdujo el dedo.

Con respiración entrecortada, se obligó a regresar al coche cuando todo en él le gritaba que entrara.

Ese era el problema. Su yo primitivo, impredecible y dado a la autodestrucción, que quería cosas que no eran buenas para nadie.

Regresó a Milán intentando convencerse de que lo mejor era que ella lo odiara. Quizá Ryan había sido un tramposo, pero eso no hacía que acostarse con su esposa estuviera bien. Ni significaba que Lauren dijera la verdad acerca del bebé.

Una vez en casa, mientras se desvestía, el teléfono móvil de Lauren se cayó del bolsillo de su camisa y aterrizó en la alfombra. Lo contempló largo rato, luchando por controlarse, hasta que al final soltó un juramento cansado.

Buscó el número de la villa y la llamó. Sonó cuatro veces antes de que ella contestara con voz cautelosa:

– *Buenasera*.

–Soy yo. Tengo tu móvil. Te lo llevaré mañana –le informó.

Nada–. ¿Lauren?

Ella tragó saliva de forma audible y dijo con voz tensa:

–Estoy durmiendo –luego le colgó.

No dormía. Lloraba. «Maldito seas, Ryan».

También se maldijo a sí mismo. No debería haberla dejado de esa manera, pero la última vez que había intentado consolarla...

Desasosegado, pasó el dedo pulgar por la pantalla fría y negra del teléfono de Lauren. Se preguntó si realmente Ryan la había amado. Siempre que le había preguntado por ella, su amigo había sonreído con satisfacción profunda. Casi con presunción.

Frustrado, se puso la camisa limpia y se guardó el teléfono en el bolsillo. No sabía por qué lo llevaba encima, solo que quería la conexión con ella aunque fuera como portar una insignia de deshonor.

Cuando llegó a la casa de sus tíos, se sentía más adusto. Todos notaron la ausencia de Isabella y Vittorio estuvo decidido a aprovechar al máximo esa situación.

–¿Qué ha pasado, Paolo? ¿Una riña por tu baile de anoche con la señora Bradley? No culpo a Isabella. La señora Bradley es muy atractiva. Y *no* la mujer que vi con nuestro viejo amigo en Berlín.

–¿No? –ya lo impacientaba el modo en que los Bradley empezaban a ocupar cada minuto de su vida.

–Bajo ningún concepto –Vittorio movió la cabeza–. ¿Qué clase de *coglione* engaña a una mujer así?

Lauren seguía la ruta del tren que marcaba la yema del dedo sucio sobre el mapa. Cuando el viento amenazó con llevárselo, apoyó el plato de su café exprés sobre una esquina en la mesa metálica de la terraza de la cafetería. De pronto oyó el chirrido de los frenos de un coche y el alboroto de las palomas al levantar el vuelo después de ser espantadas por un bocinazo.

Alzó la vista y vio que Paolo dejaba el vehículo en medio de la calle como si fuera un aparcamiento perfecto. El conductor que tenía detrás agitó el puño en el aire y gritó algo.

–Rodéalo –ladró Paolo en italiano sin apartar la vista de Lauren.

Al llegar junto a ella, plantó los puños sobre el mapa y se inclinó

hasta que los ojos quedaron a la misma altura–. ¿Qué haces aquí?

Casi pudo sentir el antagonismo que irradiaba. Estaba furioso y no sabía por qué. *Ella* era la parte ofendida.

Se reclinó y se acomodó el atrevido sombrero nuevo para poder verlo mejor.

–¿Es una pregunta filosófica? ¿Por qué estoy en la Tierra?

Porque es bastante obvio que estoy en esta cafetería para tomar café y conseguir orientación.

–¿Orientación para ir adónde? –preguntó, estudiando el mapa.

–Venecia –murmuró, incapaz de sonar tan interesada como pretendía–. Dino, aquí presente, me informa de que debería visitarla, junto con Roma, Nápoles, Pompeya... Empezó por Palermo.

Paolo giró la cabeza lo suficiente como para espetarle a su acompañante:

–Déjanos –luego alzó las manos del mapa, cruzó los brazos y soslayó la sorpresa boquiabierta que mostraba Lauren–. ¿Por qué estás aquí y no en la villa? Sabías que iba a ir.

–¿Y pensaste que tendría preparados té y pastas? Di por hecho que dejarías mi teléfono en la mesita del recibidor. Lo creas o no, no me entusiasmaba la idea de verte. Por favor, quédate a terminar tu café, Dino. Gracias –se puso de pie para recoger sus cosas, decidida a separarse de Paolo con rapidez y claridad–. Estás creando un atasco –señaló. La gente los miraba y nunca se había sentido cómoda siendo el centro de atención.

–¿Por qué no usaste el coche que había en el garaje? –tomó sus bolsas sin esfuerzo, dejándole el bolso.

–Me apetecía caminar, pero no esperaba este fresco. Por eso el nuevo sombrero.

–Si hubieras usado el coche, habría sabido que estabas de compras y no habría buscado por toda la casa como un loco, gritando tu nombre. No vuelvas a hacerlo, Lauren.

Para ocultar cuánto la perturbaba esa revelación, bufó:

–¿Cuándo se presentará la ocasión? Después de esto, no volveremos a vernos –y lo decía en serio. Mantener el secreto de Ryan y hacerla sentir como una idiota era imperdonable. Él no dijo nada mientras colocaba las bolsas detrás del asiento del conductor.

Antes que discutir, añadió con altivez–: Déjalo todo en la

entrada –y comenzó a darse la vuelta.

–Entra en el coche, Lauren.

–Prefiero caminar –con mirada cortante le dio a entender que moriría antes que ir a alguna parte con él.

–¿Quieres que te suba yo? –volvió a empujar el asiento, dejándolo en su sitio.

–No lo harías. No aquí –esbozó una leve sonrisa mientras movía la cabeza.

Pasó un coche que tocó la bocina varias veces.

–Lo haré –le aseguró.

No fue su tono lo que la empujó a detenerse, sino el infierno de fuego frío que ardía en sus ojos.

El corazón le dio un vuelco. No le tenía miedo, pero por un segundo temió ese fuego. La energía. La fuente de su furia. Era una fuerza desconocida, aunque parecía muy personal.

Para combatirla, se recordó que era un mentiroso. La había despreciado por acostarse con él casi inmediatamente después de la muerte de Ryan mientras era consciente de que este la había engañado en todo momento. Esa chispa de rebelión creció hasta convertirse en un infierno propio.

–Adelante –lo provocó antes de regresar a la cafetería y la manifiesta curiosidad de Dino.

Ni en un millón de años habría creído que lo haría, pero unos brazos atléticos la alzaron con rapidez. Pasada la sorpresa, soltó una serie de protestas indignadas mientras se retorcía en los brazos que la mantenían contra su pecho.

Él se mostró impasible. Pensó que era asombrosamente fuerte, ya que no solo era alta, sino que el embarazo había hecho que empezara a ganar kilos.

Pero nada de eso lo afectó, y a pesar de su resistencia, no fue rudo. La llevó al asiento del acompañante con sumo cuidado, como si fuera un objeto de cristal muy frágil.

No supo por qué eso la hizo sentir segura, pero a pesar del horrible bochorno de ser tratada de esa manera en público, en la acción había un componente de dulzura. Le encantó volver a estar cerca de él. Notar el movimiento de sus músculos hizo que la expectación le debilitara el cuerpo...

Eso sí que sería bochornoso. Comenzó a debatirse con más

ahínco, pero no la puso de pie hasta que necesitó una mano para abrir la puerta del coche.

Agitada y encendida, lo miró con ojos centelleantes. Soltándose de la mano que le sujetaba el brazo, dijo:

–¡Has hecho que se me cayera el sombrero!

–Entra o pasaré por encima de ese condenado sombrero.

Echando humo, se sentó y se ajustó el cinturón de seguridad. Lo vio rodear el vehículo, recoger el sombrero, tirárselo y luego sentarse ante el volante.

–¿Qué te pasa? –musitó mientras con tacto le devolvía la forma al ala del sombrero.

– *Tú* me pasas –soltó, arrancando como si estuvieran huyendo del escenario de un robo–. Hace años que no me comporto de forma tan vergonzosa, pero tú tenías que arrojar el guante, ¿verdad?

–¡Tú no tenías por qué recogerlo!

–Me tenías preocupado –respondió casi a gritos–. Por si lo has olvidado, te desmayaste hace dos días. Pensé que te encontraría flotando en la piscina. En vez de eso, coqueteabas con un desconocido. No iba a dejarte volver sola a casa sin saber si lo conseguirías. ¿Y si ese hombre te hubiera seguido?

–Es un estudiante universitario de vaca...

–No me importa quién es. No hables con extraños –redujo la velocidad y entró en la villa.

–¿Extraños como tú? ¡Porque desde luego no eres el hombre que creía que eras! –no dijo nada, simplemente frenó y permaneció sentado con las manos apretando el volante con fuerza–. Te preguntaría por qué lo hiciste, pero ya lo sé. Me odias y Ryan era tu mejor ami...

–¡Pensé que te había pasado algo horrible! ¿Eso te suena a que te odio? Mira mis manos. Todavía me tiemblan –le mostró una–. ¿Qué te indica eso?

–Que eres un excelente actor.

Capítulo 6

Una vez en la casa, dejó las compras sobre el sofá.

–No contestaste cuando te llamé. Sabía que anoche estabas alterada. No debí dejarte de esa manera –se pasó una mano por la cara–. No te haces idea de lo que sentí.

–¿De verdad pensaste que me había ahogado en la desesperación? No estoy deprimida, Paolo. Estoy indignada. Eres tú quien no se hace una idea de lo enfadada que estoy. ¿Y cómo canalizar eso? ¿Contra un hombre muerto? Nadie quiere saber que el Gran Héroe Americano era un tramposo. De lo contrario, todas esas mujeres que se acostaron con él y todos los hombres que estaban al corriente de eso dirían algo, ¡pero no lo hacen! Quieren a su héroe mítico –gesticuló–. Mientras tanto, yo he de mantener la mentira.

Tengo que dar la impresión de ser la esposa tonta que no sabía nada y en seis meses pasaré a ser la esposa voluble. Gracias a ti.

Paolo sintió el dedo acusador de Lauren como una bala que lo atravesaba.

–Si de verdad estuvieras algo preocupado por mí, asumirías tu responsabilidad y me ayudarías a sobrellevar esta situación –continuó con voz cortante–. Pero lo único que quieres es que deje de hacerte la vida difícil a ti. Bueno, es tu día de suerte, porque me voy al sur y puedes olvidarte de que existo.

–No –dijo con voz serena y tajante. ¿Otro hombre en la vida de Lauren? Nunca. Instintivamente conocía el curso de acción que quería tomar para evitar algo así, pero había dedicado años a prepararse para no reaccionar siguiendo sus impulsos. Mejor analizar todos los ángulos.

–No eres mi jefe, Paolo –Lauren llevó las bolsas a la isla de la cocina y comenzó a sacar el contenido–. Si me quiero ir, me iré.

Cierto, carecía de influencia sobre ella y eso debía cambiar. Se hallaban en un momento decisivo. Desde que ella lo emboscara en Nueva York había estado actuando impulsado por la conmoción, pero el embarazo terminaría por salir a la luz. Su reputación

requeriría ayuda, sin importar que el bebé resultara ser suyo o no.

Seguía reacio a aceptarlo como suyo. Por la lógica sabía que no solo era posible, sino probable; pero su corazón no bajaba la guardia.

Y en gran parte se debía a su renuencia a confiar en ella... o, más bien, en sí mismo. Creer podía resultar ser un anhelo provocado por lo susceptible que era a ella.

Por algún motivo, su libido se encendía ante el mero hecho de pensar en Lauren. La deseaba y era algo que no desaparecía. Y poseerla en Charleston había empeorado ese apetito. De no haber estado embarazada, una aventura discreta y extensa habría sido la solución perfecta, pero estaba embarazada. Y sola.

Los hombres que se negaban a asumir la responsabilidad por sus hijos solo le inspiraban desprecio. Más allá de su reputación en juego, no podría rechazarla aunque el niño no fuera suyo.

Si había caído en una relación sin futuro justo antes de que Ryan desapareciera, fue porque se había sentido sola, al tiempo que se dolía por la muerte de su abuela y era desdeñada por su infiel marido.

¿De quién era la culpa de que hubiera seguido en ese matrimonio? No dejaba de pensar en eso. «Si de verdad estuvieras algo preocupado por mí, asumirías tu responsabilidad y me ayudarías a sobrellevar esta situación».

No podía negar que había estado preocupado por ella, y al contemplar la idea de un vínculo permanente había imaginado que le provocaría un sudor frío. Pero a cambio vio que la niebla parecía desaparecer de su mente al tiempo que un peso se evaporaba.

Matrimonio. Sí. Era la solución perfecta. Tanto su instinto como su intelecto lo supieron.

–Si me das unos días para organizar los preparativos –dijo con calma apaciguadora–, yo mismo puedo llevarte al sur. Lo llamaremos luna de miel.

El corazón le dio un vuelco, derribó todas las defensas con que lo había rodeado y voló hacia Paolo.

–¿Te estás declarando? –preguntó con voz trémula mientras la

incredulidad amenazaba con convertirse en alborozo.

–Es exactamente lo que estoy haciendo. Pedirte en matrimonio.

El júbilo la llenó de una calidez agradable.

–¿Me crees en lo del bebé, entonces? –al fin. Comenzó a derretirse. Una sonrisa feliz quería asomarse a sus labios.

La expresión de él se mantuvo velada.

–Eso se demostrará con el tiempo, pero a corto plazo necesitas de alguien que vele por ti. Y como a mí se me percibirá como el padre, haré lo que se espera...

Los oídos de Lauren bloquearon el resto. Su corazón regresó a su pecho y cerró todas las puertas. Todo en ella quedó aplastado y enterrado bajo la decepción y el rechazo. Se concentró en las compras para ocultar la bofetada que había representado eso.

–¿Por qué lo harías de nuevo... casarte cuando no estás seguro de ser el padre del bebé? –soltó con la cabeza gacha, confusa y consternada por lo vivaz que se había sentido ante la perspectiva de que se enamorara de ella.

–En esta ocasión sé que hay dudas. Y Ryan no debería haberte dejado en una posición de sentir que tenías que aislarte de la gente para ocultar la conducta que él mantenía. Como su amigo, es mi deber velar por su esposa. ¿No me acabas de decir que debía asumir más responsabilidades?

–¡No porque me consideres un caso benéfico! Quiero que asumas tu responsabilidad porque amas y deseas a tu hijo –lo que quería era que la deseara a ella.

Tuvo ganas de llorar al comprobar que seguía siendo la joven insegura que se había casado precipitadamente con Ryan por temor a que cambiara de parecer. Mamie le había dicho mil veces que podía conseguir todo aquello con lo que soñara con solo creer que se lo merecía, pero era duro, y más cuando ese hombre le ofrecía un matrimonio por compasión.

–Estoy seguro de que querré a ese niño sin importar quién sea el padre. Algo que le comunicarás a cualquier hombre que se acerque en el futuro –añadió con severidad y dureza–. Entro en esto con los ojos abiertos, pero tú también. En cuanto nos casemos, el bebé y tú sois míos. No hay marcha atrás –sacó el teléfono de Lauren del bolsillo y se lo extendió.

Como si esperara que llamara a su hombre misterioso y

rechazara las exigencias que acababa de plantearle. Quiso soltar una risa de orgullo herido, pero temió que sonara como un sollozo. Ignoró el teléfono y lo miró con desafío. Cuando logró hablar, la voz le hirió la garganta.

–No es necesario. No me casaré con un hombre que piensa que es correcto engañar –lo vio apretar el teléfono hasta que pensó que rompería la pantalla.

–Yo no engaño.

–Ojalá pudiera creerte, Paolo, pero ya me has mentido con anterioridad –cuando volvió a guardar las compras en la nevera, le temblaban las manos–. Los hombres como tú son incapaces de mantener una relación de monogamia.

–¿Los hombres como yo?

–Como tú y como Ryan. Sois máquinas sexuales. ¡Te insinuaste a una novia el día de su boda, por el amor del cielo!

–Y tú me devolviste el beso –respondió casi a gritos–. Saliste a buscarme al jardín, así que no quieras aparentar que fui yo quien te acosó. Intentaba alejarme de ti. También en Charleston diste el primer paso. Así que, ¿quién de los dos es la máquina sexual?

Antes de darse cuenta de lo que hacía, el tomate amarillo abandonó su mano y volaba hacia la cabeza de Paolo.

Él lo detuvo con reflejos de felino. Su reacción de atónita incredulidad se manifestó más lentamente al ver lo que aplastaba su mano. Lentamente, lo dejó y se limpió en la camisa al tiempo que alzaba la cabeza como un depredador analizando a su presa.

A Lauren se le paró el corazón. Palideció y sintió un sudor frío.

Estaba tan asombrada como él.

–Yo... yo... –tartamudeó.

Paolo comenzó a caminar hacia ella y Lauren intentó retroceder hasta chocar con la puerta de la nevera y tirar condimentos en el interior mientras sus dedos nerviosos soltaban la bolsa de tela. Más tomates rodaron hacia los pies de él mientras ella lograba cerrar la puerta y refugiarse en un extremo de la isla.

–¿Por qué te escondes detrás de los muebles? ¿No querías una pelea? –la provocó con voz sensual–. ¿O invitabas a otra cosa?

–Te invitaba a perderte, pero no soportas que una mujer se te resista, ¿verdad? –espetó.

–Si al menos intentaras resistirte, *cara*, quizá no nos

encontráramos en esta situación.

–¿Quién acosa a quién ahora? No quiero tener nada que ver contigo. Te comportas como un idiota.

Un vestigio de desesperación veló los ojos clavados en ella.

–¿De verdad tengo que perseguir a una mujer que quiere ser atrapada?

Lo que de verdad la asustaba era la reacción que tendría si él la tocara.

Paolo hizo un amago hacia la izquierda de ella y Lauren se arriesgó y corrió en la dirección opuesta.

Antes de haber dado cuatro pasos, él había saltado por encima de la isla y aterrizado delante de ella, de modo que hubiera chocado contra él si no la hubiera sujetado por los brazos para amortiguar el impacto.

–¡Cómo...!

Le ahogó el grito airado con su boca.

No debería haberla aturdido. Era lo bastante despiadado como para demostrar algo de esa manera directa, aunque la odiara.

La presión devastadora de su boca fue como un sello de propiedad. Dio por hecho que obtendría una reacción. Y a pesar de decirse que tendría que morderle el labio o golpearlo, algo muy vulnerable cedió dentro de ella.

Unas lágrimas débiles se asomaron a sus ojos, pero surgieron por ese deseo tan intenso, que hizo que floreciera como una planta desértica que recibía agua tras una sequía. Con un escalofrío interior, cedió.

Paolo gruñó victorioso y la acopló mejor contra él, apoyándola contra la nevera para poder proyectar todo el peso de su cuerpo.

Lauren soltó un suspiro de profundo alivio y le rodeó el cuello con los brazos al tiempo que introducía los dedos en ese pelo sedoso, animándolo a besarla más profundamente. Abrió la boca sin reserva y las lenguas se enlazaron en una reunión deliciosa.

No bastaba. Cuando introdujo la rodilla entre sus muslos, le brindó acceso, entregándose a la necesidad natural de él de dominar.

Ansiaba sentir que se adueñaba de su cuerpo.

Se le puso la piel de gallina ante la dulce caricia de su ombligo antes de que le recorriera la cintura y subiera por el costado de su

torso.

Se sintió tan indefensa ante ese deseo que quiso llorar.

Él soltó un sonido de aprobación al posar la mano sobre la abundancia creciente de su pecho. Con precisión, encontró el pezón y comenzó a acariciárselo a través del sujetador, provocándole sensaciones tan intensas que casi resultaban dolorosas. A pesar de su protesta, se retorció contra él. Paolo la sujetó con más firmeza y ahondó el beso mientras introducía la mano bajo el sujetador, llevándole la cumbre de su seno a una sensibilidad extrema.

Una cascada de sensaciones de hormigueo descendió por su estómago hacia su entrepierna, acumulándose en un nudo de gozosa anticipación. Contrajo músculos internos en un intento por resistir lo que estaba pasando, pero su cuerpo sabía lo que quería.

Iba a tener un orgasmo allí mismo, en la cocina, completamente vestida.

Espantada, quebró el beso y, jadeante, le tomó la mano para detenerlo.

–Paolo, para. Ahora. Por favor.

–Me encanta tu contacto cuando estás excitada, *cara* –le susurró al oído–. *Dio!* Nunca he conocido a una mujer tan receptiva. Deja que te lleve a la cama.

–¡No! –se cubrió la cara para ocultar que casi lloraba y se dio la vuelta, apoyando el hombro en la puerta de la nevera y haciendo que la mano de él cayera a su cintura. El deseo de regresar a él casi la abrumó.

–Lauren, tú deseas esto. Me deseas.

–¡Pero no quiero demostrar que soy la mujer más fácil que has conocido! Qué cosa tan horrible para decirle a alguien. ¿Quieres que te diga el puesto que ocupas tú en mi vasta experiencia?

Él retiró la mano y retrocedió un paso.

–No era eso lo que manifestaba.

–Sí. Me besaste con el fin de demostrar que no puedo controlar la manera en que reacciono ante ti, y eso es mezquino. He intentado no sentirme atraída por ti, Paolo. Dios sabe que lo he intentado. Sé que me comporté mal en Charleston. Por eso no espero que te cases conmigo. Pero aprovecharte de mi debilidad no es agradable. Y negarte a reconocer que Ryan me engañaba era cruel. Podría estar divorciada y casada con un hombre que me amara de verdad,

podría estar esperando tener su bebé, en vez de tratar de dejar atrás este caos.

Sus palabras fueron como golpes y quedó consternado ante la afirmación de que solo jugaba con ella. ¿Es que no tenía idea de lo mucho que lo atraía?

Sin embargo, él había pensado lo mismo. Había descartado las señales de interés de Lauren como un coqueteo deliberado, pero al observar su nuca inclinada, tan vulnerable y vencida, recordó a la mujer inocente que cinco años atrás se había sentado con él en un bar, tan incómoda con su propia sexualidad que en ningún momento había dejado de tirar de su falda corta.

De pronto vio la verdad. Lauren había estado luchando contra esa misma atracción por el mismo motivo: habían tenido que pensar en otras personas.

Pero debía de saber lo atractiva que era. A menos que su marido jamás hubiera estado allí para decírselo. De hecho, Ryan había hecho todo lo opuesto, estar lejos y tener aventuras. No le extrañó que tuviera tan poca conciencia de su atractivo.

Lo embargó el remordimiento, ya que él sabía muy bien lo que era recibir mentiras.

Respiró hondo y fue al armario en busca de dos vasos. Al regresar para usar el dispensador de hielo que había en la puerta de la nevera, ella lo miró con cautela y se apartó para concederle espacio.

Llenó uno con agua y se lo entregó. Para él, abrió el armario donde guardaba las bebidas alcohólicas y se sirvió lo primero que encontró. Bebió un trago y, aunque no le enfrió la sangre, al menos le despejó la mente lo suficiente como para dejarlo pensar.

Y únicamente pudo pensar en que debía tenerla.

Pero primero debía borrarle esa expresión de la cara. Parecía aturdida y conmocionada.

–Sabía que eras virgen antes de hablar contigo –le dijo.

Lo miró ceñuda, confusa e irritada.

–No te ensañes. Sé que no soy sofisticada. ¿Te reíste mucho con Ryan?

–Todo lo contrario. Temí por ti. Por eso te abordé. Para evitar que los mujeriegos de ese bar se aprovecharan de ti –al menos es lo que se había dicho a sí mismo–. No tienes idea de lo hermosa que

eres, ¿verdad? ¿No sabes que los hombres te desean?

–Te estás burlando de mí.

–No, Lauren, me muestro tan sincero como sé hacerlo. ¿No oíste la parte en que dije que intentaba alejarme de ti en tu boda?

Siempre te he deseado.

Capítulo 7

Alarmada, apartó la vista y se recordó respirar. Escapó agachándose para recoger la compra dispersa.

–Me cuesta creerlo. Para empezar, eres un hombre al que le gustan los desafíos y yo no represento uno importante. Como bien has señalado, fui yo quien te buscó en la boda. Pero, créeme, se te veía tan enfadado e inquieto, que sentí que era mi culpa que tuvieras que asistir a una boda cuando ya no creías en eso. Solo buscaba comprobar que estabas bien.

–No lo estaba.

–Lo sé. Fue una estupidez preguntártelo –abrió la bolsa y la llenó con los productos que había recogido.

–No, fue amable, Lauren. Fue dulce y yo te pagué besándote y pidiéndote que te marcharas conmigo. Eso fue una estupidez.

–No querías estar allí –comentó todavía en cuclillas–. Fue una imposición. Querías que te dejaran en paz y yo no respeté ese deseo.

–No –la contradijo con gravedad–. Hablaba en serio cuando te pedí que te marcharas conmigo. Salí para despejarme la cabeza porque llevaba observándote todo el día. Cuando me seguiste, cedí a la tentación.

No había podido olvidar ni un segundo. Había sucedido, así, sin más. La había besado y obtenido una reacción de ella que había hecho añicos todo lo que había sabido sobre sí misma. Moviéndose aún entre la joven que sentía curiosidad por el sexo y la mujer que despertaba a su propia sexualidad, de pronto había vislumbrado el poder descarnado que había en su interior y eso la había asustado de verdad.

Al retroceder, él había susurrado sobre sus labios: *«Vieni con me»*.

Lo había entendido como si fuera su lengua materna y el deseo de hacerlo había bullido peligrosamente en su sangre. «Márchate conmigo».

Y entonces la voz fría de Ryan había preguntado:

–¿Qué estáis haciendo?

De pronto había visto lo que parecería desde la perspectiva de Ryan y los pocos familiares reunidos detrás de él. Se había sentido consternada consigo misma y de inmediato se había esforzado en excusar y minimizar lo sucedido. Paolo estaba borracho. Estaba enfadado con la institución del matrimonio y con ella y lo expresaba provocándola.

Bajó la vista, tratando de creer que aquel día había hecho lo correcto, aunque apestaba a cobardía suprema.

–Intento dejar de disculparme todo el tiempo, pero de verdad que no era mi intención comportarme de aquella manera. No sé qué me pasó al dejar que me besaras.

–Lujuria –afirmó antes de añadir–: Me gustaría justificar el hecho de haberte besado con mi matrimonio roto o el fallecimiento de mi padre dos semanas atrás, pero entre tú y yo hay química, Lauren.

Aunque eso no disculpa que te pidiera que te marcharas conmigo.

¿Quién demonios le hace eso a su mejor amigo? Jamás debió suceder y le juré que nunca se repetiría.

Ella bajó la vista al suelo. La noche que pasaron en Charleston había quebrado aquella promesa y Paolo era un hombre que no rompía sus promesas.

Las lágrimas le aguijonearon los ojos, ya que no quería ser el instrumento de su caída. Siempre la recordaría por eso.

–Después de conducirme de aquella manera en su boda, ¿qué habría pensado Ryan si unos años después le hubiera revelado que sospechaba que te engañaba? –preguntó con fervor controlado–.

Carecía de pruebas. Habría pensado que era una maniobra para conseguirte, en especial porque aquella noche tampoco podía apartar los ojos de ti. Si no te hubieras ido pronto a casa, dejándonos para beber sin freno, no sé lo que habría hecho. Lo único que sabía era que no podía destrozar su matrimonio.

El reconocimiento contenía tanta amargura que se encogió por dentro. Sintió las piernas rígidas al incorporarse y dejar la bolsa sobre la isla. No lo miró mientras asimilaba sus argumentos para no contarle la verdad.

–Yo también me sentía culpable –reconoció Lauren–. Te había devuelto el beso cuando no debería haberlo hecho. Por eso me

convencí de no creer que me engañaba una y otra vez, obviando ciertos signos… –respiró hondo–. A veces suceden cosas que no deberían. Sabía eso.

– *Esattamente*. A veces hay una conexión física que no se puede evitar.

Se acercó a ella. Lauren aferró los bordes de la isla y permaneció muy quieta mientras la mano de él se posaba en su mandíbula.

–Pero no se trata de algo fugaz. Necesita un pacto de largo plazo. Debes reconocer que el deseo físico no sería la peor base para un matrimonio.

Abrió un poco los dedos para acariciarle la piel. El anhelo de ceder la abrumaba, pero era muy consciente de que no había mencionado nada sobre los sentimientos, nada sobre crear una familia con el bebé que habían concebido. Solo quería una compañera de lecho.

–Ahora puedes entender por qué no fui tan sincero contigo –musitó con voz dulce–. Puedes creerme cuando te digo que seré completamente monógamo. ¿Por qué descarriarme cuando lo mejor está en casa?

Quebró el contacto y bajó los ojos para ocultarle cuánto quería creer en él, tener una familia verdadera. Pero sin amor no cuajaría. Si el sexo era todo lo que hacía que un hombre volviera a casa, podría hacer que perdiera el camino con igual facilidad. Y con una sola semilla de sospecha entre ellos…

–Que confíe en ti es la mitad de la ecuación, ¿verdad? Tú no confías en mí –silencio. Bajó la mano y la cerró con frustración–. Si soy el padre, Lauren, no te negarás a casarte conmigo –indicó finalmente.

–¿O sea, que casarme contigo te demostrará que lo eres? ¿Es lo que estás diciendo? –alzó la cabeza. Su expresión le indicó que no sería tan fácil, solo que, si se negaba, ante sus ojos le demostraría, de una vez por todas, que no era el padre–. No estás siendo justo –murmuró dolida.

–Lauren –le acarició la mejilla con el nudillo.

–No –se apartó–. Conseguir lo que quieres de esa manera hará que te odie.

–No seas obstinada –gruñó, frustrado porque no viera el riesgo que corría al proponerle matrimonio sin una garantía de su

paternidad del bebé.

–Eres tú el obstinado –lo acusó con vehemencia.

–He de considerar la totalidad del cuadro –le recordó.

–Pues yo tampoco pienso precipitarme a un matrimonio sin tomar en consideración todas las ramificaciones. Me casé la primera vez porque creí que era mi única opción. Mi madre me había lavado el cerebro para pensar que necesitaba a un hombre en mi vida. Y no es así. Cuando nazca el bebé, podrás hacer análisis de sangre.

Comunícame entonces si deseas involucrarte y hablaremos del matrimonio.

–Y, mientras tanto, denigrarás mi reputación. Muy agradable –espetó.

Giró para mirarlo con beligerancia femenina.

–Si crees que puedes hacerme cambiar de opinión diciéndome que tu trabajo es más importante que mi felicidad, te equivocas. Ya he pasado por eso. Dime lo que sacaré con el matrimonio y me lo pensaré.

«Dios, qué hermosa», pensó. Si creía que no era consciente de los pezones hiriendo el jersey ligero, estaba loca. Solo pudo centrarse en lo cerca que la había tenido del orgasmo con solo acariciarle el pecho. Tuvo que contenerse para no acomodar el anhelo que palpitaba tras la cremallera de sus pantalones. Pero temió que, como lo hiciera, la tumbaría en el suelo y la poseería allí mismo.

Lauren sabía lo que pasaba por la mente de Paolo. Se le entrecortó la respiración y entreabrió los labios mientras su lenguaje corporal se volvía receptivo.

Él sonrió.

–Deseas el sexo tanto como yo, *cara*. Cásate conmigo.

–Ya no soy tan cerrada como antes. Puedo tener sexo sin un anillo.

Él enarcó las cejas, sin gustarle nada el tono desdeñoso en su voz.

–¿Eso crees? –desafió.

–Puede que yo sea fácil, pero tú también lo eres –soltó.

–¿Y si te dijera que no haré el amor contigo hasta que mi anillo no esté en tu dedo? –cruzó los brazos.

–¿En serio? –ella esbozó una sonrisa divertida–. ¿Quieres aceptar eso como un desafío, una apuesta o como lo que tu naturaleza loca

y competitiva necesite como combustible? Muy bien, veamos hasta dónde llegas –rio entre dientes y se volvió para tomar su vaso de agua. Luego lo encaró y antes de beber añadió con una sonrisa–: Sin olvidar que puedo tener sexo donde quiera y con quien yo elija.

–Oh, ahí es donde estás equivocada, *cara*. Muy, muy equivocada –se acercó y apoyó las manos a ambos lados, enjaulándola. No haría el amor con ella hasta que la tuviera. Pero él iba a ser el único hombre que volvería a tocarla–. No pienso regresar a otra casa vacía para que me dé un ataque al corazón pensando que andas por ahí coqueteando con algún desertor universitario. Seremos como siameses hasta que aceptes casarte conmigo, compartir esta casa o quedarte en la ciudad para ver a mi familia... que es adonde iremos esta noche –se irguió y asintió–. Así que nos vamos de compras.

–¡Aguarda! Eso no entraba en la apuesta.

–Quieres saber qué me ofrece a mí el matrimonio, ¿no?

Entonces, deja que te muestre el trato que recibes cuando estás relacionada con el banquero más poderoso de Milán. Y aceptarás cenar. Quiero que mi madre sepa lo nuestro antes de que se inicien los rumores. Porque correrán como la pólvora.

Quería sentirse tan segura como sonaba acerca de tener el bebé sola, pero en lo más hondo se sentía tan frágil e insegura como cualquier madre primeriza. Anhelaba recibir un apoyo con el que poder contar, pero no cuando se le ofrecía tan a regañadientes.

Tuvo que reconocer el mérito de Lauren. Como hombre que había escoltado a innumerables mujeres por las casas de moda de Milán, parientes, amantes, su primera esposa... estaba muy familiarizado con el sitio al que ir y la persona con quien hablar. Por eso supo adónde iban incluso antes de que ella se sentara a su lado, apoyara las manos sobre el bolso que depositó sobre las rodillas y dijera con queda expectación:

–Via Monte Napoleone, por favor.

Sonrió para sus adentros. Era innato en ella aprender lo que un rico banquero le ofrecía a una mujer.

Que lo desearan por su dinero no le molestaba. Sabía que formaba parte del lote, junto con su atractivo y su posición en la

sociedad. Tenía la suficiente seguridad en sí mismo como para conocer su propia valía aparte de esa parafernalia y, para ser sinceros, era igual de superficial cuando se trataba de elegir a una mujer. Le gustaban hermosas y, si poseían un ingenio agudo, mejor.

Ninguna le había provocado el deseo que despertaba Lauren en él.

Y cuanto más pensaba en el matrimonio, más decidido estaba a que se llevara a cabo. Había algo enormemente satisfactorio en la imagen de ella luciendo su anillo y estando de pie a su lado.

Y a todo ello se sumaban las compensaciones de atemperar su carácter fuerte. Lo que demostró diciéndole a la mujer que los recibió en la casa de moda:

–Lauren necesitará una entrada en la cuenta de los Donatelli.

–Desde luego, *signore* –afirmó la mujer con respeto y renovada atención hacia la nueva clienta–. ¿La *signorina* busca algo especial hoy?

–Quiero mirar todo –indicó Lauren en italiano–. Pero, Paolo, no seas bobo. Si hay un sitio donde mi abuela quisiera que me gastara su dinero, sería este. En los setenta trabajó como modelo para esta casa –añadió en voz baja dirigiéndose a la mujer mientras avanzaban por la casa–. ¿Ha oído hablar de Frances Hammond?

A los pocos momentos, el apellido de Paolo había sido superado por el misterioso vínculo de las relacionesfemeninas intergeneracionales. La anfitriona se apresuró a solicitar refrescos mientras los diseñadores aparecían para agasajar a la visitante especial.

Paolo la dejó en esas manos capaces y pasó una hora tranquila en su despacho. Al regresar, vio a Lauren tan feliz que permaneció paralizado largo rato.

Había completado su transformación de esposa viuda a segura mujer con medios. Los ojos color miel, que resaltaban con un pañuelo verde y oro alrededor del cuello, resplandecían. El vestido estilo túnica ocultaba que la cintura comenzaba a ensancharse y los elegantes zapatos de tacón alto completaban dicha distracción.

Se dio cuenta de que lo que había agobiado su personalidad todos esos años era la falta de alegría vital. Pero ahí se manifestaba su verdadero espíritu en toda su gloria, y lo dejaba sin aliento.

Se contuvo de darle un beso posesivo. Todo el mundo ya la

estaba llamando «Signora Bradley». La gata había sacado una zarpa.

Arregló que todas las compras se entregaran en la casa del lago Como, con sutileza indicó que el recibo de la tarjeta de crédito de Lauren se rompiera y se pusiera todo en su cuenta, tal como había solicitado en un principio, luego aguardó hasta que estuvieron solos en el coche para preguntarle:

–¿Les has dicho que estás embarazada?

–¡Claro que no! –sintió una calidez placentera al notar que la mirada de él estaba clavada en sus rodillas, haciendo que se sintiera hermosa y segura, a lo que también había ayudado la compañía de mujeres que con sutileza le habían recordado todas las cualidades que había poseído su abuela y que sabía que también ella podría alcanzar–. Pero no dejaron de hacer comentarios sobre mi peso, hasta que al final les expliqué que a principios de año había estado enferma y perdido mucho peso, que me empeñé en recuperar, pasándome en el proceso.

–¿Qué os pasa a las mujeres? Estás saludable –protestó–. Pero ¿de verdad estuviste enferma? Recuerdo haber pensado que se te veía demasiado delgada la última vez que te vi en Charleston.

–Deprimida. Después de perder a Mamie, ya no tenía que preparar comidas regulares. Pensé que en cualquier momento Ryan me pediría que me subiera a un avión, así que mantuve la despensa con lo justo. Luego recibí el correo electrónico de aquella mujer y empezó la pelea. Mi estómago se convirtió en un puño cerrado.

Paolo sintió el corazón atribulado al asimilar lo dura que había sido esa época para Lauren.

Lo perturbaba no haber sabido nada de la angustia por la que pasaba y el hecho de que había necesitado a su marido y Ryan no había respondido.

–Lamento que la perdieras, Lauren. Creo que no te lo he dicho; siempre ha sido evidente lo mucho que Mamie significaba para ti –con sinceras condolencias, alargó la mano y le apretó los dedos.

Ella le devolvió el gesto pero se soltó casi de inmediato.

–Perderla fue muy duro –convino con voz estrangulada–.

Siempre estuvo allí para apoyarme en los momentos duros de tribulaciones.

–Me gusta su estilo –dijo Paolo con afecto hacia una mujer a la que apenas había visto una vez, pero cuya belleza frágil y elegante

le había causado impresión.

–Y a ella el tuyo –indicó con una sonrisa–. Cada vez que regresaba de Charleston, me preguntaba: «¿Has visto a ese italiano sexy de tu boda?».

–¿Y qué te diría que hicieras ahora? ¿Casarte conmigo?

Lauren guardó silencio largo rato; luego, sin apartar la vista de la ventanilla, repuso:

–Que no me casara por otra razón que no fuera el amor.

Capítulo 8

A pesar de lo imponente que resultaba el hogar ancestral de Paolo, era eso: un hogar. La villa se alzaba más allá de un portón ornamentado en unos terrenos extensos, con fuentes y árboles, pero los niños jugaban en el laberinto de setos y los hombres fumaban en un balcón de la primera planta. Y los pensamientos invernales se agitaban en maceteros de cerámica ante las puertas de la entrada.

Llegaron en el momento en que una mujer muy embarazada bajaba niños de una limusina. Paolo fue a saludarla con un abrazo y un beso, aceptando las súplicas de los pequeños de que se reuniera con ellos en el jardín después de que saludara a su madre.

–No es Isabella –dijo la mujer después de observar a la acompañante de Paolo.

–No, es Lauren Bradley –indicó él antes de explicarle a Lauren–. Maria es la mediana de mis tres hermanas, todas menores. Dirige nuestra sucursal en Suiza. Su marido está en la Cruz Roja y... ¿se encuentra en el extranjero? –miró a Maria.

–Regresa de esa inundación que hubo en Asia. Pero parece que lo importante tiene lugar hoy en casa. ¿Qué sucede, *caro fratello*? –inquirió con tono ligero–. Pensé que el antiguo Paolo había venido de visita hace tres meses. ¿Ha regresado para quedarse?

Tanto Lauren como Paolo captaron la dureza subyacente en la voz de su hermana. Él se apartó cuando Maria intentó limpiarle con gesto condescendiente la marca de carmín que le había dejado en la mejilla. Lauren no pudo evitar retraerse.

–Lauren es nuestra invitada, Maria. No hagas que se sienta incómoda. No me gusta –tomó la mano de Lauren y la llevó al interior de la casa.

Sintió la mirada de Maria como una daga en la espalda y en su mente reverberó esa referencia al «antiguo Paolo», aludiendo a un pasado promiscuo y a ella como su última conquista.

Una conquista llena de consecuencias.

Avanzaron por una casa decorada de forma clásica, con gente sentada o apoyada por doquier, que hablaba a gran velocidad o

gesticulaba, creando un alboroto alegre de palabras italianas y risas.

Lauren habría plantado los pies para evitar verse arrastrada a esa multitud, pero Paolo la hizo pasar con celeridad ante los ojos sorprendidos de su familia.

Había creído que conocería a su madre, no a toda su familia. Se dijo que debería haberse quedado en la casa del lago, no haber ido nunca a Italia.

Al entrar en la cocina la recibieron unos aromas cálidos y deliciosos; los espacios de trabajo con encimeras de mármol estaban cubiertos de bandejas y recipientes. Una mujer con el cabello arreglado, un maquillaje perfecto y ni siquiera una mancha de agua en el delantal se volvió después de enviar fuera a una doncella con una bandeja con canapés. La sonrisa que le dedicó a Paolo fue cálida y llena de amor.

Se frenó levemente al ver a Lauren.

–Mamá, ya conoces a Lauren –Paolo fue a abrazar y besar a su madre.

Los hombros anchos ocultaron la sorpresa en el rostro de Carlotta Donatelli. Cuando él se retiró, se había recobrado y vuelto a ser la mujer afable que había conocido en el funeral de Ryan.

–Oh, querida –tomó las manos de Lauren–. Qué momento duro para todos. ¿Cómo se encuentran Elenore y Chris?

–No he hablado con ellos últimamente –carraspeó con cierta culpabilidad–. Pero, bueno, ya los vio en el funeral. No creo que lleguen a recuperarse.

«Como lo he hecho yo». Sintió como si el bebé que llevaba en el vientre resplandeciera como una baliza de luz, llenándola de un júbilo que debía de ser bastante inapropiado en esas circunstancias.

Unas manos fuertes le sujetaron los hombros.

–¿Puedo dejar a Lauren contigo mientras voy a ver a los niños, mamá? Me están esperando.

Lauren giró la cabeza alarmada, pero él no miraba a su madre como había esperado. Aguardaba el contacto visual con ella y le transmitió reafirmación, haciéndole ver que no debía estar nerviosa.

Cuando la soltó, experimentó un aguijonazo de pérdida.

Debía parecer la peor viuda del mundo, sonrojándose por la percepción sensual y siguiendo la marcha de Paolo con ojos de cachorro.

Si Carlotta la juzgó, no lo reveló. Sus profundos ojos castaños mostraban la habilidad que poseía una madre de percibir sin que nadie le dijera nada.

Con sonrisa tranquilizadora, le comentó:

–¿Puedo pedirte que pongas este ramo en un jarrón mientras yo remuevo estas ollas, Lauren? Ya casi no me tomo el esfuerzo de cocinar y ahora recuerdo por qué. Siempre me dejo llevar y paso poco tiempo con mis invitados. Pero, si tú me haces compañía, no me sentiré excluida. Háblame de ti. Siempre lamenté no haber asistido a tu boda, pero mi marido acababa de fallecer. ¿Cómo os conocisteis Ryan y tú?

Temblando para sus adentros, sintiéndose a prueba, con gesto mecánico se dedicó a arreglar las flores mientras hablaba con Carlotta. A cambio, ella se enteró de que la madre de Paolo era sobrina de un conde italiano e hija de un diplomático. Su exquisita educación quedó reflejada en cada una de sus preguntas, ninguna tan personal como para extralimitarse, aunque con delicadeza obtuvo todo lo que quería saber.

¿Qué la había llevado a Italia? Buscar familia. ¿Dónde se alojaba? En una casa alquilada a las afueras de la ciudad. ¿Cuánto tiempo hacía que conocía a Paolo? El mismo que a Ryan.

Si Carlotta se hubiera mostrado más que afablemente curiosa, quizá Lauren hubiera dado unas respuestas más cautas, pero comenzó a relajarse y a querer abrirse como si fueran amigas de siempre. Necesitó toda su concentración para no dar más explicaciones sobre el motivo por el que se hallaba ese día allí.

–Creo que su amistad con Ryan hace que se sienta responsable por mí –descartando el deseo sexual, era el deber lo que lo había llevado a Charleston y el motivo por el que le había pedido matrimonio.

–Paolo quedó destrozado con la muerte de Ryan. Nunca lo había visto de esa manera, salvo, quizá, a la muerte de mi marido.

Pensó en lo torturado que lo había visto en Charleston. Aquella noche no había sido solo sexo.

–Se tomó la muerte de Ryan de forma muy personal –confesó con un nudo en la garganta–. Le desagrada toda clase de pérdida.

–Lo conoces bien –Carlotta la miró detenidamente.

–Conozco a los de su tipo –repuso ella con ironía.

–Ryan y él no se parecían tanto como cree la mayoría –indicó Carlotta después de remover el contenido de una olla–. Reconozco que los dos eran pertinaces e intensos, pero Paolo siempre estaba poniéndose a prueba a sí mismo, no a nosotros o nuestro amor.

Elenore es mi amiga y la adoro, pero Chris fue duro con todos ellos. El impulso de Paolo eran los objetivos, el de Ryan demostrar que podía.

En ocasiones era así con Paolo y cuando ponía a prueba la lealtad de mi hijo mostraba una obstinación obsesiva.

De repente se preguntó si en la decisión de casarse con ella no habría intentado marcarle un tanto a Paolo. ¿Habría sabido que este se sentía atraído por ella y se había casado a pesar, o quizá debido a la desaprobación de su amigo? Paolo había desconocido que Ryan y ella habían mantenido el contacto después de Nueva York. Frunció el ceño.

–¿Sí? –instó la mujer mayor con suavidad.

–Solo me preguntaba por qué Ryan se había casado conmigo cuando consideraba que sentar la cabeza era una rendición.

Las palabras resonaron en la cocina silenciosa. Lauren se quedó atónita por haberlas pronunciado en voz alta. No pudo imaginar lo que Carlotta pensaba de ella.

Esta solo sonrió con ternura.

–Paolo no lo ve de esa manera. Sabe que los *bambinos* son una aventura por sí mismos. Míralo –con la cabeza indicó la ventana que había sobre el fregadero.

Lauren experimentó una especie de ansiedad melancólica al acercarse y ver que Paolo sostenía una hamaca para que la ocupante, la hija de Maria, quedara cara a cara con él. Fueran cuales fueren las instrucciones que le daba ella, hicieron que él asintiera con gravedad hasta que la conversación terminó con un beso en la frente. Luego la soltó y la pequeña lanzó un grito alborozado.

En un acto reflejo, Lauren extendió los dedos sobre su estómago, donde crecía el *bambino* de Paolo. Sabía que sería un padre magnífico, que querría a ese hijo tal como vagamente recordaba que su padre la había querido a ella.

Si es que alguna vez lo reconocía como hijo propio.

–Mi hijo a menudo asume la responsabilidad sin que se le pida.

Creo que eso fue lo que cimentó su amistad con Ryan. Intentar que el chico estadounidense no se matara con pruebas descabelladas. A veces me preocupa que también él cargue con demasiado peso y que no sepa cuándo pedir ayuda –giró hacia Lauren y habló con conmovedora ecuanimidad–. Se ha especulado mucho de tu estancia con él en Charleston, pero, si estuviste allí cuando sufría, estoy en deuda contigo –apretó el antebrazo de Lauren antes de dirigirse al fogón.

«Lo sabe», pensó, temiendo haber revelado demasiado con ese simple gesto.

Observó a Lauren mientras subían en el ascensor hasta su ático.

Iba tan silenciosa que casi parecía dormida.

–¿Te ha resultado demasiado largo el día? –le preguntó al darse cuenta de lo tarde que era.

–Estoy un poco agotada –reconoció, sonriendo con expresión somnolienta–. Pero tu familia es tan divertida. Maria se disculpó conmigo. ¿Se lo pediste tú?

–No, pero me complace que lo hiciera.

–No era necesario. Solo quiere protegerte. Me cae bien. Todo el mundo me cayó bien.

–Y tú a ellos –le había encantado ver cómo cautivaba a su gregaria familia con el interés auténtico y discreto que mostró. Había encajado a la perfección y lo había llenado de orgullo tenerla como acompañante.

–Eres afortunado por tener a tantas personas que se preocupan por ti. Lo sabes, ¿verdad?

Asintió, encogiéndose de hombros, y le sostuvo la puerta cuando llegaron, guardándose para sí mismo la opinión de que había ocasiones en que cuestionaba esa suerte. La conversación corrosiva mantenida con Maria mientras subía a su bebé dormido aún le molestaba.

«Estoy sumando uno más uno y me da tres», le había soltado en voz baja ella, un comentario demasiado cortante que no conducía a ninguna parte.

«Le he pedido que se case conmigo. Te lo digo en secreto para

que le brindes el respeto que merece», había respondido él con sequedad mientras la urgencia que tenía de casarse con Lauren había aumentado. Fingir que era una amiga que lo visitaba desde Canadá resultaba irritante cuando sus intenciones no solo eran honorables, sino algo con lo que estaba completamente comprometido.

Maria lo había mirado con curiosidad.

«¿Estás seguro esta vez, *caro*?».

No había respondido, ya que tenía un nudo de indecisión en el estómago. Era consciente del deseo creciente de que el bebé fuera suyo. Lo asustaba lo mucho que anhelaba eso. Observar a Lauren jugar con los niños y tomar en brazos al bebé recién nacido de su prima a cada oportunidad que se le presentaba, le había dejado claro que no solo era una mujer que quería ser madre, sino que asumiría el papel de forma natural. El bebé que esperaba era afortunado y, si era suyo, él era afortunado de tener a semejante mujer como madre de sus hijos.

«No importa de quién es», le había asegurado a su hermana.

«Es la esposa de mi amigo y necesita un marido». Hasta a él le había sonado demasiado caballeroso.

Maria le había advertido de que no se precipitara y actuara impetuosamente solo por el dolor.

No era eso. Los sentimientos que sentía por Ryan se habían vuelto muy contradictorios. Sentía mucha ira hacia él por el modo en que había tratado a Lauren, y se incluía en que eso hubiera sido así, pero había más. En su interior clamaba el instinto ancestral de la protección familiar. Quería a Lauren en su cueva, bien cobijada de los depredadores o del hambre. Quería a su cachorro bajo su tutela. Y realmente no le importaba que el ADN del bebé fuera el suyo siempre que pudiera retener a ambos.

Lo inquietaba el curso que seguía su mente sin tener pruebas firmes. Pero costaba dudar de Lauren cuando se le daban tan mal los subterfugios. Más de uno había sonreído cuando había declinado beber vino, afirmando que «Paolo me ha dicho que, si no bebía, podría conducir el Lamborghini».

La visión que tenía de ella se había reorganizado. Era cuidadosa acerca de mostrar sus sentimientos por ser sensible, no manipuladora.

Anteponía a las ancianas enfermas y la reputación de un marido infiel a las necesidades propias. Hacía lo que consideraba correcto, no fácil.

Revelarle lo del bebé no había sido necesario.

Podría haber dejado que se apañara con la mancha que surgiría en su reputación mientras ella criaba sola al bebé. Tenía suficientes medios económicos. No lo necesitaba ni a él ni a ningún otro hombre.

–¿Te importa si me voy directamente a la cama? –tapó un bostezo y luego habló sin apartar la mano de la boca al notar que la miraba como si no la hubiera visto nunca–. ¿Va todo bien?

–Tu bolsa debería estar por aquí –tuvo un leve escalofrío, como si escapara de un lugar desagradable.

Quizá el día también había sido largo para él. Se lo veía pálido y tenso. Casi conmocionado. Habló sin tapujos mientras lo seguía.

–Las cenas con mi familia son como sesiones en un tribunal.

Todo lo que yo deseaba era formar parte de una familia que se quisiera como la tuya.

Él abrió una puerta.

–Ahora ya puedes serlo –indicó con impacto sereno pero poderoso.

Lauren se detuvo en la puerta y, para ocultar su anhelo, frunció la nariz y le sonrió con forzada ligereza.

–¿Temes que el atractivo, el dinero y el poder no sean suficientes? ¿Incluyes las historias de tu tío y los raviolis de tu madre?

Yo jamás como tanto –se palmeó el estómago al entrar en la habitación–. ¿Dónde lo dejas? –él no dijo nada y, al mirarlo, vio que sus ojos mostraban una intensidad casi aterradora. Lo interpretó como la exigencia de una respuesta–. No pienses que no me tienta –juntó los dedos–. Pero dar un sí hace que todo sea real. Lo postergaré el tiempo que pueda. Ya ha sido bastante duro contártelo y soportar tu reacción.

Él frunció el ceño.

–Me asusta contárselo a mi madre –reconoció Lauren–.

Cualquier otra persona estaría encantada de ser abuela al fin, pero lo único que verá ella es el momento. Debería haber pensado en ella aquella noche en Charleston –indicó con sarcasmo–.

Amenazará con desheredarme.

«En Charleston». Volvió a experimentar ese afán de protección.

No quería ser la causa de desavenencia entre su madre y ella. No quería que lo fuera el bebé que esperaban.

Lauren carecía del mismo sentido de aceptación que le aportaba su propia familia. Todos los comentarios sobre la madre culminaban en la imagen que le mostraba de cuánto le estaba costando tener el bebé. Involucrarlo a él le complicaba mucho más la situación y los problemas.

Había ido a verlo solo por un motivo. Era el padre del bebé y su ética personal le exigía que se lo comunicara. Lo invadió la vergüenza al haber rechazado su palabra incluso por un solo momento. Al mismo tiempo, la realidad de la paternidad inminente lo embotaba. Apenas la oyó mientras se quitaba el pañuelo y seguía hablando.

–Cuando me enteré de que estaba embarazada, llegué a considerar contarle que era de Ryan. Fingir que había ido a una clínica de fertilidad. Aunque aún seguiría odiándome.

–No –soltó Paolo, consternado. Jamás debería haberla dejado sola; desde lo de Charleston, tendría que haber permanecido con ella.

–No, no llegaría a odiarme –convino con mirada nerviosa por su vehemencia–. Pero se comportaría como si así fuera. Podría decirte ahora mismo que, aunque nos casáramos en su casa, se negaría a asistir a la boda. No la aprobará.

–Me refiero a que no puedes decirle que el bebé es de Ryan –avanzó y la sujetó por los brazos–. Este bebé es mío.

La verdad era una certeza en él. Un estímulo aterrador. Lauren exhibía la misma expresión indefensa que probablemente mostraba su propia cara. No había esperado que fuera de esa manera. No elegía creerlo. La certeza llegó sin rodeos y lo debilitó al mismo tiempo que lo hacía invencible.

Su vida jamás volvería a ser la misma.

–Aquella noche no solo hicimos el amor. Concebimos un bebé –intentaba absorber que una parte de él crecía en esa mujer, conectándolos para siempre.

–Lo sé –parpadeó con rapidez–. Creo que te lo dije aquella noche en Nueva York.

Rio al tiempo que la abrazaba. Algo se abrió en su interior. Un júbilo atemperado por las plegarias por la salud y el bienestar de su bebé. Y ternura por la mujer que tenía en brazos.

–No quería creerte. No quería sentir otra vez esa desilusión –confirmó, conmovido y mareado.

–Yo no te haría eso –se echó para atrás con el fin de apoyar una mano en su mandíbula.

El contacto era sincero y su belleza iba más allá de lo físico.

Salía del núcleo de su ser.

El deseo que siempre sentía por ella se metió en aguas más rápidas y profundas. Besarla no era un anhelo, sino una necesidad. La pegó contra su cuerpo y bajó la cabeza para tomarle la boca con toda la emoción descontrolada que tenía en el interior.

El beso fue tan dulce. Lauren gimió por miedo a gritar de júbilo.

Esa era la reacción con la que no se había atrevido a soñar. La besaba como si la amara. Le devolvió encantada el mismo ardor.

Las manos se movieron para volver a familiarizarse el uno con el otro y, con un delicioso escalofrío de expectación, ella supo que iban a hacer el amor. Con firmeza, él plantó la palma de una mano firme en su trasero y bajó el beso por su cuello. La piel le hormigueó de placer.

–Oh, Paolo –le acarició el pelo. Lo había echado de menos.

–Tengo que tocarte, Lauren. Me encanta el contacto.

Él alzó la cabeza y el hambre que vio en sus ojos estuvo a punto de tragársela. Se le atenazó el estómago y una descarga de pura necesidad cayó sobre ese punto donde se aplastaba contra el calor ferviente de él. Porque estaba con Paolo, dejó que el instinto la guiara y arqueó las caderas en busca de más presión y un ángulo mejor y más sensible.

Él gruñó algo en italiano, pero ella le bajó la cabeza para volver a besarlo mientras con cuidado retrocedían hacia la cama. En ningún momento paró y la lengua la invadió para darle placer y poseerla.

Al caer, Lauren se fundió con la cama y se frotó deliciosamente contra Paolo mientras se acomodaba sobre ella.

Anhelaba verlo perder el control como había hecho aquella noche en Charleston. Le tomó la cabeza con las manos y se afanó por incitarlo, y cuando él apoyó el peso del cuerpo sobre un codo,

empleó el espacio para arquearse y alcanzar la cremallera de su vestido.

Paolo la ayudó, pero no le bajó la manga por el hombro, sino que le coronó el pecho a través de la tela suelta y lo masajeó con gentileza, enloqueciéndola poco a poco. El pezón anheló una atención adecuada, por lo que ella gimió y le cubrió la mano, transmitiéndole que necesitaba más presión. Él se lo mordió suavemente a través del vestido y Lauren lo animó con una súplica susurrada.

Él soltó otra retahíla de palabras en italiano y la besó con una súbita pasión descarnada. Ella ya no pudo pensar y solo fue consciente del calor que tenía entre las piernas y de la caricia tan esperada que bajó por su costado, más allá de la cadera, por debajo del vestido, por el muslo y...

Le sacó la camisa de los pantalones y le pasó las uñas por la espalda. Todo su ser se hallaba tenso y expectante, hormigueando por la exploración que hacía de sus braguitas. Lo animó con una subida leve de las caderas y él la recompensó deslizando los dedos debajo del encaje. El contacto experto la separó, la presionó y despacio la acarició mientras, con gentileza, la mano establecía un contacto íntimo con su centro húmedo.

Movió las caderas mientras ayudaba a establecer el ritmo con las manos en su espalda. Él la siguió hasta lanzarla a una extraordinaria locura.

Cuando ya no pudo soportar tanta dulzura, Lauren le clavó las uñas. Quería desnudarse y sentirlo introducir en ella su pene grueso, pero él empleó el cuerpo más fuerte y el beso devastador para mantenerla donde estaba, a merced de sus dedos implacables. Se negó a aflojar la caricia pausada y antes de poder evitarlo la envolvió un cataclismo que cayó por ella en forma de avalancha de atronadoras pulsaciones, que llegaron hasta partes tan hondas que tuvo que controlar un grito por la intensidad que la embargó.

Se recobró poco a poco. Entre sus jadeos, Paolo la besaba con ternura. Sacó la mano de debajo de la falda.

–Cariño –murmuró, llenándole la cara de besos–. Tienes que casarte conmigo. Lo sabes, ¿verdad?

Se apoderó de ella una laxitud deliciosa, pero también el deseo de proporcionarle el mismo placer que él acababa de darle.

–Sí, por supuesto –musitó. Sintió la cabeza pesada al alzarla para tocarle los labios y solo conseguir rozarle el mentón.

Él se alejó aún más mientras la miraba de forma posesiva y ardiente. Bajándole el vestido para cubrirle las piernas, se levantó de la cama.

–¿Adónde vas? –no pretendía sonar tan desesperada, pero no lo entendía.

–A organizar los preparativos –explicó con sonrisa tensa–. A pesar de lo tentado que me siento, dije que esperaría hasta que nos casáramos. Y eso haré.

Capítulo 9

No durmió. Tampoco lloró, a pesar de lo mucho que le ardían los ojos.

Al principio había considerado que la atención de él al detalle era prueba de que la amaba. Pero había comprendido que tenía más que ver con su impulso de conquistar mujeres mediante la seducción. La había asqueado darse cuenta de que solo era una muesca más en su cama.

A pesar de lo mucho que había hablado de la química, Paolo no se sentía afectado tanto como ella por él. Sintió ganas de desaparecer. Pensó en comprobar los horarios de los trenes, pero huir era una gran cobardía. Muy virginal. Y le había prometido que se casaría con él. No era solo una promesa, sino algo que en el fondo de su corazón sabía que era lo mejor para el bebé. Ninguno de sus motivos había cambiado. Salvo que durante diez minutos se había permitido creer que Paolo la quería. Y había descubierto que para él no significaba nada.

Intentó convencerse de que casarse con el pleno conocimiento de que los sentimientos de él eran solo físicos estaba bien, pero ahí radicaba lo más importante. No en que había ascendido la colina de la esperanza y había caído, sino que había creído que en el plano del deseo iban parejos y tampoco era así. Ella había realizado todos los movimientos, ¡otra vez!, y a pesar de que innegablemente él había estado excitado, había vuelto a irse.

Para organizar los preparativos.

Mientras sacaba el anillo de su abuela de la caja fuerte, decidido a dárselo a Lauren, el cuerpo le temblaba por tanta tensión sexual que lo atenazaba.

Pero se sentía orgulloso. Había jurado casarse con Lauren antes de hacerle el amor otra vez y así sería, aunque el modo en que había estallado en llamas bajo su contacto había estado a punto de

ser su perdición. Dejarla cuando se había mostrado entregada y excitada casi lo mata. Solo la determinación de casarse primero había impedido que la tomara.

No es que todo el mundo apreciara el grado de control que mostraba. Con todos los que había hablado, hasta su misma madre, que se mostró sorprendida cuando le había informado de la ceremonia privada que Lauren y él celebrarían al día siguiente en el despacho del arzobispo, le habían sugerido que actuaba con precipitación.

Todos se equivocaban. El bebé era suyo. Un matrimonio rápido era imperativo.

Además, acelerar la ceremonia le permitiría mantener su juramento sin sufrir demasiado. La necesidad que tenía de ella era intensa.

Y tanto en Charleston como en ese momento seguía sin gustarle cómo lo había hecho sentir. Esa noche apenas había conseguido frenarse, pero ese bálsamo para su ego tenía un límite. Sin embargo, en cuanto estuvieran casados y ya no tuviera que controlarse, esa agitación sin nombre desaparecería.

La tensión incluso se manifestó cuando le entregó el anillo.

–Era de mi abuela. Aún vivía la primera vez que me casé. Mi ex jamás lo lució. Me gustaría que tú sí lo llevaras.

Lauren cerró las manos y cruzó los brazos en señal de rechazo.

Para Paolo fue como recibir una puñalada en el corazón. Dejó el anillo sobre el escritorio con rostro impasible.

–Desde luego, si prefieres algo más moderno…

–¡Preferiría que no me trataras como un maldito juguete sexual al que recurres cuando te viene bien! –exclamó con voz helada–. No soy como tú. Para mí, hacer el amor significa algo.

–¿Crees que apartarme de ti fue fácil? –al instante tuvo el mismo grado de furia que ella proyectaba, sumido aún en una intensa frustración sexual.

–Oh, pude ver que fue duro, Paolo –convino con desdén–. Pero tu estúpida apuesta fue más importante que lo que sucedía entre nosotros. ¿Te haces idea de cómo me siento?

Una parte de ella estaba horrorizada por exponerse de esa manera. La otra no era capaz de guardar silencio. Se hallaba demasiado indignada.

–Es lamentable –prosiguió–. No me enorgullece carecer de inhibiciones cuando estoy contigo, pero al menos cuando me dejé llevar en Charleston, estuviste a mi lado. ¡Esta noche no te sentías seguro! Odio que puedas controlar la atracción existente entre nosotros y yo no. Si piensas que voy a casarme cuando nuestra relación está tan descompensada, estás loco.

–¿Es el motivo por el que a la mañana siguiente en Charleston te comportaste como si te hubiera contaminado? ¿Te sentías abochornada por el modo en que te habías entregado?

El rubor le abarcó todo el rostro.

–Cuando Ryan y yo... –comenzó.

–Jamás me hables de vosotros dos en la cama –gruñó Paolo, cerrando mentalmente una puerta que nunca abriría. Apenas podía soportar que había sucedido. No quería los detalles.

–... nos casamos –finalizó ella con un temblor de incredulidad ante semejante exabrupto–. Solo decía que cuando nos casamos nunca había besado siquiera a otro hombre. Ese tipo de inexperiencia siempre representó una desventaja. Tú has tenido millones de amantes y...

–Ninguna de esas mujeres significó para mí lo que Ryan para ti –espetó–. ¿Piensas que eres la única a la que le preocupan las comparaciones?

La pregunta la aturdió.

–¿Por qué crees que intenté detenerte aquella noche en Charleston? –continuó Paolo–. Pensé que lo buscabas a él. No quería ser su sustituto.

Se quedó boquiabierta, sin poder hablar. Siempre había visto a Paolo de forma aristocrática y arrogante, pero en ese momento su orgullo estaba en el suelo ante ellos como una piel desechada. Debía andar con sumo cuidado.

Lo vio frotarse la cara.

– *Dio!* Quizá deberíamos sentirnos avergonzados de nosotros mismos por acostarnos aquella noche sin tomar en consideración quién resultaría herido, pero lo que hicimos allí... no te avergüences de ello, Lauren. Intenté decírtelo en una ocasión, me gusta que respondas conmigo con la misma intensidad que tú provocas en mí

«Entonces, ¿por qué te fuiste esta noche?», quiso gritar con un nudo en la garganta por lo que acababa de oír.

–Claro que sabía que eras tú –por eso lo había buscado. Había sido la culminación de mil fantasías reprimidas.

–Y yo sabía que eras tú –corroboró él–. No eres una aventura sin importancia, Lauren.

Y de pronto su vida sexual tan activa resultó sórdida comparada con las palabras de ella de que hacer el amor significaba algo.

Con Lauren, todo era diferente. Su guerrero interior quedó indefenso, haciendo que se resistiera a revelar cualquier signo de debilidad, pero esa noche había mellado la seguridad de ella. Eso exigía que bajara las defensas y arreglara las cosas.

–Quieres que diga que hacer el amor contigo fue más importante que casarme primero, pero no puedo –reconoció a regañadientes, enfrentándose a un demonio al que hasta el momento no había encarado del todo–. Necesito que lleves mi apellido. No volveré a tener en mi cama a la señora Bradley.

Ella palideció antes de que la indignación le devolviera el color.

–¡Eso es repugnante!

La tomó en brazos.

–No estoy orgulloso de estos celos –admitió–. Pero estamos siendo sinceros.

–Ce... –lo miró con suspicacia–. ¿No se trata de una especie de competición?

–¿Qué? ¡No! Él ni siquiera está presente para ver que ahora eres mía.

–Exacto. No está aquí, así que ¿cómo puedes estar celoso de un apellido que ni siquiera uso?

¡Lo sorprendía su ingenuidad!

–Siempre he estado celoso –explicó–. No tengo derecho a ello –concedió a regañadientes–, pero desde el instante en que se sentó con nosotros y tú apenas volviste a mirarme, los celos me han devorado.

Lauren se obligó a soltarlo, crispada por lo que le decía. Los celos eran una señal de desconfianza, no de amor, pero una esperanza nebulosa intentó afianzarse en su pecho. Parecía una especie de comienzo.

–¿Lo sabía él?

–¿Tú qué crees? –la soltó y metió las manos en los bolsillos.

Recordó la conversación que luego había tenido con Ryan en la

suite nupcial, cuando le reveló, como no dándole importancia, que Paolo había intentado convencerlo de no seguir adelante con la boda.

Lo había interpretado como un intento de aquel de salvar a su amigo de una mujer que consideraba indigna, pero en ese momento tomaba connotaciones diferentes, igual que el escrutinio intenso al que la había sometido Ryan mientras se lo decía.

–¿Crees...? –se frotó la frente, intentando desterrar la tensión–.

¿Crees que se casó conmigo para hacerte daño?

Era un golpe para una mujer que ya luchaba por recobrarse de la infidelidad. Era muy cruel sugerir que su marido nunca la había amado.

En última instancia, fue incapaz de mentirle. Al ver su palidez, sintió un gran pesar. Jamás había sido su intención arrastrarla a lo que en ese momento temía que siempre hubiera sido más odio que amistad.

–Él tenía sus propios celos –extendió una mano que ella soslayó–. Ya sabes cómo era su padre. El mío estaba orgulloso y era comprensivo... A los ojos de Ryan, yo era un consentido que llevaba una vida fácil.

–De modo que es posible –su voz sonó como si hubiera tragado cristales.

–Entonces, creía que se casaba contigo porque lo hacías feliz –no costaba creerlo, cuando lo había deseado para sí mismo–. De haber sospechado lo contrario, de verdad que habría detenido la boda –parecía ensimismada y perdida en sí misma–. Mírame –le sostuvo el mentón y esperó a que esos ojos rotos buscaran los suyos. Le acarició la piel suave, tratando de mitigar la angustia mientras un dolor personal crecía en su interior–. Me dejaste y fuiste a él más de una vez. Creía que también te hacía feliz. Para mí era importante que lo fueras.

Le temblaron los labios y los aquietó con el dedo pulgar.

–Pensé que no querías saber nada de mí –reconoció con desgana–. Por eso para mí era crucial que aquella noche en Charleston supieras que hacías el amor conmigo –el suelo se convirtió en arenas movedizas al abrirse a ella de esa manera.

–Sabes que en mi pasaporte pone Lauren Green.

–Eres una mujer cruel, muy cruel, señora Green.

Con el corazón como flotando, no pudo contener una sonrisa perversa.

La miró con pupilas dilatadas, deslizó una mano por el cuello fino mientras la otra se abría en la cintura de ella, firme y posesiva.

–Pero esto es importante para mí, Lauren. Quiero que mi esposa esté en mi cama. En la de nadie más.

Sabía que lo quería en su vida. Y comprendió que tal vez hubiera estado expresando ese deseo cuando lo llamó. A pesar de lo ominosa que resultaba la desaparición de Ryan, no había reaccionado como una esposa que temiera por su marido. Su matrimonio había estado acabado. Ryan había sido una parte importante en su vida y jamás hubiera querido que sufriera ese fin trágico, pero podría haber esperado para oír la verdad. Sabía que los militares terminarían por darle respuestas.

Pero había aprovechado la excusa para contactar con Paolo, percibiendo que la conexión tenue que mantenía con él estaba a punto de desaparecer. La verdad era que llevaba cinco años anhelando explorar lo que podría haber pasado entre ellos si Paolo no hubiera estado comprometido cuando se conocieron en Nueva York.

El motivo por el que se había decantado por Ryan fue porque no había sido capaz de atravesar sus barreras interiores del modo en que lo había hecho Paolo. Esa cobardía la había conducido a casarse con el hombre equivocado.

Pero tenía que abrirse a Paolo o nunca tendrían una oportunidad. Ya no había posibilidades de ocultarse entre las sombras.

Era hora de adaptarse al mundo nuevo en el que ella misma se había puesto.

Asintió con gesto brusco.

–Yo también quiero casarme.

Al ver la paz que lo invadió, comprendió lo tenso que había estado. Casarse con ella era importante para él. Conmovida, desvió la vista al escritorio donde había dejado el anillo.

Él la soltó y dio un paso atrás.

–Si no te gusta...

–¿Qué? ¡No! No pretendía ser grosera. Estaba enfadada...

Paolo, es precioso –casi se pone a llorar al observar con

detenimiento el anillo antiguo, tan sencillo, delicado y querido.

Él se lo deslizó en el dedo y le alzó la mano para besarle los nudillos con una expresión luminosa de orgullo masculino.

–Duerme un poco –dijo al final a regañadientes–. Porque te juro que después de la ceremonia de mañana, te mantendré despierta mucho tiempo.

Capítulo 10

De algún modo, Paolo consiguió un vestido de novia perfecto de la noche a la mañana. Era sencillo, ideal para una boda celebrada a media mañana. Los zapatos nuevos, mejores que los de Cenicienta, encajaban a la perfección y brillaban con promesas. El atuendo lo completaba un sombrero con velo corto, haciéndola sentir chic y sofisticada.

«Todos buenos presagios», se dijo cuando la aparición del novio estuvo a punto de dejarla sin sentido.

La familiar personalidad dinámica de Paolo se veía vagamente austera con un traje italiano a medida. Parecía un poco cansado, lleno de determinación y condenadamente sexy.

Los nervios la invadieron. El matrimonio era permanente. Algo que no debía tomarse a la ligera. Y al mismo tiempo tenía la impresión de que eso era inevitable. Como si Paolo y ella hubieran llegado a esa situación sin importar las circunstancias.

Por lo tanto, parecía tanto correcto como surrealista que la llevara a una catedral imponente a pronunciar los votos ante un arzobispo. Le había dicho que sería una ceremonia pequeña e íntima con solo dos testigos, de modo que no la sorprendió del todo ver a Vittorio y Maria esperando en los escalones, con la hija de esta, Alys, pegada a su madre.

–No estés nerviosa –le aconsejó Maria al ver lo intimidada que parecía–. Es un amigo de la familia. Es él quien nos casa a todos y se sentiría insultado si Paolo no se lo hubiera pedido. Aunque le molesta un poco la velocidad, pero cuando mi hermano decide una cosa, no se te ocurra interponerte en su camino.

Vittorio la recibió con un beso y expresión divertida mientras le entregaba las flores a la pequeña Alys.

Entraron en el edificio y le presentaron al arzobispo. La ceremonia se inició unos segundos más tarde.

Fue un acto íntimo, solemne y muy personal. Lo que casi hacía que fuera demasiado para que Lauren pudiera sobrellevarlo. Se sentía muy sensibilizada al ceño marcado de él cuando le tomó las

manos frías entre las suyas y se las frotó para calentarlas. Y cuando la miró a los ojos y pronunció sus votos, sintió un nudo en la garganta. Al besarla, temblaba con el esfuerzo de no mostrar lo susceptible que se sentía.

La abrazó.

–¿Estás bien? –murmuró.

No. Todo en él parecía demasiado idóneo. Bajó la cabeza para ocultar su expresión.

–El bebé me vuelve demasiado emocional –se excusó con otro susurro y sintió un beso suave en la sien.

Se separaron al tiempo que Maria anunciaba que debía volver junto a sus otros hijos.

–¿Vas a ir a la casa? –le preguntó a Paolo.

–Ya me he disculpado con mamá. Le prometí a Lauren que la llevaría al sur de luna de miel. Regresaremos en una semana.

A los treinta minutos, volaban a Sicilia. Algo debió de reflejarse en el rostro de Lauren cuando volvió de cambiarse en el lujoso dormitorio del avión privado, porque Paolo le dedicó una sonrisa lacónica antes de ir también él.

–No quiero que nos interrumpan y tendremos que ocupar los asientos al aterrizar.

No sabía que fuera tan obvia.

Cuando aterrizaron, Paolo murmuró algo acerca del deseo de ella de ver su país e instruyó al chófer para que los llevara de Catania a Taormina por la ruta costera. El paisaje era bastante bonito, con las olas rompiendo sobre extensiones de arena y acantilados intercalados con pueblos pintorescos y refugios para turistas.

Agradeció el gesto, pero era consciente del hombre que tenía al lado, al parecer atrapado en una similar inmovilidad de impaciencia.

Subieron por una ladera que el conductor llamó Monte Tauro. El camino entró en un pueblo encantador bastante por encima del nivel del agua con una vista de la cumbre nevada del monte Etna. Pasaron junto a un tranvía que bajaba hasta el agua.

–Te evita descender a pie a la playa. El agua está templada todo el año. Podríamos nadar si te apetece –indicó Paolo.

–¿Esperas que dejemos la villa? –bromeó ella.

Rio francamente divertido y le apretó la mano. El coche se detuvo y la ayudó a bajar detrás de él a un patio soleado donde las buganvillas florecían en explosiones de rojo en zarcillos verdes que se aferraban a las paredes de la casa.

Despidió al personal y metió él mismo las maletas mientras Lauren recorría el interior lujoso de la pequeña casa. En la terraza, la piscina parecía fundirse con el mar y caer en el horizonte. Se protegió del sol sesgado y cada vez que respiraba era como un aliento de expectación sexy.

–¿Tienes hambre?

Conteniendo un pequeño escalofrío ante esa voz ronca, movió la cabeza y luego giró un poco para mirarlo.

Su figura era como un mapa en relieve de poderosa belleza masculina.

En su estómago se inició un hormigueo femenino de respuesta.

Apretó la barandilla con más fuerza al ver el tornado que se formaba y saber que no podría eludirlo. Al adaptarse a la luz, vio el deseo arder en la cara de Paolo.

–Ven aquí –gruñó.

Se protegió los ojos con una mano y miró abajo.

–Creo que ahí hay alguien con prismáticos.

–No pasa nada –apoyó la mano en su cintura para forzarla levemente a mirarlo.

Cuando los cuerpos se tocaron, la necesidad estalló dentro de Lauren. Le costó mucho ofrecer una sutil resistencia.

–Pero podrían ser paparazzi. Mamá y los Bradley ni siquiera saben...

–Los llamé anoche –le informó–. Necesitábamos declaraciones de que no había ningún impedimento para nuestro matrimonio. Dadas tus reservas para hablar con tu madre, me tomé la libertad de hacerlo.

–¡Qué! –se pegó contra la barandilla que tenía a la espalda.

–Le pregunté si deberíamos esperar hasta que se hallara disponible para asistir a la boda o hacerla oficial de inmediato. Sé que es una táctica de negociación tópica darle una elección entre sí y sí, pero funcionó. Apoya el matrimonio.

No obstante, Gabrielle Reid había dejado clara su desaprobación. Pudo percibirlo en el modo en que Paolo contenía

un ligero resentimiento.

–Sí, bueno, casarnos fue lo correcto –dijo sobre su pecho, aliviada y al mismo tiempo temiendo la próxima llamada a casa.

Añadió–: ¿Y Elenore?

–Chris hizo una declaración en tu nombre –un músculo palpitó en la mandíbula de Paolo–. No estaba contento, pero ya está. Todos los que pudieran verse afectados saben que nos hemos casado. Ese fotógrafo trabaja para un amigo –con la cabeza indicó al cámara que había abajo–. Filtrarán la noticia con la mínima dosis de sensacionalismo. Se acabaron los secretos y los impedimentos –experimentó una oleada de excitación al asimilar la libertad que tenían de estar al fin juntos–. Nos dejará en paz pronto –le aseguró–.

Mientras tanto, concedámosle lo que ha venido a buscar.

Lauren esquivó el beso antes de que pudiera dárselo.

–¿Qué sucede? –él frunció el ceño.

–No quiero interpretar el papel de esposa devota otra vez para el mundo –lo miró dolida–. Esto es entre tú y yo, Paolo. Es real y privado.

–Tienes razón. Ven, *signora* Donatelli. He esperado demasiado tiempo para tenerte –de la mano, la condujo al interior de la villa.

Las paredes y la ropa de cama de tono marfil del dormitorio reflejaban el resplandor rosáceo del sol que se hundía. Paolo se detuvo y la giró hacia él. Alzó las manos hacia los botones de su blusa.

Lauren retrocedió ante esa muestra de atrevimiento.

Él esbozó una sonrisa.

–No te estoy dando prisa, solo me muero por ver cómo te está cambiando el bebé... –le sacó la blusa mientras ella se mordía el labio, incapaz de no sonreír al tiempo que Paolo le separaba los extremos de la blusa y bajaba la vista.

–Apenas se nota algo, pero me siento ridículamente orgullosa –confesó ella, manteniéndola separada mientras él le desabotonaba los pantalones y le bajaba la cremallera.

Reveló la pálida hinchazón del abdomen, la forma sutil apenas discernible porque Lauren era de esbeltez natural. Apoyó las manos unos momentos en la cintura mientras la frente se inclinaba hacia la de ella. Los labios volvieron a sonreír.

Fascinada, Lauren siguió su forma con un dedo y sintió la textura suave.

Él le tomó la mano y le besó la palma.

–Me alegro de que vayas a tener a mi hijo, *la mia adorata*.

–Yo también –convino con voz muy emocionada.

–También me intriga la falta de sujetador –los ojos dilatados bajaron al pecho mientras le apartaba con suavidad la tela de los hombros y revelaba los senos desnudos.

Estimulada por el cosquilleo de la tela y la caricia de su contacto, se irguió y contuvo el aliento, sacando pecho de forma inconsciente.

La combinación de aire fresco con la mirada ávida de Paolo le endureció los pezones hasta que parecieron pequeñas lanzas.

–De la noche a la mañana, todos mis sujetadores se han quedado pequeños –concedió mientras él le recorría la parte exterior de los pechos y la dejaba sin aliento. Los senos parecieron llenarse y endurecerse, casi dolorosos con esa nueva sensibilidad.

Él se acercó medio paso y con suma gentileza le envolvió los pechos con las manos ardientes, lo que hizo que la sangre de Lauren se espesara hasta las mismas plantas de los pies.

Gimió cuando la sensación de remolineante placer bajó desde su ombligo hasta asentarse con calor entre sus muslos. Él aflojó las manos.

–¿Demasiado?

No pudo hablar, solo agarrarse a él mientras oscilaba de pie.

–Eres tan hermosa, Lauren –su aliento cálido le acarició el cuello mientras introducía las manos en sus pantalones y los bajaba hasta posarlas en su trasero.

Ella no pudo evitar contonearse hasta acomodar los glúteos en esas manos seguras.

Paolo se detuvo el tiempo suficiente para gemir con aprobación y decir:

–Intento mantener el control, *cara*. Ayúdame.

–Me gusta cuando lo pierdes –manifestó.

Le lanzó una mirada algo incrédula, algo cautelosa y muy, muy peligrosa. Se puso en cuclillas ante ella mientras le bajaba por completo los pantalones con renovada tensión sexual.

–Vamos a mantenerlos un minuto –dijo mientras pasaba los

pantalones por los zapatos de ella al tiempo que la ayudaba a no perder el equilibrio con una mano apoyada en su cadera–. Porque hay algo que necesito decirte –tiró los pantalones y contempló sus extremidades desnudas.

–¿Qué? –instó ella con voz ronca por la excitación nerviosa.

La hizo esperar mientras bajaba lentamente la vista hasta las uñas pintadas de los pies. Luego subió muy despacio, casi acariciándola con la vista.

–Siento debilidad por las piernas. Y las tuyas son exquisitas –subió las manos por esa piel sensible hasta recorrer la parte posterior de los muslos y llegar a los glúteos que provocó con dedos largos a través de la seda de las braguitas.

Lauren sintió un nudo en el estómago y en todas sus terminaciones nerviosas. Unas sensaciones descontroladas le hicieron temblar las piernas y se movió sin darse cuenta.

Paolo deslizó una mano hasta un tobillo.

–Llevo años mirándote, *cucciola mia*. Hoy puedo mirar, tocar y besar... –los dedos expertos encontraron la piel sensible en la parte de atrás de la rodilla. Manteniéndola firme sobre un pie, le dobló la rodilla y acercó la cara interior del muslo a la boca para posar los labios sobre su piel y darle besos húmedos que la incitaron hasta la médula–.

No te dejaré caer –murmuró para tranquilizarla.

–No es eso. Yo... –tragó saliva, mareada y un poco frenética.

Hundió los dedos en el pelo de él para detener lo que le hacía, y cuando tuvo ambos pies sobre el suelo, instintivamente juntó los muslos, tratando de mitigar la desbocada palpitación interior.

Él emitió una risa suave y su aliento sobre el triángulo de encaje fue una caricia de pecado. Enganchó los dedos en la prenda y bajó un lado.

Con los ojos ardientes de Paolo manteniendo los suyos en una especie de trance, Lauren relajó los muslos para que pudiera terminar de bajarle las braguitas de seda y encaje.

Quedaron en torno a sus tobillos y él la estudió en cuclillas durante un largo e imperturbable rato.

–Quítatelas del todo –fue una orden ronca. Pero se veía que su pecho subía y bajaba de forma entrecortada.

Seducida por lo afectado que se hallaba, con descaro alzó un pie

y luego el otro, dejando las plantas a cada lado de la prenda abandonada.

Con movimiento agónicamente lento y sensual, Paolo alzó la vista, haciendo que toda ella temblara y ardiera. El lugar secreto entre sus muslos se humedeció con un calor líquido y palpitó a la espera de que la lanza gruesa de Paolo lo separara. Bajo el impacto de esa mirada sintió en el estómago el aleteo de muchas mariposas y sus pechos volvieron a erguirse, en esa ocasión en invitación orgullosa mientras le costaba respirar.

Él se incorporó con un movimiento poderoso y la abrumó con el imponente tamaño de su sexo. Pero la pegó a él con gentileza al tiempo que le tomaba la boca con un beso voraz.

Los dos abrieron los labios con apetito apasionado. La punta de la lengua de Paolo reclamó y se vieron arrastrados por la resaca del deseo contenido al fin liberado.

La piel de Lauren experimentó una sensibilidad total y no pudo evitar frotar las cumbres tensas de sus pechos contra la camisa de Paolo. Le dolían por la necesidad.

El sonido que emitió él fue el de un depredador puro y frustrado.

La acariciaba y la pegaba contra sí como si pudiera absorberla a través de la piel. Lauren no tenía suficiente de él, pero la ropa de Paolo se interponía. Sin embargo, y a pesar de que ambos deseaban lo mismo, ninguno quería quebrar el contacto.

Ella ladeó las caderas, buscando instintivamente el contacto con la dura prueba de ese anhelo. Se puso de puntillas al mismo tiempo.

Lo tomó por el pelo y le bajó la cabeza para darle un beso duro y ardiente, deseando todo lo que pudiera ofrecerle. En ese momento.

Soltando un juramento, Paolo levantó la cabeza y la apartó un paso.

Espantada, ella vio que se repetiría lo de la noche anterior.

– *Dio!* ¡No me mires de esa manera! Estás embarazada. No voy a tumbarte sobre el maldito suelo. Voy a... –la alzó en brazos y la acunó contra su pecho. Fue hasta la cama y la depositó con delicadeza–.

Uno de los dos ha de tratar de controlar esto –gruñó.

Lauren no se movió, fascinada por lo que veía. La tensión en las

mejillas de Paolo hacía que su boca fuera una línea fina, pero sus ojos eran como ascuas que le abrasaban la piel mientras la recorría con ellos.

–Mira lo que me has hecho –dijo, desprendiéndose del resto de la ropa para quedarse ante ella desnudo y orgulloso. El cuerpo musculoso era puro poder, la extensión de su erección de una potencia asombrosa.

Impresionada, bajó los pies al suelo, aunque permaneció sentada en la cama. Con una osadía que jamás se hubiera atribuido, separó las piernas y le indicó que se acercara, con los ojos clavados en la prueba de que lo deseaba más que lo que ya podía soportar.

–Ven aquí.

–Estás loca si piensas que podría aguantar eso.

Quería empujarlo hasta el mismo límite. Le tomó la mano y lo obligó a aproximarse. Le apoyó los dedos sobre su cabello y murmuró:

–Enséñame qué te gusta –luego rodeó la protuberancia sedosa que palpitaba expectante.

Él maldijo de forma acalorada y al final, pero solo durante unos maravillosos minutos, dejó que lo enloqueciera hasta que, sujetándola por los brazos, la puso de pie y la besó con una pasión casi brutal antes de separarla y, resollando como una locomotora, quitarle la blusa.

Lauren sonrió al verlo casi ciego de pasión. Le encantó. Su propia excitación era algo secundario y apenas reconocido hasta que él se tumbó sobre ella en la cama y luego se alzó para contemplar su extensión desnuda de un modo innegablemente posesivo.

Comenzó a besarle cada centímetro del cuerpo, disparándole los latidos en las muñecas, en el costado del pecho, haciendo que el calor la inundara al llegar al pliegue sensible en la unión de sus muslos.

–Paolo –murmuró con débil protesta.

–La venganza es así, tesoro –musitó en italiano, descendiendo para reclamarla del modo más íntimo.

Lauren se fragmentó y antes de poder recobrarse él se incorporó sobre ella.

Temblaba con tanta fuerza que pensó que se desharía. Él estaba

tenso como un arco y sus ojos la observaban con la precisión de un objetivo que se posa en un blanco. Su gruesa erección se deslizó sobre un cuerpo que le dio la bienvenida y se separó para él.

Entonces se dedicó a invadir, seda en satén líquido, penetrando más hondo, alcanzado el límite absoluto de entrada hasta llenarla con una solidez tan increíble, tan ardiente y suave...

La envolvió una sensación de plenitud y consumación. De su núcleo irradió una oleada de gozo que le bañó todo el cuerpo.

Ambos temblaron y el jadeo de ella se mezcló con el suspiro entrecortado de él. Era demasiado bueno. Lauren quiso girar la cabeza y cerrar los ojos, pero él murmuró:

–Mírame. No dejes de mirarme, *cara*. Deja que yo te mire... Sí, así...

Paolo se retiró, regresó, y ella se derritió. Su interior se expandió y la cascada de placer supremo fue casi insoportable. Quiso lanzarse a esa conflagración, pero él la sostuvo con brazos fuertes, controlando los movimientos de ambos, de modo que sus embestidas lentas extraían placer y lo hacían durar para que ambos gimieran en desenfreno.

Lauren no podía contenerse para siempre. Emitió gemidos, instándolo a continuar, y Paolo respondió con un rugido e inició unos embates más frenéticos y profundos. La fusión comenzó para ella en el instante en que le clavó las uñas en la espalda mientras con los tacones le espoleaba los glúteos. Los músculos del cuello de Paolo sobresalían por la tensión. Sus movimientos se tornaron por la tensión. Sus movimientos se tornaronespasmódicos mientras la reclamaba con energía masculina que palpitó con el poder ardiente de su eyaculación. Sus gritos fueron primarios y tan desinhibidos como los de ella a medida que el cataclismo los envolvía.

Capítulo 11

No dejo de recordarme que estás embarazada y que no debería exigirte mucho, pero ¿me deseas otra vez, Lauren?

Quizá ella hubiera podido contestar si él no se hubiera llenado las manos con protuberancias aterciopeladas y pezones firmes y enhiestos. El grito que soltó le confirmó la rapidez con la que sucumbía a la misma pasión que lo mantenía a él bajo su yugo.

Quería penetrarla y marcarla como suya para siempre, pero se contuvo, estableciendo su punto de vista de una forma más sutil y duradera, jugando con los pezones hasta que la tuvo frotando ese núcleo húmedo contra su erección. Solo entonces se movió para poder besarla al tiempo que se retiraba de la tentación de enterrarse en ella, empleando la mano para acariciarla y llevarla hasta el borde del precipicio, aunque sin dejarla caer a medida que incrementaba la intensidad para los dos.

Lauren arqueó los pechos hacia su torso, tentándolo con las cimas húmedas y duras, mientras le acariciaba los glúteos y la instaba a tomarla.

La contención estuvo a punto de matarlo. La piel le ardía cuando entró en ella. Unos delicados temblores interiores comenzaron alrededor de su pene casi de inmediato, por lo que hizo que los dos se quedaran quietos hasta que pasaron y acalló sin piedad la protesta de ella con un beso apasionado.

Al final, se centró en reclamar su cuerpo y sus sentidos, llevándolos a ambos al borde de una intensidad atolondrada con embestidas lentas y profundas. Cuando ella se vio sacudida por oleadas de placer estremecedor, finalmente Paolo abandonó el control. Aceleró los embates y la erupción fue tan poderosa que gritó con un éxtasis entrecortado y el cuerpo dominado por espasmos de placer.

Luego se hundió sobre ella, débil por el deseo satisfecho mientras Lauren lo abrazaba trémula por el júbilo.

– *Tu sei mia* –dijo.

Pero luego, mientras comían espaguetis junto a la piscina, se

preguntó si era verdad. Si alguna vez lo sería.

La luna de miel duró hasta el Año Nuevo. Aparte de algunas mañanas en las que Paolo iba a su despecho en Milán, casi siempre estaban juntos. Compraron regalos para todos y pasaron tiempo con la familia de él. Solo hubo dos momentos incómodos.

El primero tuvo lugar inmediatamente después de regresar de Sicilia. Nada más aparecer, se descorcharon botellas de champán durante una gran cena familiar en la casa de la madre de él. Cuando alguien le pasó una copa, titubeó antes de aceptarla, dubitativa por las implicaciones de negarse unos pocos sorbos que probablemente no harían daño al bebé.

–Gracias, pero esperamos un hijo –explicó Paolo, pasándole el brazo por la espalda–. Celebraremos, pero no con alcohol.

Vittorio habló en el silencio asombrado.

–Y acaba de llegar de su luna de miel. Es rápido, ¿verdad?

El recordatorio claro de la indiscreción cometida en Charleston hizo que a Lauren el corazón le diera un vuelco, pero rápido como un látigo, Paolo dijo:

–Ya me he quitado la presión. ¿Cuándo vas a casarte tú y aportar un miembro a la familia?

Antes de ir a abrazar a Lauren, Vittorio musitó: «Canalla».

Transmitida la noticia, Lauren se relajó.

El segundo momento se produjo cuando abrían los regalos de Navidad en la casa de la madre de él. Entre el caos de música y el ruido de papel al romperse y juguetes al probarse, la madre de Paolo dijo:

–Supongo que el año próximo vendré aquí para la primera Navidad del bebé.

El sonido de un villancico llenó el silencio súbito. Todos los ojos se posaron en Paolo, incluidos los de Lauren.

–¿Es eso lo que realmente quieres, mamá? Porque Lauren y yo estamos bastante cómodos con la situación actual –indicó con calma.

–No puedes criar una familia en un rascacielos. Los niños necesitan espacio para correr y jugar y esta casa necesita esas

travesuras todo el año, no solo durante la Navidad.

–Pero no queremos desplazarte –expuso Lauren–. Si la casa es demasiado para ti, podríamos trasladarnos aquí y tú vivir con nosotros.

–Tienes el corazón de una hija de verdad, Lauren –dijo Carlota con sonrisa conmovida–. Gracias, pero no. Si os apetece, estaría dispuesta a quedarme unas semanas cuando llegue el bebé, pero, hasta entonces, Paolo y tú querréis disfrutar de intimidad. Y yo quiero estar en mis jardines de la Toscana. Siempre he anhelado pasar más tiempo allí y ahora puedo hacerlo.

Luego Carlotta la llevó a ver el cuarto de los niños y le sugirió que empezara las compras para actualizarlo. Lauren le reiteró que no había ninguna prisa, aunque no pudo evitar sentir un hormigueo de estímulo.

Montar la habitación del bebé era otro paso hacia su sueño de una familia verdadera… aunque la parte en la que su marido llegaba a casa todas las noches había sido cancelada.

Intentó no tomarse como algo personal la indiferencia mostrada por Paolo acerca de viajar y dejarla sola en casa. Su posición era más que un trabajo. Lo entendía, pero habría sido agradable notar algo de pesar por tener que hacerlo. Debería recordarse que todo era un acuerdo por el bebé.

No obstante, un vacío se le abría en el interior cada vez que recordaba que no tenía su corazón, porque a pesar de que no parecían cansarse el uno del otro y de que constantemente encontraban nuevas formas de canalizar la casi violenta liberación que eran capaces de extraer el uno del otro, él siempre se marchaba, pragmático y reservado, con un beso en la mejilla y algunas palabras de que debería ir a la ciudad si no quería estar sola en la casa del lago.

Había pensado que habían dejado atrás esa frialdad, pero como no quería mostrarse como una esposa insegura y necesitada de afecto, se comportaba con arraigada ecuanimidad. Protestar o suplicar que iba a echarlo de menos no lograría nada. Sus sentimientos no modificarían nada.

Pero la soledad se cobró un precio a medida que su agenda se hacía más apretada. Vio que caía en viejos patrones de introversión, sintiéndose aislada en ese país nuevo cuando entrado el año nuevo

la familia de Paolo había regresado a la normalidad y a la vida que llevaba.

Era especialmente incómodo cuando Paolo la llamaba por conferencia online. Podía contarle sobre una cita con el médico o el último capítulo en la agenda del embarazo, pero tenía poco que decir.

A menudo él se mostraba hosco e impaciente, achacándolo al día que había tenido.

Lo único que la entusiasmaba para llenar su tiempo era reacondicionar el cuarto infantil, pero cuando fue a ver a su madre y a tomar algunas medidas, descubrió que estaba completamente redecorado.

Había quedado precioso, pintado con colores oscuros, con un desfile de crías de animales justo por encima de los rodapiés. La cuna y la mesita para cambiarle los pañales se hallaban en su sitio, junto con una mecedora y un sofá cama. En los cajones había pañales, pijamas y mantas.

–¿Sabías que se estaba rehabilitando el cuarto del niño? –le preguntó a Paolo por la noche ante la pantalla.

–¿Está terminado? Bien.

Firmaba papeles mientras hablaba, concediéndole parte de su atención.

–Así que lo sabías –afirmó.

–¿No te mencioné que le pedí a Maria una lista de los mejores proveedores de muebles infantiles?

–Porque su marido había llevado a cabo una investigación exhaustiva sobre los estándares de seguridad. Sí, lo dijiste, pero no mencionaste que pensabas comprar todo lo que figuraba en la lista, hacer que pintaran el cuarto y todo lo demás. Pensé que eso recaería en mí.

–Tú no puedes pintar –finalmente la miró.

–Podría haber elegido los colores.

–¿No te gustan los que hay? Empleé a la misma decoradora que se ocupó de la casa del lago y en más de una ocasión afirmaste que te había gustado lo que había logrado allí.

–Esa no es la cuestión –indicó, sintiendo la ya familiar frustración–. Olvídalo. Tener una pelea a larga distancia es una pérdida de tiempo.

–¿Algo que conoces por experiencia? –preguntó con inusual tono frío.

La desconcertó e hizo que se recluyera más en sí misma.

Sintió como si el corazón se le fuera a partir. ¡Ese no era el sueño que había imaginado! Odiaba caer en el patrón de medir su vida por las idas y venidas de su marido.

–Necesito una vida –le gritó una mañana a la cocina vacía después de que él se marchara. Podía culparlo todo lo que quisiera por dejarla de esa manera, pero la insatisfacción no era culpa de él.

Se había casado con un hombre que no la amaba y se había situado en la misma posición en la que se hallaba cuando Mamie había muerto.

En poco tiempo el bebé ocuparía sus días con cambios de pañales y horarios de alimentación y estaría demasiado cansada para hacer el amor. El antojo sexual de Paolo se enfriaría, y entonces, ¿qué?

Su sueño de una familia implosionaría.

Conteniendo las lágrimas que esos días parecía tener a flor de piel, se recordó por qué había ido a Italia: para encontrar a su familia.

Animada por la idea de hacer algo estrictamente para ella, ahondó en las pocas pistas que tenía sobre la identidad del hombre.

Un mensaje que le dejó a la amiga más antigua de su abuela dio como resultado una invitación sorpresa para cenar juntas unos días más tarde. Como Paolo no regresaría a casa en un día, aceptó y comenzó a preparar una bolsa.

Paolo empezaba a odiar los viajes de negocios. No ayudaba que los hubiera incrementado para solucionar lo más que pudiera y luego delegar en otros con el fin de poder tomarse tiempo libre cuando llegara el bebé. Se sentía como un colegial impaciente por que el timbre lo liberara a una vida fuera de esas murallas, donde lo esperaban Lauren y el bebé.

La súbita cancelación de una reunión por un representante de la Unión Europea le permitió dejar Zúrich al mediodía en vez de tener que esperar hasta la mañana siguiente. Frunció el ceño al sentir ese

alivio visceral del dolor y se preguntó qué le estaba pasando.

Tuvo que contener el ansia de entrar en la cabina de su propio jet. Deseaba aterrizar en tiempo récord y subirse a su deportivo para ir a la casa del lago.

Se contuvo, decidido a no volver a ser aquel joven impetuoso que había corrido demasiados riesgos por no poder controlar sus emociones, algo que le sucedía desde que Lauren había reaparecido en su vida. Lo cual resultaba intolerable.

Se frotó los ojos y el puente de la nariz en busca de paciencia.

Lo que sentía por Lauren era incontrolable. Cuanto más intentaba combatirlo, peor se volvía.

Cuando al fin pudo aparcar el coche ante la entrada de la casa, para su sorpresa la encontró en el vestíbulo poniéndose una chaqueta sobre los hombros. Ella se paralizó al verlo entrar. A los pies tenía una bolsa de viaje, pero una asombrada muestra de júbilo desterró la conmoción inicial y le provocó un hormigueo en las entrañas.

–Te iba a mandar un correo electrónico para decirte que te reunieras conmigo en el ático. Creí que habías dicho que volverías mañana –se adelantó para recibirlo con un beso lleno de sensual bienvenida.

La aprensión de él se desvaneció y le acarició el cabello, incapaz de separarse y acabar con el festín de esos labios maravillosos. Era como si hubieran pasado meses separados.

Cuando se apartó, el rostro de ella resplandecía de entusiasmo.

–Esto también es perfecto. Podemos conducir juntos –dijo sin aliento.

–Acabo de llegar –dejó las llaves en la mesa para poder abrazarla de forma adecuada y absorber la sensación del contacto.

–Sí, pero...

La besó con la voraz insistencia que siempre la derretía. Se sintió tentada. Pero fue exactamente esa sensación de cobrar vida después de días de apatía lo que la llevó a apartarse.

–He quedado con alguien –le expuso, explicándole cómo había llegado hasta la mujer que había conocido al hombre al que había estado viendo su abuela.

–¿Seguro que no puedes postergarlo? –frunció el ceño.

Se separó del todo y, antes de ablandarse, se dijo que tenía que

empezar a plantarse por lo que quería. Si la amara, podría ser diferente, pero dado el estado de su matrimonio, necesitaba establecer una independencia emocional.

–Podría –concedió–. Pero ¿por qué debería?

–Porque tu marido ha llegado a casa antes y prefieres ponerte al día con él, ya que volverá a marcharse esta semana. Estoy seguro de que ella lo entenderá y quedará otro día.

Eso contestaba todas sus dudas. Intentó que su rostro no reflejara el dolor que sentía.

–Yo no quiero esperar –dijo con voz apagada.

–¿No? Tal vez debería haberme quedado en Suiza, entonces.

–Pensé que estarías en Suiza. Por eso hice planes. Cuando los haces tú, ¿me interpongo entre ellos? –lo desafió.

–Soy bien consciente de que te importa un bledo que esté o no esté aquí, Lauren.

–¡Nunca he dicho eso! –exclamó, pero no pudo manifestar lo abandonada que se sentía sin él–. El que sepa vivir entre los huecos de la agenda de un hombre no significa...

–Deja de echarme a la cara a tu ex –cortó él.

–¿Es eso lo que hago? –preguntó con voz trémula–. Porque creía que te explicaba que después de una vida de acomodarme a los demás, me tomo un día libre. Al que te he invitado que te unieras, pero lo retiro. Si quieres reunirte conmigo en Milán, puedes seguirme en tu coche –furiosa, se pasó la bolsa de viaje al hombro.

–No te hagas ilusiones, *cara* –repuso con desdén.

–No temas. Yo también soy consciente de que para ti no significo nada salvo una compañera de sexo y un recipiente para tu hijo –se sentía tan vulnerable que preguntó–: ¿Qué quieres, Paolo?

¿Una esposa que te atraiga con engaños y suplique tu afecto? ¿Una que convierta a su esposo en la fuente de su autoestima y felicidad?

No quieres esa carga más que la deseaba Ryan y mi orgullo no me permitirá volver a hundirme en esa ciénaga.

Capítulo 12

Al menos eso representaría que significo algo para ella», pensó Paolo mientras conducía. Y en ese instante comprendió la verdad. La amaba.

Y la verdad lo dejó conmocionado hasta la médula, porque no era recíproco.

De pie en la casa que se sumía en la penumbra, se preguntó cómo había dejado que la mujer a la que amaba se marchara con una expresión tan desolada en la cara. Había estado tan absorto en no traicionar su propio dolor, que había obviado que también ella tenía necesidades. Que no se veían satisfechas porque ambos dejaban que el orgullo se interpusiera en el camino.

Lauren no iba a suplicarle su afecto, pero ¿lo deseaba?

De todos modos lo tenía. Puede que no lo amara, pero él no podía quedárselo en su interior. Una vez que había reconocido que lo llenaba, amenazaba con partirlo en dos si no lo expresaba.

Tuvo que detenerse en una calle secundaria para llorar a gusto antes de continuar a Milán. Pensó en volver, pero no tenía sentido. No se podía obligar a nadie a amar. Lo hacía o no lo hacía.

Cuando la visión se le aclaró, continuó el viaje. Dejó el coche en un aparcamiento cercano y siguió a pie hasta el restaurante. Cinco minutos en los aseos bastaron para arreglarse el maquillaje, pero seguía con un estado emocional frágil cuando la condujeron hasta una mesa donde había no una, sino dos mujeres.

La mayor era la amiga de su abuela, Luce. Le presentaron a la más joven como Emelia. Tenía aproximadamente su edad y exhibía un parecido asombroso con fotos de la madre de Lauren cuando esta había sido un bebé. Se sentó, sorprendida y vencida.

Emelia había traído una instantánea de Mamie de joven.

–Mi madre la robó de entre las cosas de mi padre. Estaba muy amargada por la aventura de su padre.

–Ojalá me hubiera acordado de cargar mi teléfono en el coche, así os habría podido mostrar fotos de mi madre. Yo salgo a mi abuela, pero es evidente que mi madre y tú salís a nuestro abuelo.

Las dos sonrieron con fatalismo al llegar a la conclusión de que ninguna de sus madres ahondaría en esa conexión familiar.

Extrañamente, eso estableció un vínculo de unión entre ellas que Lauren instintivamente supo que crecería con el tiempo. Apuntaron sus respectivos datos y prometieron estar en contacto.

A pesar de lo satisfactorio que había sido conocer a su prima política, supo que podría haber esperado. No tendría que haberse mostrado tan obstinada. Al regresar a la Torre Donatelli y tomar el ascensor para el ático, contuvo las lágrimas que querían aflorar. No debería haber discutido con Paolo.

Cuando el ascensor se detuvo, las puertas se abrieron. Paolo se hallaba del otro lado con los ojos brillando con emoción apasionada.

–¿Dónde diablos has estado?

–Ya te lo dije, tenía una cita para cenar –huraña, abandonó el ascensor.

–¿Dónde? Salí justo después de ti, pero no te pasé. Te buscaba.

¿A qué velocidad has ido, Lauren?

Dejó que le quitara la bolsa y rodeó su intimidatoria presencia.

–Me detuve para usar los aseos, lo que necesito hacer también ahora –se excusó, ansiosa por recobrar la compostura al tiempo que se preguntaba qué hacía allí.

–¿Por qué no contestaste el móvil? –demandó en cuanto ella volvió a salir.

–Se quedó sin batería –sacó el teléfono del bolso y fue al cargador que tenía en un rincón. Se preguntó qué lo había impulsado a seguirla–. Ummm, ¿qué te hizo cambiar de idea acerca de venir? – se aventuró a preguntarle.

–Quería saber algo –la miró ir a la ventana que había en el extremo más alejado del sofá y cruzar los brazos.

–Podrías haber llamado –señaló.

–Quería ver tu cara cuando te lo preguntara.

–Por el amor del cielo, no era un hombre, Paolo –giró y en su cara se reflejaba el dolor y la ofensa–. Era una amiga de mi abuela y mi prima política. Me alegró conocerlas. ¿Conforme?

–Claro que no era un hombre. Porque tú me amas, ¿verdad?

Contuvo el aliento, derrotada, porque sabía que no podía ocultarle la verdad. A él no.

–Sí –confirmó con un deje de desafío. Supo que a él se le daba mejor bloquear los sentimientos intensos.

–¿Hace cuánto que me amas?

La voz sonó casi tierna, pero la pregunta era tan cruel que apenas pudo soportarlo.

–No lo sé –la verdad era que no se le ocurría algún momento en que no lo hubiera amado–. ¿Desde siempre?

–Entonces, ¿por qué demonios te casaste con Ryan? –inquirió con voz quebrada.

–Era joven y estúpida –repuso a la defensiva–. Ya sabes cómo es. Tú hiciste lo mismo. Te casaste con esa otra mujer.

–No era nadie que conocieras. ¡No la exhibí ante tus narices durante cinco malditos años! Te odié por eso, Lauren –reconoció, quitándose al fin ese peso del pecho–. Te casaste con el hombre equivocado.

No era nada que no se hubiera dicho a sí misma, pero el modo en que lo hacía él, airado y lleno de acusación, era nuevo y doloroso.

–Piensas que debí casarme contigo –resultaba mucho más fácil decirlo que haberlo hecho.

–Sí –convino con severidad.

–No pensé que fueras en serio. Creía que me odiabas.

La voz se le quebró y no pudo continuar. Paolo se situó a su espalda y la sujetó por los hombros.

–Lo que siento por ti no es amor, Lauren.

Experimentó una angustia extrema. Antes de poder liberarse, las manos la sujetaron con más fuerza y él habló con rápida intensidad.

–El amor es una manta de seguridad que te brinda tu familia. Te vuelve lo bastante fuerte como para conquistar el mundo. Tú no eres una manta cálida y abrigada, Lauren. Eres un fuego incontrolado. Eres un salto sin paracaídas desde un avión. Lo que siento por ti me vuelve débil y no puedo controlarlo. He conquistado muchos desafíos diferentes y lo único que no he podido conseguir ha sido dejar de sentir lo que siento por ti.

Ella alzó la cabeza y la giró para indagar en sus ojos.

Paolo le enmarcó la cara con manos gentiles.

–Lo que siento por ti es mucho más grande que el amor. La primera vez que te vi me golpeaste entre los ojos, de tal manera que esa noche bebí hasta olvidarlo todo.

–Yo no pensé que importara con quién me casara, porque el único hombre que me fascinaba ya estaba tomado –confesó, viendo la verdad en ese momento.

–Estos años de soledad para ambos han sido por mi culpa –comentó desolado.

Ella le tocó los labios con las yemas de los dedos a medida que una tenue esperanza invadía su corazón.

–Tenías que enderezar el banco. Yo necesitaba crecer. Mamie me necesitaba. Quizá todo se desarrolló como debía hacerlo.

Él asintió con gesto sombrío.

–Pero yo habría acudido junto a ti a Charleston aunque no me hubieras llamado. Puede que uno o dos días después, cuando la muerte de Ryan se hubiera hecho pública, pero nada me habría mantenido alejado. Nada sería diferente ahora –sus ojos brillaron de un modo especial–. Y ya eres una Donatelli. Lo que te sitúa al mismo nivel que todos los demás aquí –ella sonrió–. Eres maravillosamente humana, Lauren. Apasionada, con un corazón generoso y capaz de cometer errores por amor. Yo necesito eso, después de trabajar con números, banqueros y economistas todo el día.

Parpadeó, tratando de ver a través de las lágrimas.

–Lo que yo siento por ti... –se mordió el labio–. Siempre supe que tenías el poder de consumirme. Temía permitírtelo, temía la intensidad de mis sentimientos. Nunca sentí eso con Ryan.

Le tomó la cara entre las manos.

–Solía pensar que después de la infancia que él había tenido, se merecía el amor de una buena mujer. Él se perdió no haber sabido apreciarte, Lauren. Yo no cometeré ese error.

La sonrisa de ella se hizo trémula y sucumbió a su beso tierno.

Ambos supieron que ya tenían una vida juntos.

Epílogo

Catorce semanas después…

Transportada en ambulancia, Lauren sonrió, como si fuera una actriz en una película.

–No hay nada gracioso en esto, Lauren –Paolo se quitó la máscara de oxígeno para hablar.

–No te enfades conmigo. Es él quien no quiso esperar la ambulancia –señaló al bebé dormido que tenía a su lado, la carita contraída en una máscara de concentración.

–No te confundas, él y yo ya mantendremos unas palabras al respecto. Ha estado a punto de cavar prematuramente mi tumba. Aún me siento débil –se quejó, sus palabras llenas de orgullo.

–Siga respirando, papá –dijo la enfermera, instándolo a colocarse otra vez la máscara sobre la boca y la nariz–. Su esposa hizo todo el trabajo. Sostenerlos es la parte fácil.

–Pero él lo hizo muy bien –defendió con lealtad Lauren–. Aunque apuesto que ahora sientes pena de tus padres, ¿no?

–Bastante –concedió él con arrepentimiento.

–Pero ¿no lo adoras, Paolo? –inquirió Lauren. Todavía era demasiado nueva en el papel de madre como para oír alguna objeción contra su adorado hijo.

–Sí –respondió muy emocionado, tocando la mejilla rubicunda de su pequeño–. Y te amo –la miró a los ojos y con esa sola mirada la llenó de amor–. Gracias por el bebé.

–Yo también te amo –parpadeó, conmovida.

Él miró a su hijo y sonrió con satisfacción.

–Parece que no le molesta el traqueteo. Menos mal, ya que viajaremos bastante. Pero se acabaron las sorpresas –advirtió a Lauren con un dedo severo–. Al siguiente lo planearemos desde el principio hasta el final.

–Estoy contigo.

Cuatro meses más tarde concibieron de forma fortuita durante un vuelo a Hong Kong. Su hija llegó con tres semanas de antelación

en una limusina bajo el Arco del Triunfo.